



UN VIAJE SALVAJE

CAROLINA ORTIGOSA

Un viaje salvaje

Carolina Ortigosa

Fecha edición: Marzo 2014

Copyright © 2014 Carolina Ortigosa Todos los derechos reservados

ISBN-13: 978-1497414648

ISBN: 1497414644

DEDICATORIA

*Se lo dedico a Paula Rivers, una gran persona y una buena amiga.
Espero que disfrutes con el último viaje.*

*También a Lourdes Quirós y Estefanía Molina, que son las dos personas que más me están
apoyando cada día.*

A mi familia, que me da ánimos constantemente y me ayuda muchísimo.

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer el apoyo que me brinda todo el equipo de nueva EDITORA DIGITAL, en especial a Bea Sylva.

Y como siempre a Pastor, que siempre está ahí y es mi confidente en cada proceso de la escritura.

Prólogo

La maleta está preparada, el billete y toda la documentación en mi bolso. Apenas faltan seis horas para volar hacia España, mi tierra.

Estoy deseándolo.

Voy a la cocina a prepararme un sándwich cuando oigo el móvil en alguna parte. Seguro que lo he dejado en el salón, lo encuentro y veo que es un mensaje de Carmen: está deseando verme y que salgamos de fiesta. Es algo que no hago últimamente, ya que no voy a Madrid desde Navidad y ahora en plena entrada del verano, digamos que es mi época favorita para desmadrarme un poco. Tengo ganas de que salgamos juntas de copas, será fantástico.

Le contesto brevemente y como ya he hablado con mis padres, apago el móvil y lo guardo en mi bolso.

Busco el teléfono que suelo usar aquí en América y llamo a Alison.

Ella trabaja conmigo en la revista “Viajes sobre el mundo” desde hace poco más de un año, mientras que yo estoy allí desde hace cuatro. Me alegré mucho que fuera la sustituta de mi ex compañera, era una petarda de mucho cuidado, era imposible colaborar con ella en nada, sin embargo Ali es increíble: una chica sencilla y simpática, tiene un hijo de tres años llamado Ben, un pequeño diablillo rubio como su madre y con unos ojazos verdes, que no solo ha heredado de ella, sino que también de su padre. Por desgracia éste no quiso saber nada del pequeño y mi amiga lo está criando sola.

Sus padres viven en Nueva York y no son lo que se dice, transigentes a la hora de perdonar a su única hija por tener un bebé sin estar casada.

En mí ha encontrado un gran apoyo, desde luego sabe muy bien que podrá contar siempre conmigo, porque sé muy bien lo que es ser hija única y no tener a tus padres a tu lado.

En mi caso, la verdad es que fui yo la que me alejé de ellos. Los quiero muchísimo, eso desde luego. Sin embargo soy muy independiente, siempre me ha gustado buscarme la vida a mi modo: viajando, escribiendo, soñando...

Ellos serían más felices si me hubiese decantado por la medicina en lugar de llevar una vida de nómada, como suelen decir, pero soy feliz viviendo a mi manera. Ahora hace cinco años que vivo en California y la verdad es que estoy empezando a sentir que éste es mi sitio.

Descuelga el teléfono y el silencio dura unos segundos.

—Estoy llegando —suelta Alison sin saludar.

—Tarde como siempre —le digo riendo—, no dirás que es por problemas de aparcamiento, ¿qué estabas haciendo?

—Lo siento, es que la canguro se ha retrasado.

—Ah, está bien —le digo algo confusa—. Creí que traías a Ben. No vamos a ir a ningún sitio, ¿o sí?

—Bueno... —hace una pequeña pausa— Me gustaría ir de compras, mañana he quedado con Mark, por fin, y necesito algo para deslumbrarle, ya sabes...

—Ah, ¡qué bien!

Intento disimular la inmensa alegría que me produce saber que por fin mi compañero de la revista se ha animado a pedirle una cita a mi amiga, ya era hora. Es un poco tímido y me ha costado horrores convencerle de que dé el paso, ya que a ella también le gusta y hacen una pareja ideal. Entraron a trabajar casi al mismo tiempo, es difícil pasar por alto las miradas que se lanzan desde sus mesas de trabajo, pero ninguno se ha atrevido a intercambiar con el otro más que unos cuantos saludos. Ali a veces me dice lo mucho que le atrae, no se puede negar que es un bombón. No es exactamente mi tipo, pero es un hombre guapo y educado, trabaja estupendamente y siempre puedes contar con él cuando se le necesita. Suficiente para que yo intentara hacer de celestina hace unas semanas, prefiero no inmiscuirme en la vida de los demás, pero me da rabia a veces, que dos personas maduras y adultas que se gustan, no sean capaces de hacer una pregunta tan sencilla como: ¿Quieres salir a tomar una copa? ¿Te invito a un café? O algo que les sirva para poner en marcha una relación.

Creo que como Mark está siempre perseguido por las lagartas que trabajan en las diversas secciones de la revista, mi amiga se siente algo cohibida, tuve que remediarlo y un día puse mi plan en marcha. Él ha resultado ser un buen amigo, tras hablarle un poco de Ali y quedar con los dos para comer varias veces, han empezado a llevarse bien, tanto que al parecer, mañana van a tener oficialmente una cita. Bueno, no se puede decir que todo el mérito sea mío, mi amiga y compañera es una gran persona. Espero sinceramente que Mark sea todo lo que demuestra ser y no le haga daño, por su bien.

Mirando el reloj de pulsera me doy cuenta, de que tras salir a correr durante aproximadamente media hora, estoy más agotada de lo normal. Es algo que hago a menudo para estar en forma, aunque me parece que después del viaje en avión de casi veinte horas, hacer ejercicio no es la mejor idea que he tenido. Solo deseo meterme en la bañera y pasar ahí otros treinta minutos como poco.

Me dirijo al cuarto de baño y paseo la mirada por mi piso, al que a menudo echo de menos, más aún tras varios meses sin venir a Madrid. Apenas puedo contener una sonrisa de satisfacción, no es que me guste más que la casa que tengo en el famoso barrio de Los Ángeles, pero me esmeré mucho en que estuviera a mi gusto y me encanta pasar tiempo aquí. Siempre que vuelvo a la ciudad, una sensación de paz me inunda. Deseo venir más a menudo, no solo en navidades y ocasionalmente en mis vacaciones de verano, como ahora, pero mi vida en California es tranquila y sin la presión que ejercen mis triunfadores padres, que son un poco intransigentes a la hora de pensar en mi carrera profesional.

Cuando los llamé para avisarles de que pasaría dos semanas con ellos, se alegraron enormemente, aunque sé que también piensan en la posibilidad de hacerme cambiar de idea y me quede para siempre aquí con ellos.

No consiguen ocultar que me echan de menos cada día, y además cada vez que pongo un pie en el país, aprovechan para intentar sin éxito, convencerme de que me busque un trabajo aquí y olvide mi “obsesión” con los viajes, como suelen decir.

Mis padres llevan separados más de diez años pero tienen una buena y sana amistad. Es algo que refleja bien la personalidad de ambos: son abiertos, simpáticos y sinceros hasta niveles que a mí me cuesta soportar a veces. El centro de sus vidas sigo siendo yo y a menudo centran demasiadas energías y expectativas en mi persona, algo que hace ardua nuestra relación desde que empecé a crecer y a buscar mi independencia.

La idea de que me vaya del país continuamente les hace sufrir mucho y desde que les dije que me había comprado una casa en la costa de California para vivir allí de forma permanente hace cinco años, más aún.

Ellos tenían sus esperanzas en que me convirtiera en una cirujana de prestigio como lo son ellos, pero cuando opté por estudiar lenguas modernas, casi les hago llorar.

La verdad es que la medicina es algo que no me llama ni la más mínima atención y aunque

comprendo que es lo que siempre han deseado para mí, no voy hacer algo que no me apasiona y así se lo hice saber. Sé que aún ahora, después de que hayan pasado años desde aquella época en la que me tocaba elegir mi futuro, conservan la esperanza de que, aunque continúe con mi carrera como escritora y viajera, considere hacerlo más cerca de ellos. Pero desde que me marché del país, me he dado cuenta de lo que es realmente la libertad para hacer lo que quiero, mi añoranza por ellos no es tan fuerte como el deseo de poder hacer lo que me gusta sin tener que dar explicaciones a nadie.

Cuando veo la pantalla del móvil encendida me doy cuenta de que tengo algunas llamadas y mensajes de Alison. Seguro que está deseando saber qué tal mi viaje, porque hace más de veinticuatro horas que llegué y aún no hemos hablado. Le envío un mensaje rápido, tengo que hablar con mis padres antes y puedo llamarla a ella más tarde.

Con el teléfono en la mano y mientras busco una toalla y lo que necesito para darme un baño, marco el número de mi padre. Espero pacientemente, dudo que me conteste porque con su trabajo, a menudo tengo que dejarle un mensaje cuando quiero hablar con él.

Me sorprendo un poco cuando oigo su voz.

—Hola cielo, ¿qué tal estas? —pregunta con voz alegre.

—Muy bien papá —respondo con voz cariñosa—, he descansado algo y ya me he puesto las pilas. Oye he pensado que podríais venir mañana a comer mamá y tú, supongo que te podrás escapar un rato del trabajo ¿no?

—Creo que sí, seguro que si surge alguna emergencia me podrán sustituir —me contesta, hace una pausa y continúa—. Por cierto, ¿has avisado ya a tu madre?

—No, pero tranquilo, enseguida la llamo. No te molesto más si estás ocupado. Nos vemos.

—Vale. Hasta mañana.

Cansada tras la carrera, me siento en un taburete mientras la bañera se llena. El intento de hablar con mi madre se frustra cuando veo que no contesta al teléfono. Pienso que estará ocupada con algún paciente. Le escribo un breve mensaje para que venga a comer mañana, estoy deseando verla de nuevo, porque después de que los dos me recogieran en el aeropuerto, apenas les he visto. La echo muchísimo de menos, aunque me cueste admitirlo a veces.

Siempre he podido recuperarme del *jet lag* tras un gran número de horas de sueño y pese a que a veces no consigo superarlo tan rápido, al menos el hecho de dormir nada más llegar a mi destino sí ayuda bastante, ahora me encuentro algo mejor. Sin duda un baño caliente y relajante me dejará como nueva.

Me sumerjo lentamente en la bañera, un escalofrío recorre mi cuerpo y suelto un gran suspiro.

—Oh por favor, ¿hay algo mejor que esto? —pregunto para mí misma.

Tras unos pocos minutos de tranquilidad bajo el agua caliente, veo que mi madre me llama al móvil. Qué inoportuna.

—Tendría que haberlo dejado sin sonido —suelto algo molesta por la interrupción.

—Hola mamá.

—Hola Teresa —saluda—. ¿Dónde estás cariño? Te escucho fatal.

—Lo siento, es que me estoy dando un baño, he estado haciendo ejercicio.

—Ah, muy bien. Antes no he podido responderte, estaba ocupada, ¿para qué me has llamado?

—He hablado antes con papá, quería que comiésemos juntos mañana, ¿te apuntas?

—Lo siento, pero me resultará imposible —dice con voz lastimera. Casi puedo ver su cara de tristeza, le ocurre siempre que me tiene que negar algo—. ¿Qué te parece si nos vamos de compras por la tarde? Además, creo que es mejor que estés a solas con tu padre y podáis hablar.

—Me parece bien, y si no tienes trabajo nos vamos a cenar también.

—Claro, estupendo. Tengo que dejarte cielo, hablamos mañana y me cuentas qué tal con tu padre.

—Eso no lo dudes —le digo riendo—. Te quiero mamá.

—Yo también cielo. Adiós.

Cuelga y yo me quedo pensativa. La verdad es que la noticia que de la que me hablará mi padre mañana no será del todo desconocida para mí. Mamá ya me dijo que hay alguien especial en su vida. Él no ha querido contarme absolutamente nada y menos por teléfono, pero claro, ella no ha podido guardar el secreto aunque al parecer le hizo una promesa.

Mi madre no parece afectada en absoluto y tampoco cuando lo hablamos por primera vez, pero creo que es difícil para ella aunque no diga nada al respecto y no seré yo la que ponga el dedo en la llaga preguntándole cosas sobre esa misteriosa mujer. Me alegro de que al menos lo mencionara, así no me sorprenderé demasiado cuando mi padre al fin me hable de ella.

No es que me moleste, para nada. Es su vida y ya es hora de que conozca a alguien, solo lamento que mi madre no pase página, en todos estos años no ha tenido ninguna relación, al menos que yo sepa.

A veces pienso que aún sigue enamorada de mi padre, me parece casi imposible, ya que son mejores amigos que pareja, pero creo que nunca llegaré a saberlo realmente, porque ninguno de los dos dice nada sobre lo que ocurrió hace tantos años, diez para ser exactos.

Alguna vez ambos han llegado a comentar que esperan que me case y tenga hijos algún día. Sospecho que es lo que los dos desean para mí, aunque creo que no estoy preparada para las relaciones serias y mucho menos para lo otro.

Mis padres después del divorcio, demostraron que las relaciones pueden ser cordiales siempre que haya respeto entre los dos, pero la verdad, es que creo que cuando hay sentimientos de por medio, nada es tan fácil como ellos me hacen creer. No soy ninguna ingenua, nunca me han hablado

del porqué de su distanciamiento, pero sé que debió de ser algo complicado, las rupturas no llegan porque sí, siempre hay un detonante y a veces solo eres consciente de ello cuando te separas de esa persona, como me ocurrió a mí en el pasado.

Antes de que mi mente navegue en terreno pantanoso, como es el tema de mi traumática ruptura, a pesar de que hace años de aquello, cierro los ojos e intento relajarme y olvidar, o al menos enterrar muy en el fondo de mi mente, los recuerdos dolorosos y disfrutar en la deliciosa bañera con agua caliente.

Mi vida no es lo que se dice estresante, la verdad es que vivo mejor de lo que nunca llegué a imaginarme, pero jamás me negaré un baño placentero como éste.

Enciendo el hidromasaje y todo a mi alrededor parece desvanecerse por un instante. Siempre que vengo a Madrid disfruto de las comodidades del piso que muy acertadamente, dispusieron mis padres para mí. Todo es elegante y cómodo, colmaron todos mis caprichos, como muy a menudo ocurre al ser su única hija.

Pasados unos treinta minutos, decido que ya es hora de salir del pequeño balneario particular y con una toalla alrededor de mi cuerpo entro en el vestidor del dormitorio.

Salir de fiesta un sábado por la noche requiere de suficiente tiempo para prepararse y elegir correctamente lo que vas a llevar, así que opto por un vestido mini de color naranja estridente, que se lleva mucho este verano y unas sandalias con un tacón de infarto de un color marrón claro con elegantes adornos brillantes. No me gusta llamar especialmente la atención, pero me siento atrevida esta noche. Tengo ganas de ponerme algo que me encante y la verdad es que, pensándolo bien, dudo mucho que destaque porque Carmen Espejo y yo vamos a ir a uno de los locales más exclusivos de Madrid y aquello estará lleno de gente que pertenece a la élite del país, son todo *glamour* y sofisticación.

Como hace meses que no vengo, cuando llamé a mi mejor amiga para decirle que me gustaría salir de marcha con ella y los demás colegas, pues estaba claro donde iríamos, ya que siempre nos ha gustado salir por esta zona de Madrid donde las fiestas no acaban hasta el amanecer y la música y el ambiente son ideales para pasarlo de miedo.

Mi móvil suena y tras mirarlo veo que es un mensaje de Carmen que me dice que está llegando al portal y que baje de una vez. No sé cómo lo consigue, pero incluso por mensaje de texto es una mandona. Me encanta que sea siempre tan directa y como tengo unas ganas locas de verla, sin pensarlo dos veces voy a por mi pequeño bolso y salgo casi corriendo hacia la puerta de casa. Ya en el ascensor empiezo a ponerme nerviosa, no por nada, pero es que hace tiempo que no salgo a divertirme de noche y tengo muchísimas ganas de volver a encontrarme con mis amigos y disfrutar de todo el tiempo que pueda con ellos antes de tener que regresar a mi casa en Santa Mónica.

Debo seguir trabajando después de esta escapada y aunque me encanta pasar tiempo con mi

gente, no puedo evitar pensar que he echado raíces allí. Ni yo misma me lo creo a veces, pero por fin disfruto de mi independencia y estoy fuera del influjo de mis padres y de las altas y erróneas expectativas que crearon y que sin duda, aún tienen para mí.

Cuando llego al portal, enseguida veo que una chica preciosa y con el pelo moreno casi idéntico al mío está ya esperándome, golpeando con sus increíbles tacones incesantemente. Al vernos, las dos pegamos un grito de alegría que alarma a los estirados de mis vecinos que entran en el edificio. Sin hacerles caso le doy un abrazo a la persona a quién más echo de menos desde que me marché.

Siempre que veo una oportunidad le insisto en que se venga conmigo y vivamos juntas en mi casa, pero como sé que ella además de a su familia tiene a Ricardo y están locos el uno por el otro, no he podido convencerla de que lo deje todo para cumplir un sueño que hemos compartido desde niñas: compartir piso y viajar por todo el mundo.

Después de un gran y emotivo abrazo, nos subimos en el Audi deportivo que está aparcado cerca y Carmen conduce hacia el parking del local donde hemos quedado.

—Bueno, espero que hayas descansado bien—dice mientras cambia de marchas como un rayo. Su manera de conducir me pone enferma desde siempre y no parece que vaya a cambiar nunca—. Por cierto, ¿has hablado con tu padre ya?

Yo me río ante la pregunta, hace meses que no paramos de cotillear sobre el tema de la nueva novia.

Mi madre tiene un defecto que comparto con ella, y es que es incapaz de callarse nada. Un día hablando por teléfono se le escapó y me hizo prometer que no diría nada a nadie, porque mi padre quería contármelo en persona. Claro que mi promesa no duró mucho al darme cuenta de que en una de mis muchas conversaciones por chat con Carmen, solté la bomba y ya no hubo marcha atrás. No le conté demasiado en verdad, ya que ni siquiera yo conozco a la susodicha, pero somos incapaces de dejar las especulaciones, a menudo parecemos dos adolescentes cotillas con legua viperina. No tenemos remedio, a nuestros veintinueve años, nos resulta difícil cambiar nuestra forma de ser.

—Mañana hemos quedado a comer—le digo—, mi madre no podrá venir, pero supongo que será más fácil hablar con él a solas. Pobrecito, pensará que le voy a preparar un bocadillo, siguen pensando que no he madurado ni aprendido nada en absoluto desde que me fui.

—Menos mal que no nos verán esta noche—dice Carmen riendo—, y por cierto estás increíble con ese vestido.

—Gracias, tú no te quedas atrás—admiro el precioso collar que adorna su vestido de seda negro—. Karla ha hecho un buen trabajo con nosotras—le guiño un ojo a mi amiga al mencionar a una estilista de Nueva York que nos ha enseñado muchas cosas sobre moda—. Ojalá pudiera vernos.

—No sé porque no ha querido venir contigo esta vez, aquí las fiestas no serán tan glamurosas

como en la gran manzana, pero igualmente son lo más —dice mientras aparca y se retoca el maquillaje antes de bajar del coche. Yo hago exactamente igual.

Al salir del flamante deportivo plateado, unos hombres vestidos muy formalmente nos echan el ojo y nos dedican unas deslumbrantes sonrisas que aumentan sus atractivos rostros. Mi amiga se queda embobada mirándolos y sé que ella solo se fija en los pocos mortales en los que tiene algún interés, por ese motivo me quedo desconcertada y no puedo evitar hacerle la gran pregunta que me tiene mortificada desde hace varios meses.

—A ver, ¿se puede saber qué pasa entre Ricardo y tú? Últimamente eres incluso más esquiva que yo con ese tema y ya de por sí es preocupante, pero verte mientras le lanzas miradas a ese tío es lo más raro que he presenciado en años —con mis brazos en jarras, espero con poca paciencia y el ceño fruncido a que se explique—. Si lleváis más de siete años saliendo, ¿qué ocurre?

—No pretendía ocultártelo, pero es humillante hablar de esto y más aún por teléfono —dice con semblante serio—, ha empezado a salir con María Molina y no digas nada, estoy segura de que sabes de quién te hablo.

—¿Qué? —pregunto estupefacta, casi gritando.

Claro que sé quién es, trabajó con Carmen en su estudio de fotografía cuando lo abrió. Demostró tener un interés preocupante por Ricardo y mi amiga no dudó en despedirla cuando pasó el periodo de prueba. Tuvieron una terrible discusión en la que María llegó a amenazarla, diciendo que ya se las vería con ella. Ninguna creímos entonces sus palabras, nos imaginamos que estaría molesta por perder su trabajo, pero está claro que nos equivocamos.

—Pues lo que no sabes, es que hace unos dos meses, la invité a casa para hablar sobre el reportaje que íbamos a hacer para su boda. Me pidió perdón por lo ocurrido, dijo que era feliz con su novio y tiene un trabajo estupendo. No dudé de ella —dice con cara de confusión—. Fue raro que me dijera que no podía ir al estudio porque le venía mal el horario, pero no sé, no lo pensé y le dije que podía venir a casa al medio día. Tomás me llamó desde el estudio preocupado porque no encontraba un álbum de fotos que recogerían esa tarde y tuve que ir a ayudarle. Cuando llegué a casa... —su mirada se ensombrece y se aclara la garganta, lo cual me indica que se está atormentando con el recuerdo— me los encontré revolcándose en el sofá del salón.

—¡Dios mío! —suelto con la boca abierta—. Y entonces... ¿qué hiciste?

Me quedo alucinada cuando veo que Carmen me mira y sonrío de manera perversa. Por un momento estoy imaginando que está triste por lo ocurrido y de repente la veo poner una expresión maliciosa y carcajearse delante de mis narices. La miro desconcertada por su reacción.

—Les dije que estarían increíbles para un reportaje pornográfico y que cuando acabaran, me llamaran al móvil —explica sin inmutarse apenas—. Me largué de allí y a las dos horas o así, Ricardo me llamó al estudio y me dijo que María no estaba y que teníamos que hablar. Obviamente le

dije gritando que no pensaba escuchar sus penosas excusas y que desapareciera de mi vista mientras iba a recoger mis cosas. Por la noche haciendo la maleta descubrí que el álbum de fotos perdido estaba en casa con una nota de esa petarda diciendo que la venganza se sirve mejor fría.

—Vaya, menuda hija de... —callé. Preferí guardarme los calificativos que iban a salir de mi boca—. ¿Y todo terminó así sin más? ¿No hablaste con Ricardo?

Carmen me mira con cara de pocos amigos. En seguida me arrepiento de mis palabras.

—¿Qué querías que hiciera, que me uniera a ellos o le diera unas palmaditas en la espalda? —espeto furiosa.

—Maldita sea, claro que no. Pero digo yo que al menos podrías haberte enterado de qué es lo que pasaba entre los dos —le digo—. Ya sabes que creo que el amor solo existe en el cine, y ni aún así es creíble, pero creo que es importante conocer la verdad. ¿Llegaron a acostarse aquel día? Quizás ella lo preparó todo para que los pillaras de esa forma y en realidad no ocurrió nada. Es posible que empezaran algo cuando ya no estabais juntos.

—Es un cabronazo, me da igual que ella solo le estuviera utilizando entonces, eso no cambia las cosas y además... unas semanas más tarde me enteré de que salían juntos. La única verdad que me interesa es que es un cerdo y no merece la pena —dice Carmen más suavemente—. Después de tantos años creí que todo iba bien y que llegaríamos a dar el siguiente paso pronto, pero definitivamente él no estaba preparado para eso. Creo que fue su forma de hacérmelo comprender.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... el último año le hablé de mi intención de pasar por el altar en un futuro no muy lejano, pero veo que él no quería lo mismo —suspira y vuelve a sonreír como para quitarle importancia—. Fue contundente al demostrármelo, ¿no crees?

Casi no puedo creer lo que estoy viendo. Mi mejor amiga siempre ha sido una chica alocada, pero una romántica empedernida. Sé que estaba enamorada de su hombre y al parecer descubrir el engaño de éste, la ha convertido en una cínica de las relaciones. Está claro que ahora se parece más a mí de lo que me imaginé, y no sé por qué, pero la idea no me agrada demasiado.

Parece que no le ha afectado, y eso en cierto modo me asusta, no sé si es que realmente le ha olvidado, o si por el contrario, está reprimiendo lo que siente y en cualquier momento se dará cuenta de lo que ha ocurrido y explotará.

Carmen siempre me decía que era el hombre de su vida y ahora habla de Ricardo como si no significase nada para ella. Desde luego creo que nunca llegaré a entender el curso que siguen las relaciones de las personas que hay a mi alrededor. Y mucho menos las mías.

Al entrar en el local nos damos cuenta de que aún no hay demasiada gente, son las doce y falta al menos una hora para que la fiesta esté en su apogeo. Nosotras subimos a la tercera planta, donde la música es un poco más suave antes pasar a la terraza y empezar la fiesta de verdad y que estamos deseando disfrutar.

Carmen aprovecha para contarme lo mal que lo ha pasado después de romper su relación, muy poca gente sabe que han terminado aunque algo sospechan, ya que solían estar juntos siempre y es demasiado obvio. No desea dar explicaciones y mucho menos hablar de los detalles escabrosos de la ruptura. Me dice una cosa que me sorprende y es que pasó página e intentó ser fuerte igual que lo soy yo, pero después de haber pasado por muchas relaciones desastrosas lo que menos me siento es alguien fuerte, aunque es lo que intento aparentar, en mi interior noto que la soledad no me abandona tan fácilmente como suelo fingir. Sin duda eso ha cambiado desde que me marché. Fue como borrar todo mi pasado y empezar de cero.

El local se está llenando y nuestros amigos poco a poco van apareciendo, somos un grupo numeroso y como algunos de ellos vienen muy bien acompañados, tanto mis amigas como los chicos con los que siempre salíamos de fiesta, casi llenamos media sala.

Me siento como en casa, literalmente lo estoy, pero al principio creí que sería extraño reencontrarme con gente con la que solía relacionarme años atrás y con los que apenas he tenido contacto desde que me fui. Siempre que vengo es para pocos días y no tengo tiempo de quedar con ellos, pero veo que todos están felices de verme y gracias a ello estoy divirtiéndome como hace tiempo que no hago, ya que en América apenas salgo si no es para trabajar.

El alcohol corre de forma peligrosa y ya empiezo a notar sus efectos a las tres de la madrugada.

De pronto me doy cuenta que estoy como una cuba porque me imagino cosas raras, pero soy consciente de que las personas que se van acercando hasta donde estamos mis amigos y yo, son reales y me sonrían mientras vienen a nuestro encuentro.

El grupo es numeroso y a la mitad no los conozco de nada, pero una buena amiga y su marido van cogidos de la mano y apartando a la gente con delicadeza mientras se abren paso.

Carmen, que está a mi lado, me agarra del brazo y me zarandea preguntándome por qué he dejado de bailar. Con el dedo le señalo al grupo que se acerca y le digo que son conocidos míos. Ella como es lógico reconoce a la mujer que aparece la primera, porque es una famosa magnate del

mundo empresarial y vuelve a apretarme el brazo y a gritarme como una posesa que cómo es que la conozco. Mientras me encojo de hombros y le sonrío con suficiencia ella se acerca a nuestro grupo de amigos para anunciarles que tenemos nueva compañía. En este momento, con el vaso en la mano, bebo un poco del combinado que me he pedido y Carmen llega a mi lado. Se queda quieta y me pregunta con una expresión que la hace parecer hipnotizada: —¿Estás viendo lo mismo que yo?

Tiene la boca abierta del asombro y enseguida pone cara de ligar y se muerde el labio de manera sugerente. Yo me estoy riendo de ella porque a veces puede ser muy exagerada, estoy segura de que se refiere a Matt, el marido de mi amiga Ellen y que casi nos ha alcanzado. Es sin duda muy atractivo, pero aparte de estar felizmente casado, no es mi tipo, aunque estoy viendo que Carmen está loca por el conocido director de cine.

—¡Dios mío, no me puedo creer que estén aquí! —exclama gritando y sorprendiéndome. Pensé que se refería a Matt, pero no es así.

Ella mira más atrás donde dos hombres con un intenso parecido se van acercando, junto a la pareja que conozco y a otras chicas que por su figura y su ropa, enseguida me doy cuenta de que deben de ser actrices o modelos, quizás ambas cosas.

Al principio no los reconozco, pero al ir acercándose me doy cuenta de que son unos famosos actores de la serie que sigo desde hace más de cuatro años y a la que estoy enganchada hasta el punto de no querer salir de casa ni hablar con nadie, cuando está saliendo por la televisión.

Por poco se me cae el vaso de la mano y voy corriendo a dejarlo en la mesa donde están sentados mis amigos. Me va a dar un infarto, respiro hondo varias veces porque estoy segura de que si me ven en este estado, pensarán que estoy loca o que soy de esas fanáticas de las series, cosa que en parte es cierto, pero ellos no tienen por qué saberlo.

No es que ver o conocer en persona a una persona famosa sea algo nuevo para mí. En California es algo normal, además he hecho algunas entrevistas para mis artículos a diversos famosos. Por si fuera poco, tengo una relación estrecha con Matt y Ellen, que son la élite de las estrellas, pero otra cosa muy distinta es que mi actor favorito junto con su hermano gemelo, estén en mi ciudad y a pocos metros.

Ellen corre hacia mí en cuanto puede y me abraza con fuerza. Se nota que la atractiva empresaria está feliz de verme y yo me alegro de que me eche de menos, porque en poco tiempo la he llegado a considerar una de las mejores personas que he conocido y somos buenas amigas desde hace tres años. Saludo a Matt y a Karla, la estilista que trabajaba conmigo en muchas ocasiones y me ayuda siempre que se lo pido. La verdad es que me sorprende verla aquí.

Mis amigos solteros enseguida están a mi lado esperando poder conocer a las atractivas mujeres y cuando nos presentan a las dos modelos que los acompañan, Mario y David se quedan embobados y empiezan a ligar con ellas. Algo que me hace gracia, ya que se les ve claramente interesadas en los

hermanos actores y por supuesto no hablan nada de español.

Ellen al ver que observo a mi actor favorito y amor platónico desde hace años se acerca hasta él y nos presenta, también a su hermano. Ella sabe que a mí me vuelve loca porque a menudo me pongo a parlotear sobre ellos y la serie que me tiene enganchada, pero nunca mencionó que los conociera personalmente, aunque es algo de lo más corriente, porque allí en su tierra difícilmente pueden no conocerse, ya que deben de coincidir en los eventos a los que están acostumbrados a asistir.

Estoy tan feliz de verles que me siento como en una nube, pero aún así les pregunto cómo es que han decidido venir a España sin avisarme. No lo digo para nadie en particular, ya que se miran y sonríen entre ellos y enseguida soy consciente de algo obvio, han decidido adelantar el viaje que pensaban hacer para venir a verme aunque no me imaginé que pudieran tener tiempo de hacerlo ahora, a comienzos de verano.

—¿Qué ocurre? ¿No te alegras de vernos? —pregunta Ellen en inglés.

—Claro que sí —respondo en inglés también—, no pensé que pudierais venir tan pronto. Apenas acabo de llegar —le digo soltando una carcajada.

—Te echábamos de menos, además Karla tiene que ir a Francia en pocos días por trabajo, y pensamos acompañarla aprovechando los días que tenemos libres.

Ellen está frenética y da saltos bailando al son de la música a mi lado, contagiándome su alegría, ahora mismo no es la mujer de negocios que conozco, sino una amiga de treinta años que está casi más loca que yo.

En este momento me doy cuenta de que mis amigos nos miran con un interés extraño. Me percato de que estoy hablando en otro idioma con la multimillonaria Ellen Harrison y es evidente que a ellos les atrae.

Yo misma debo de resultar una extranjera más.

—Vaya, cuando hablas así estás muy sexy —Carmen me arrastra con ella al fondo de la pista de baile—. Creía que los conocías y no me habías dicho nada al respecto, pero ya veo que no —dice refiriéndose a los atractivos actores que nos gustan tanto a las dos—. Yo me pido a Andy, creo que está soltero, ¿no? ¿Por qué no le pides con tu maravilloso nuevo acento que me invite a una copa?

—¡Estás loca, si no le conozco de nada!

—Vamos, si se lo pido yo, no se va a enterar de nada, no ves que no hablo inglés desde el instituto —me suelta haciendo un mohín—. Debí aprender cuando lo hiciste tú, ahora no necesitaría a una intérprete para ligar con el actor buenorro.

—Estoy segura de que él querrá aprender español solo para poder invitarte —al ver la expresión de súplica de Carmen no puedo negarme—. Está bien, le diré que estás deseando

conocerle, pero no pienses ni por un momento que voy a traducir todo lo que quieras hablar con él, porque a mí me gusta Johnny, y no quiero que su hermano piense que soy yo la que está loca por él — le digo con malicia.

La arrastro conmigo de la mano y nos acercamos a donde están también las dos rubias modelos, como dejan de hablar cuando estamos a pocos pasos de ellas, nos damos cuenta de que debían de estar hablando de nosotras.

Los hermanos actores nos miran y nos sonrían ya que seguro que están informados de que soy buena amiga de Matt y Ellen, cuando me acerco a Andy tengo que levantar la vista para poder mirarle a los ojos. Yo mido 1,70cm pero como ellos son tan altos, ya que casi alcanzan los dos metros, cualquiera puede parecer de estatura mediana a su lado. Me siento algo paralizada cuando su hermano me mira con su sonrisa torcida tan característica y por poco me olvido de qué hago yo aquí. Mi amiga me aprieta la muñeca y vuelvo a la Tierra. Estoy muerta de vergüenza, pero tengo una misión que llevar a cabo, si no quiero que Carmen se enfade conmigo por no aprovechar la oportunidad de ligar con el famoso actor.

—Hola —me saluda él en español.

Las dos nos quedamos sorprendidas y enseguida él nos aclara que habla un poco nuestro idioma. Yo me alegro por quitarme ese peso de encima y así mi amiga puede seguir hablando con él mientras se alejan juntos hacia la barra de la discoteca.

Me quedo un rato mirándolos y sonriendo ante las ocurrencias de Carmen y apenas me doy cuenta de que Johnny está a mi lado haciendo lo mismo.

—Creo que a mi hermano le gusta tu amiga —me informa en inglés.

—Bueno... es una buena chica, espero que se lleven bien.

—Estoy seguro —dice sonriendo de forma que queda claro que su comentario tiene un significado no tan oculto.

En este momento me doy cuenta de que es posible que Andy esté realmente interesado en ella y me alegro.

—¿Desde cuándo conoces a mi hermano? —me pregunta dejándome desconcertada.

—No le conozco, nos acaban de presentar.

—Me refiero a Matt —señala hacia el atractivo hombre de pelo oscuro que baila muy pegado a Ellen.

—¿Matt es tu hermano? —pregunto sorprendida.

La música está alta, pero aún así se oye mi grito de desconcierto cuando Johnny me informa de su relación con un hombre al que conozco desde hace poco más de tres años, algo después que a su mujer. Menos mal que no me he acercado mucho para hablarle, porque de lo contrario le habría dejado sordo. Me sonrojo, pero por su expresión parece que no se ha dado cuenta debido a la poca

iluminación del local.

Él asiente y me sonrío. Le respondo y parece pensativo por un momento. Me pregunta por mi trabajo y cómo es que he acabado viviendo en California. Le aclaro que quise ampliar mis horizontes y me pongo triste pensando que fue la tensión con mis padres en ese momento lo que me dio el empujón que me hacía falta para irme. Cuando decidí estudiar lenguas modernas en lugar de medicina igual que ellos se llevaron una decepción. Mis escapadas a distintos puntos de España no les hacían mucha gracia, a pesar de que al principio no iba sola, pero cuando empecé a salir del país sin compañía en busca de nuevas experiencias fue el colmo y empezaron a agobiarme hasta casi desesperarme.

Antes de que eso ocurriera me compraron el piso que adoro desde que lo vi la primera vez, pero eso no me quitaba las ganas de viajar aunque siempre volvía a las pocas semanas y cuando descubrí lo que realmente me gustaba de esos viajes les dije que no me iba a buscar un trabajo estable en la ciudad, porque aunque ellos no lo sabían, ya lo había encontrado. Por aquel entonces llevaba más de cinco años documentándome y viajando a diversos países y escribiendo divertidas guías de viajes en las que escribía mis anécdotas personales, entrevistas a gente de todo tipo, fotos que iba tomando de diversos lugares para que estuvieran actualizadas según el año de publicación y opiniones personales sobre todas mis vivencias. Claro que todo esto lo hice con el nombre de Sophie Thompson porque en un principio no me hacía mucha gracia que mis padres supieran exactamente lo que hacía fuera de España.

Al final les hablé del tema y aunque no era lo que ellos querían para mi futuro, creo que lo entendieron, al menos intentaban comprender que había encontrado mi vocación. Ellos no la compartían, claro, y estoy segura que ahora, después de tanto tiempo, sus esperanzas siguen puestas en que vuelva a España de forma permanente y con un trabajo estable.

Fue una época dura, que con el tiempo hemos ido superando. Creo que se resignaron al hecho de que tenía que buscarme la vida por mi cuenta, aunque ellos no son de los que se rinden.

Cuando se dieron cuenta de que mi trabajo estaba teniendo éxito en diversos países donde publicaba, vieron que me lo tomaba en serio. No estoy segura de que lleguen a aprobarlo algún día, pero por lo menos no me atosigan con sus ideas de cómo tendría que enfocar mi vida laboral.

Miro a Johnny y casi me desmayo al notar su proximidad y su mirada intensa, es complicado distinguir el color de sus ojos en la oscuridad de la discoteca, pero como los veo a menudo en televisión sé que son una mezcla de color castaño, verde y ámbar. De repente baja su rostro para hablar cerca de mi oído: —¿Cómo es que hablas tan bien mi idioma? —pregunta en inglés.

Intento tragar saliva con dificultad, ya que el acercamiento me está provocando un ataque al corazón aunque él lo haga con tanta naturalidad. Un olor atrayente y masculino me envuelve, estoy

segura de que en cualquier momento me caeré redonda al suelo. Respiro hondo varias veces mientras miro a otro sitio simulando que busco a Carmen, pero sé exactamente donde está. Ligando con Andy. No me sorprende en absoluto, pero en este momento deseo que esté a mi lado dándome apoyo y así evitar quedar como una tonta incapaz de soltar una frase con coherencia, aunque creo que ya es tarde para eso. Disimulo como puedo y doy un paso atrás mientras bebo un poco para intentar sosegarme.

—He estudiado inglés desde niña y lo he practicado bastante.

—Lo sé, pero muchos no pueden disimular sus raíces, en cambio tú parece que has vivido en América desde siempre —me dice con una sonrisa.

—Sí... esto... vivo en Santa Mónica desde hace cinco años —digo hipnotizada. No puedo desviar la mirada de sus labios, cada vez más cerca de los míos.

—Claro eso lo explica —su voz grave me provoca un escalofrío y veo que se acerca peligrosamente hasta casi tocarme.

Me deja sin respiración, este hombre es tan atractivo que una no puede quitarle los ojos de encima y con esa voz tan sensual que tiene cuando habla, hace que me quede inmobilizada y tenga ganas de decirle que haré todo lo que me pida.

Mi mente vuelve a razonar cuando con el rabillo de ojo veo que una de las chicas rubias llamada Candice se queda mirando en nuestra dirección con cara de querer matarme.

Sin poder evitarlo me entra la risa nerviosa, sé que estoy entrando en terreno peligroso. A mí me gusta mantenerme al margen de toda complicación y ahora estoy al lado de un actor famoso seguido por millones de personas y de una modelo guapísima que parece estar celosa de mi acercamiento con el objeto de sus deseos. De un momento a otro estoy viendo que se va a encarar conmigo para decirme que me aleje de él. Estoy segura de que me puedo meter en un lío absurdo y no tengo ganas de esas bobadas. Johnny me observa con los ojos entrecerrados, no sé si tenía intención de besarme, pero si era así, que me ría le habrá desconcertado, aunque no puedo evitarlo, me pasa cuando estoy nerviosa.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Bueno... creo que tu amiga tiene ganas de que me aleje de ti —le digo señalando con sutileza la dirección donde se encuentra Candice observándonos.

Entonces ella cambia de expresión, se queda mirándolo con cara de niña buena y sonrío de oreja a oreja. Me parece de lo más infantil, pero entiendo perfectamente que quiera atraer su atención.

—Mi cuñada las ha traído. Cuando se enteraron de que veníamos se apuntaron al viaje, créeme cuando te digo que Candice es insufrible pero Maya es mucho peor, casi me doy la vuelta en el aeropuerto. Ellen está empeñada en emparejarme y mi hermanito le sigue el juego —explica con una evidente molestia dirigida a Matt, su hermano mayor—. Por desgracia son íntimas amigas y nos vemos en muchas ocasiones. Creo que si tuviera novia, mi cuñada dejaría de intentar buscarme una

ella misma.

—Sí, supongo —le digo no muy convencida.

He oído muchos rumores sobre los hermanos Harrison, al parecer son unos ligones de primera a pesar de que no se les conozca ninguna relación seria, y aunque no suelo hacer caso de ese tipo de chismorreos, me pregunto si habrá tenido algún tipo de relación con Candice o si es ella la que desea tenerla. Desde luego no voy a preguntarle, no estoy segura de querer conocer la respuesta y tampoco es de mi incumbencia. Le miro y creo que debe de estar en otra galaxia, tiene el entrecejo fruncido y parece que le da vueltas a algo. Vuelve su mirada penetrante hacia mí y noto un hormigueo en el estómago. Tiene una expresión calculadora y seria, me pregunto qué le estará pasando por la cabeza.

—¿Tú sales con alguien ahora? —suelta de repente.

—No, ni quiero —le contesto sinceramente.

—Bueno, yo tampoco busco nada, pero si le hago creer a Candice que tengo una relación me dejará en paz, ¿no crees?

—Puede ser, pero algunas mujeres son muy persistentes —le digo sonriendo mientras veo que la imponente rubia se aproxima.

Johnny me pega a él y pone una mano en mi cintura para acercarme a su cuerpo. Me falta el aliento al notar su calor a través de mi vestido, casi me derribo.

—Sígueme el rollo, por favor. Si fingimos que estamos saliendo, podré disfrutar del viaje y no me seguirá como un perrito faldero toda la semana —continúa hablando rápidamente ya que Candice está cada vez más cerca—. Te compensaré, te lo prometo.

Estoy a punto de negarme en redondo cuando le miro y noto su dulce aliento muy cerca, provocando un hormigueo en mis terminaciones nerviosas. Nuestros labios casi se tocan y mientras le miro a los ojos noto que la razón me abandona.

No puedo decirle que no cuando me habla de esa manera. Una parte de mí se muere por interpretar ese papel, cuántas veces no habré deseado estar en la piel de su compañera de reparto en la serie que tanto me gusta, para que el actor que tanto me gusta se fije en mí. La verdad es que parezco una adolescente encaprichada, pero supongo que no pasará nada por dejarme llevar por la locura una vez más...

—Está bien —digo en voz baja y en español. Sé que me ha entendido porque asiento con la cabeza nerviosamente y él me deslumbra con su característica sonrisa torcida. Creo que es el hombre más atractivo que he tenido el placer de conocer.

Suelto un gran suspiro algo tembloroso, “*¿en qué lío me estoy metiendo?*”

Mi teléfono está sonando en alguna parte mientras mi cerebro lucha por despertarse. Cuando abro un ojo, miro el reloj de pared que hay en mi habitación y me doy cuenta de que son más de las doce.

Demasiado temprano para mí, después de haberme acostado pasadas las cinco de la mañana, pero alguien insiste en llamarme una y otra vez, y cuando encuentro el móvil, perdido entre las sábanas, me doy cuenta de que es mi padre. Mi mente se despeja del todo. Hemos quedado para comer, o más bien dicho: he invitado a mi padre a comer en casa.

No sé si habrá cambiado de idea, con lo que me tiene que contar, me imagino que está nervioso, aunque tampoco es que desapruébe el hecho de que salga con alguien.

Yo no debería saberlo, se supone que mi padre me lo contaría en persona, aunque en verdad me alegro de que a mi madre se le escapara, he tenido tiempo de asimilarlo y así le evitaré la cara de asombro total que puse cuando me enteré. No tengo ni idea de cómo hubiera reaccionado al comentármelo él. Ahora puedo decirle lo estupendo que me parece.

Al principio me resultó tan extraño... nunca pensé que mis padres pudieran volver a rehacer sus vidas por separado, es como renunciar a la posibilidad de una reconciliación aún sabiendo que es imposible. Creo que es algo que deseaba interiormente, al parecer nunca ocurrirá.

Le doy a la tecla verde para descolgar.

—Hola papá —saludo con voz pastosa.

—¿Estabas acostada? —me pregunta sorprendido.

—Sí, anoche salí con Carmen.

Me doy de patadas mentalmente a mí misma por decirle precisamente eso. Mi padre siempre ha pensado que mi amiga es una mala influencia para mí, lo que no se imagina es que yo soy peor que ella, pero claro, no tiene por qué enterarse de ese detalle. Noto que mi padre se queda callado un momento, expresando así su desaprobación.

—¿Estás segura de que quieres comer en tu piso? —me pregunta. Creo que lo dice por mi mala cocina, pero no le voy a explicar que he encargado que traigan algo de un restaurante cercano—. Puedes venir a casa si quieres.

—No hace falta, en serio. Está todo bajo control —le digo sin faltar a la verdad.

Ayer por la tarde hice el encargo, ya que imaginé que si lo dejaba para hoy, lo olvidaría.

La conversación, si es que se le puede llamar así, termina enseguida y me quedo un poco extrañada. No sé si está nervioso o es que quizás piensa que mi madre va a venir también; seguro que fue complicado tener que contarle lo que pasa. Tienen una relación estupenda, pero imagino que nunca es fácil hablar de un nuevo amor con alguien con quien compartiste tu vida una vez.

A las dos en punto llaman a la puerta y cuando voy a abrir con una sonrisa, me encuentro un poco nerviosa. Espero que no se note que conozco el secreto de mi padre. De ser así, seguro que se enfada con mamá por no haber sido capaz de cumplir su promesa de no decir nada.

Cuando nos sentamos a comer, me pregunta cómo es que he aprendido a cocinar tan bien.

—He pedido que lo trajeran de tu restaurante favorito —le digo guiñando un ojo. Él se ríe.

—Algún día tendrás que aprender —sonríe y niega con la cabeza—. Yo podría enseñarte si te quedaras más de dos semanas.

Mi padre cocina de maravilla, todo lo que se propone lo hace estupendamente y no sé cómo no he nacido con ese gen. Soy incapaz de hacer algo más difícil que freír un huevo aunque quizás sea por mi falta de constancia, nunca me apetece dedicarle más de diez minutos a la preparación de la comida. Cuento con ayuda en Santa Mónica, una mujer llamada Mar Sáez. Tiene cuarenta años y es un encanto, me ayuda a mantener la casa perfecta y ordenada, además prepara unos platos increíbles. También ella me ha sugerido alguna vez que debería aprender, pero la verdad es que mi interés decae con una facilidad asombrosa.

Pasa el tiempo y me doy cuenta de que mi padre no va a iniciar la conversación que desea tener conmigo, me armo de valor y decido sacarla yo: —Bueno, ¿qué es lo que querías decirme? —pregunto mientras recojo la mesa con su ayuda.

—Siéntate y hablaremos —responde muy serio.

Termino de recogerlo todo y observo su cara. Parece pensativo, no deja de arrugar el entrecejo y casi me da pena, creo que está nervioso por tener que contármelo. Me dan ganas de decirle que ya lo sé todo y abrazarle simplemente, pero me contengo.

Nos sentamos en el sofá y él no deja de moverse inquieto.

—¿Qué ocurre papá?

—Bueno hija, verás... Como sabes el año pasado me trasladaron a Parla y... hace unos meses conocí a alguien —carraspea antes de continuar—, es una mujer increíble —me sonríe y se pasa nerviosamente la mano por el pelo—. Estamos pensando comprar una casa más grande para vivir juntos y dejar el piso en el que vivo ahora. Creemos que es una buena idea vender este también, ya que casi siempre está vacío.

Esa información es nueva, no sé cómo mi madre no me ha dicho nada del tema y dudo mucho que se le haya olvidado mencionarlo.

Mi padre es la viva imagen de la culpabilidad. Sabe que me encanta, aunque es normal que desee quitarse ese peso de encima. Son mis padres los que pagan la hipoteca, aunque me ofrecí muchas veces a pagarla yo misma porque no me supondría ningún gran esfuerzo, estoy segura de que lo hacen como incentivo para que me quede, pero es algo que de momento no tengo intención de hacer, en realidad no sé si algún día llegaré a hacerlo.

—Entiendo —digo con voz baja—. Y... ¿cuándo podré conocer a esa mujer misteriosa? —pregunto con una sonrisa.

—Bueno, como vas a estar un tiempo por aquí, podemos quedar un día que te venga bien y la conoces.

—Me parece genial —digo sonriendo—. Cuéntame más, ¿a qué se dedica? —pregunto fingiendo interés. Sé la respuesta, pero debo disimular.

—Es enfermera, y tranquila, no trabaja en el mismo hospital que yo. De hecho ella trabaja en una clínica privada —dice con la voz cargada de orgullo y algo que intuyo, es ternura.

Me siento feliz por mi padre, se le ve la mirada iluminada y eso me deja claro que está enamorado de nuevo. Solo espero que tenga más suerte en esta ocasión.

De repente me mira, tiene los ojos entrecerrados y parece desconcertado.

—Vaya, creía que te sorprendería más. Hace diez años que no salgo con nadie y mucho menos con una mujer con quien quisiera comprar una casa—dice observándome detenidamente.

—Bueno... yo... —que agobio, ¿cómo decirle que hace meses que mi madre la mencionó por primera vez y que nunca dice nada bueno de ella?— no lo sé.

—Tu madre —resopla molesto—. No se ha podido contener aunque se lo pedí expresamente.

—Venga papá, de verdad que me sorprende que no recuerdes su incapacidad para guardar secretos —digo sonriendo con complicidad—. Tenía que haberte dicho que lo sé, pero no quería que te enfadaras con ella.

—Lo dejaré pasar por ti —dice negando con la cabeza—. Ya me dirás cuando tienes un hueco para quedar y conocer a Lucía.

—Para ti lo que sea —le digo con cariño—, prefiero que lo organices tú, ya que tienes mucho trabajo. De momento estoy libre para todo —le aseguro guiñando un ojo.

—Bien.

Cuando mi padre se ha ido, me quedo un rato en el sofá pensando en todos los cambios que se están produciendo. Está claro que él es más feliz que nunca, algo que sé que a mi madre no le hace mucha gracia por el hecho de que no es con ella, sino con otra mujer. No estoy muy segura de lo que siente por mi padre, jamás habla de ello y es muy difícil que le pueda sonsacar nada al respecto, pero es lo que parece cuando le menciona.

Otra cosa que cambiará es que el piso en el que estoy ahora mismo acabará ocupado por otras personas y eso me da mucha pena. No he pasado tanto tiempo en él como para que lo considere mi hogar, pero me encariñé desde el principio y por alguna razón siento como si perdiera una parte de mí misma. Aunque fue un regalo, o más bien un soborno de mis padres, siempre será mi primera casa y me entristece no volver a tener mi pequeño refugio cuando vuelva a Madrid.

Debería pensar en la posibilidad de comprárselo, aunque no sé qué pensarán al respecto.

Estoy a punto de llamar a Carmen por teléfono para salir un rato, cuando alguien llama al timbre. Por un momento pienso que es mi padre que ha vuelto por algún motivo y tras mirar a través del agujerito de la puerta, me quedo de piedra por la sorpresa cuando veo a la persona que hay al otro lado: Johnny Harrison.

Mi corazón empieza a latir frenéticamente, me quedo desconcertada y por un instante siento fastidio porque mi corazón se revele de esta forma cada vez que pienso en él. Ahora está a apenas un metro de distancia y me falta el aliento, tiemblo de expectación y noto que me sonrojo como una adolescente. Queda claro que estoy sufriendo alguna extraña clase de enfermedad de atracción hacia él, parece que no puedo evitar verle sin que mi corazón no se acelere. No debí seguirle el juego cuando me propuso fingir una relación. Ahora no estaría suspirando como una damisela de novela de época por un hombre que, ni es un caballero de armadura brillante, ni se interesa realmente por mí, sino que solo me usa como un escudo contra otra mujer a la que no desea. “*Qué asco*”, pienso molesta.

—Tess, ¿me vas a abrir? Sé que estás al otro lado de la puerta —me dice en inglés. El muy cretino.

Se me pasa por la cabeza ignorarle y dejarle en la calle, pero si alguno de mis vecinos lo ve y lo reconoce, estoy segura de que la noticia acabará en los periódicos y no me apetece estar en boca de todo el país por esto.

—Hola —le digo al abrir la puerta. Él me responde con una sonrisa torcida que casi me derrite por dentro y por fuera—. ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo es que sabes dónde vivo? —le suelto hablando rápido por culpa de los nervios.

—Cuántas preguntas —dice soltando una carcajada sonora—, he venido a verte y sé dónde vives porque Ellen me lo ha dicho.

—Claro, la muy desgraciada —digo mascullando en español para que no supiera qué le estaba llamando a mi amiga, solo medio en broma.

Me cuesta creer que le haya dado mi dirección sin más. Cuando se la anoté en su agenda para que pudieran localizarme cuando vinieran a España, no me imaginé que la fuera a usar de esta manera.

Se me pasa por la cabeza que Johnny solo está escapando de su admiradora y pienso, algo malhumorada, que precisamente tiene que venir a mi pequeño refugio para alterarme. Desde luego es cierto eso de que las desgracias nunca vienen solas; después de la posibilidad de perder mi piso, a veces también se presentan en forma de morenazo alto y atractivo con una peligrosa capacidad para destrozarse el corazón de cualquier mujer que caiga en sus redes.

Antes de sucumbir, solo tengo que recordarme que el encanto es parte de lo que es: un gran actor consolidado que sabe cómo obtener lo que desea. No pienso permitir que me maneje a su antojo.

—¿Vengo en mal momento? —me pregunta sin tener la cortesía de disculparse—. Tenía que salir del hotel porque me estaban acosando —explica sonriendo sin necesidad de mencionar a Candice— y de esta forma aprovecho para decirte que esta noche queremos salir a cenar a algún sitio y necesitamos una recomendación.

—Puedo dártela, claro, pero yo no pienso salir.

—¿Y eso? —pregunta contrariado—. Ellen contaba con que te apuntarías la primera, dudo que quieras que venga a por ti.

Johnny se refiere, cómo no, a la persistencia de Ellen para conseguir lo que quiere. Nadie le dice nunca que no, posiblemente una vez, pero viendo que no para hasta que aceptas hacer lo que ella desea, siempre acabas aceptando para que no te torture con su inagotable insistencia.

No tengo claro que sea una buena idea estar todo el día cerca de él, pero como parece que no voy a poder escapar de su cuñada, tendré que intentarlo y de paso procurar no perder la razón entre otras cosas.

—Muy bien iré —le digo sin estar convencida en absoluto.

—Estupendo, no olvides que tienes que fingir que estamos saliendo —dice cambiando su semblante. Seguro que ha notado mi expresión de cabreo y pensará que me echaré atrás—. Me dijiste que sí, ¿ya te has arrepentido?

—No te preocupes, nunca rompo mis promesas —le digo con tono brusco.

—Vamos, tampoco es para tanto. No tenemos que hacer nada... a no ser que tú quieras —dice con voz seductora, provocando escalofríos por todo mi cuerpo. Le pongo mi mirada más fría de cabreo y él se ríe—. Es broma. Solo me gustaría que permanecieras cerca para que Candice se aleje todo lo posible de mí. Por favor —añade suplicando en voz baja.

—De acuerdo, pero no te pases. Sobre todo —digo suspirando— debes hablar con tus hermanos y Ellen, y les aclaras que todo esto es un montaje como los de tu serie, solo que... con menos sangre y puñetazos —sonrío.

Desde la puerta Johnny me observa y repasa de arriba abajo como si me estuviera estudiando. Mi piel hormiguea allí por donde pasa su mirada y mis piernas están empezando a temblar. Algo inevitable dado que toda mujer se sentiría atraída por su extraordinario atractivo. Despacio, me adentro hasta el salón y me dejo caer en mi sofá predilecto. Él se sienta justo enfrente.

—Así que, ¿te gusta "*Ley salvaje*"? —me pregunta entrecerrando los ojos.

—Sí, me encanta. Me gusta que sea sangrienta —digo riendo—, sobre todo que pongas en su sitio a esos macarras sin escrúpulos. A veces te pasas con tanta brutalidad gratuita —continúo sintiéndome animada—, me gusta que tu personaje sea tan letal y despiadado como policía y tan sentimental y tierno con Emily. En las cuatro temporadas que habéis estrenado he visto que ha evolucionado mucho como persona, sobre todo con ese carácter tan voluble que tiene, creo que al final conseguirá...

De repente noto que se queda callado y yo me siento un poco tonta por haberme puesto a parlotear sobre la serie. A menudo soy una bocazas cuando se trata de algo que me gusta y me siento avergonzada por haberlo hecho delante de él.

Me observa con una intensidad que provoca estragos en la boca de mi estómago y a la vez que me sonrojo, me disculpo y hago un gesto con la mano para restar importancia a lo que estaba hablando. Me sorprende cuando me agarra la muñeca suavemente y se acerca hasta sentarse a mi lado.

—Te gusta de verdad, ¿no?

—Claro, estoy enganchada a la serie desde el principio —le digo sonriendo.

—Sí, a la gente le gusta la serie, pero solo dicen que salimos demasiado vestidos o demasiado poco a veces, que somos muy serios, que le gustan los coches y las persecuciones... pero nadie habla de los personajes y de cómo trabajamos sus personalidades. Es más duro de lo que todo el mundo piensa. Casi nadie se fija en los matices como tú —se calla un instante y sonrío de forma seductora—, y no soy en absoluto tierno, ya sabes que incluso en las escenas de sexo, mi personaje es un animal con Emily.

Me quedo de piedra. Detesto hablar de esos temas con nadie, noto que me estoy poniendo como un tomate y que no voy a poder disimularlo de ninguna manera. Me aclaro la garganta y como él se da cuenta de mi malestar me pregunta si estoy bien con expresión inocente. Ni siquiera se ha dado cuenta del motivo de mi sonrojo, algo que yo agradezco, aunque me mira de una forma extraña que no sé cómo interpretar.

Para cambiar de tema le pregunto si quiere pasear, mientras le explico a qué sitios podemos ir a cenar y le advierto que tenemos que hacer reservas lo antes posible, porque muchos de los buenos restaurantes estarán abarrotados y estoy segura de que a ninguno le apetecerá cenar en una hamburguesería.

—¿Por qué dices eso? —pregunta extrañado—. A mí me encanta la comida basura —dice riendo.

—No lo sé, imaginé que no te apetecería cenar en un sitio tan corriente.

—Entiendo —me mira y niega con la cabeza—. Crees que por ser alguien famoso y que cobra sumas elevadas, me siento superior y no voy a esos establecimientos, pero te aseguro que no es así.

—No quise decir eso —refunfuñé.

—Tranquila, no pasa nada —dice con una media sonrisa, me da la impresión de que no le ha molestado mi comentario, aunque la verdad es que no lo hice con esa intención—. Pero te aseguro que la fama no se me ha subido a la cabeza. No voy por ahí sintiéndome superior a la gente que va a mi alrededor, pero muchas veces la prensa solo habla de lo que le conviene.

—Ya. —Empiezo a darme cuenta de que no es la persona que creí en un principio.

—Así que ya sabes, no se te ocurra desprestigiar las hamburguesas en mi presencia, ¿entendido? —dice arqueando una ceja—. Con Ellen puedes hacerlo, no las soporta.

—Lo sé —le digo sonriendo.

Después de un breve paseo cerca de casa, quedamos en vernos a las nueve en el parking de uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Ellos se alojan en un hotel cercano y además es perfecto para tomar unas copas después, porque tiene cerca varios sitios muy buenos, me imagino que será una buena combinación para esta noche.

Johnny se queda en la entrada de su hotel y cuando nos estamos despidiendo veo a Carmen salir abrazada por Andy. En este momento los cuatro nos miramos y ponemos cara de circunstancias porque la situación no puede ser más extraña. Ahora veo porqué no me ha llamado en todo el día y solo me ha dejado un mensaje aceptando salir de cena esta noche. Enseguida la tomo del brazo y le sonrío maliciosamente.

—Tú ven aquí —le digo—. Nos vemos luego chicos —me despido en inglés de los hermanos.

Cuando estamos lo suficientemente lejos de la entrada del hotel para que no se nos escuche le pregunto a mi amiga casi gritando: —¿Se puede saber qué haces con Andy Harrison? —pregunto exaltada. Suspiro y cambio mi tono por otro más moderado—. No hace falta que respondas, tu cara me lo dice todo —digo riendo.

—¿Pero tú le has visto bien? Con traje está buenísimo, pero ese vaquero ajustado... —dice mordiendo el labio con exageración.

Las dos nos reímos a carcajadas mientras caminamos por la acera y Carmen me va relatando lo ocurrido sin dejarse ni un solo detalle guardado. Me siento un poco incómoda y no sé porqué, siempre nos lo contamos todo, aunque yo no tenga mucho que contar, pero ella siempre ha sido muy abierta de ideas en ese sentido y no le cuesta hablarme de sus intimidades. Le gusta compartir toda su vida conmigo, como es mi mejor amiga yo escucho siempre sus idas y venidas, y me gusta que confíe en mí como para que no tengamos ningún secreto.

Nos despedimos para encontrarnos en mi piso dentro de una hora, Carmen va a recoger algunas cosas a su casa y volverá para empezar a arreglarnos y seguir cotilleando sobre los atractivos actores que nos tienen tan encaprichadas a las dos. Claro que yo no pienso decirle que mis sentimientos empiezan a ser algo más que platónicos. Nadie tiene porqué saberlo, al menos mientras ni yo misma lo tenga claro del todo. No es que no confíe en ella, siempre ha guardado mis secretos y en especial uno muy delicado para mí, pero a menudo me cuesta trabajo exponer mis sentimientos y como sé que tarde o temprano confesaré, siento que de momento no estoy lista para hacerlo.

Me he arreglado a conciencia. Llevo puesto un vestido negro corto, con unos tirantes gruesos y un escote recto. Llevo unos tacones altos para estilizar mis piernas y mi pelo moreno suelto después de habérmelo alisado un poco con la plancha.

En cuanto Carmen me ve, elogia mi figura diciendo que estoy preciosa y agradeciéndoselo con una sonrisa veo que ella está aún más impresionante. Lleva un vestido blanco y gris a rayas y anudado al cuello, con unas sandalias de plataforma y un recogido sencillo.

La verdad es que nos parecemos bastante, ella lleva ahora unas bonitas mechas en el pelo y es unos centímetros más baja que yo, pero siempre nos han dicho que parecemos hermanas. Solo falta que sus ojos fuesen verdes como los míos y no azules, en ese caso incluso nosotras nos habríamos planteado la posibilidad de que fuésemos parientes, porque hasta nuestros gustos y forma de ver las cosas son similares.

Me miro con detenimiento en el espejo de cuerpo entero y sonrío conforme. No pretendo impresionar a nadie, pero... ¿a quién no le gusta ir a cenar con una apariencia perfecta?

—¿Estás segura de que lo tuyo con Johnny es solo un montaje? —me pregunta con voz socarrona y entrecerrando los ojos—. Parece que quisieras atraer todas sus miradas...

—No sé por qué dices eso, es evidente que está buenísimo, pero de ahí a querer algo con él... hay un abismo —le digo disimulando que estoy nerviosa.

—Prométeme que tendrás cuidado —dice seriamente.

—¿Por qué me dices eso? —le miro a través del espejo—. ¿Es que Andy te ha contado algo sobre su hermano?

—Claro que no —contesta sonriendo cariñosamente—, pero no quiero que vuelvan a hacerte daño —dice refiriéndose a una historia de mi pasado—. Yo tengo muy claro lo que quiero esta semana, y lógicamente no es algo duradero. Pienso disfrutar porque estoy cansada de esperar al hombre perfecto después de mi estrepitoso fracaso —se pone seria y me mira con preocupación—. Tú sin embargo me preocupas, sé que intentas esquivar las relaciones desde hace años, pero eso no quiere decir que ellas no vengan a ti, créeme cuando te digo que es difícil no caer en las redes de estos dos chicos.

Mi amiga suelta un suspiro y me mira mientras se encoge de hombros. Sonríe a la vez que me toma del brazo y me guía a través de mi piso hasta la salida. Yo mientras, voy dándole vueltas a la cabeza. A veces es abrumador que alguien te llegue a conocer tan bien, porque no puedes ocultarle nada aunque quieras. A menudo Carmen se da cuenta de cosas que ni yo misma soy capaz de ver y aceptar.

Cuando nos estamos acercando al restaurante donde hemos quedado con mis amigos estadounidenses, Carmen empieza a hablar sobre Andy y lo guapo que está. La verdad es que el *look* casual le sienta de maravilla, pero los trajes incluso mejor. Ninguno de los hermanos aparenta los treinta y cinco años que tienen. Johnny va algo más formal que esta tarde, lleva un pantalón negro de vestir y una camisa blanca que resalta su piel ligeramente bronceada. Los mechones de su pelo castaño le rozan la frente y me dan ganas de pasarle las manos para ponerlo en su sitio. Siento un hormigueo en mis dedos, que se va extendiendo por todo mi cuerpo cuando veo que me mira fijamente y después me repasa de arriba abajo. Esa sonrisa torcida me está volviendo loca y noto que se me están aflojando las rodillas. Se acerca a mí y después de decirme con zalamería que estoy muy guapa, me besa en la mejilla y me toma de la mano. Me recuerdo a mí misma que lo único que está haciendo es interpretar un papel para que una muy enfadada modelo rubia, la cual nos mira con cara de querer liquidarnos, piense que estamos saliendo y se aleje de él, al menos durante la semana que durará su estancia en Madrid.

Vamos hasta nuestra mesa y mucha gente nos mira con curiosidad. Es un restaurante muy exclusivo de la ciudad, pero los conocidos actores causan ese efecto allá por donde van y es inevitable que los presentes se percaten de quienes son. Al menos estoy casi segura de que aquí nadie se va a levantar de su mesa para pedir un autógrafo.

Me siento mal al ver a Candice sentada justo delante de nosotros dos. No me gusta mentir ni fingir, con respecto a nada, pero ya que he aceptado ayudar a Johnny a evitarla, y ella no deja de mirarme con cara de pocos amigos, debo al menos disimular e intentar que la semana sea lo más llevadera posible. Resignada pienso que los días que tenemos por delante van a ser muy largos...

La cena transcurre con una tranquilidad algo tensa a veces, la conversación es animada a pesar de que a Carmen le cuesta seguirla a menudo. Como está a mi lado, yo voy hablando a dos bandas y le traduzco lo que puedo mientras comemos. Andy a su lado charla con ella en susurros y a veces los escucho perfectamente, él procura hablarle en castellano aunque a menudo le suelta frases obscenas en inglés. Es entonces cuando me incomodo hasta los extremos y me giro para decirle cualquier cosa a Johnny que, sentado a mi otro lado me observa de reojo. Más de una vez noto que Andy me mira y es consciente de que puedo oírle y no sé por qué está siendo tan descarado, ya que aunque los demás no se están percatando de nada, yo puedo escucharle y no entiendo porqué no disimula mejor.

Carmen se disculpa y se va al baño. Yo aprovecho el momento para escapar de allí con ella y de paso poder serenarme, ya que mis nervios están más alterados con cada minuto que pasaba.

Me quedo frente al espejo esperándola y cuando sale sonriente le digo con malicia que deberían irse a la habitación del hotel de Andy, en lugar de seguir con la fiesta delante de todos. Me mira extrañada y me doy cuenta de que no ha sido consciente de que he podido oírles todo el rato. Se sonroja y veo que está tan embelesada con él que ni ha pensado que están en un lugar público y que deben ser más discretos con sus escenitas románticas.

Las dos salimos del baño riéndonos y cuando vamos hasta la mesa que ocupamos solo vemos a los gemelos hablando hasta que nos acercamos. Al parecer el resto ha salido a fumar antes de tomar los postres y están en una de las salas exteriores habilitadas para ello.

Carmen y Andy se ponen a cuchichear, su hermano y yo nos miramos sin saber muy bien qué decir.

Andy que me observa con una rara expresión me pregunta: —¿Tess te encuentras bien?

—Claro —le digo intentando ocultar mi incomodidad por haber escuchado lo que le ha dicho a mi amiga durante la cena—. ¿Por qué?

—No, nada... —se echa a reír y yo estupefacta le miro y me doy cuenta de algo.

—Te estabas cachondeando de mí todo el rato, ¿no? —le pregunto con los ojos entrecerrados.

Andy no puede ni hablar, se echa a reír a carcajadas hasta que después de unos instantes consigue recomponerse.

—Lo siento, es que tenías una cara muy graciosa, solo te tomaba el pelo —me dice el muy desvergonzado—. No te enfades conmigo, anda, solo era una broma.

—Tampoco es para tanto —digo con tal de que se calle y pongo los ojos en blanco—. ¿No os

ibais? —pregunto a mi amiga en español.

—Sí, nosotros tomaremos el postre en otro sitio, si no os importa —dice Carmen sonriendo descaradamente—. Vámonos.

Le toma de la mano y aunque Andy no ha entendido ni la mitad de lo que ésta ha dicho, queda claro que desea estar a solas con ella porque no pone ningún impedimento cuando Carmen le guía hasta la salida.

—¿Se puede saber a dónde van esos dos? —suelta Johnny extrañado.

No ha dicho nada sobre mi conversación con su hermano y no sé si es que está acostumbrado a su sentido del humor o estaba al tanto de la situación y se divertía a mi costa también. Prefiero ignorarlo de momento.

—¿En serio me lo preguntas? —le digo enarcando las cejas—. Llevan toda la cena lanzándose indirectas. Me extraña que no se hayan ido en mitad de la comida —le digo riéndome.

—Sí, creo que se gustan.

Me quedo pensativa y no le respondo. No sé qué decir y simplemente me encojo de hombros. Me mira fijamente y me siento algo violenta así que desvío la mirada y me quedo congelada cuando veo a quien tengo delante, a unas cuantas mesas de distancia.

A pocos metros de donde estamos sentados veo al hombre que me rompió el corazón hace más de cinco años y a su perfecta y adecuada acompañante.

Sebastián Garrido fue el novio perfecto: estudiaba una carrera universitaria mientras ayudaba a sus padres en las oficinas donde ambos ejercían como abogados; era amable, atento, comprensivo y paciente conmigo. Yo estaba perdidamente enamorada aunque no dudaba del hecho de que las relaciones podían romperse, como les pasó al matrimonio de mis padres. Creo que fue por ese hecho que no llegué a entregarme a él por completo.

Entonces era joven, pero no una ingenua, y pensaba que en el momento en que se lo das todo a un hombre, pierde el interés que pueda tener en ti. Sabía que eso solo les había ocurrido a algunas de mis amigas, pero era todo lo que necesitaba para postergar el momento de acostarme con él hasta estar segura de que era el amor de mi vida.

Cuando se acercaba el momento de nuestro primer aniversario intenté mentalizarme de que había llegado la hora de dejar mi inseguridad a un lado y dejarme llevar, como me decían mis amigas una y otra vez. Quería que fuese un momento especial, así que durante semanas seguía parándole los pies cada vez que se calentaba más de la cuenta. Yo también lo deseaba, no podía negarlo, pero eso no me alentaba a seguir adelante cuando estábamos juntos. Siempre había algo que me lo impedía, una sensación que hacía que a la vez que me incitaba a continuar, me empujaba a alejarme a toda prisa.

No entendía el motivo, pero estaba decidida a olvidar mis miedos y luchar por una relación que creí que tenía futuro.

Dos días antes de nuestro aniversario lo tenía todo planeado: iríamos a cenar a algún sitio romántico, daríamos un paseo nocturno hasta el piso que acababa de estrenar gracias a mis padres y pasaríamos una noche mágica, juntos a la luz de las velas. Me había comprado para la ocasión un vestido muy primaveral y lencería atrevida, había ido a la peluquería y al spa, donde me había hecho todo tipo de tratamientos, incluyendo una depilación completa. Estaba con el móvil en la mano esperando a que Sebas me llamara para decirle que le invitaría a cenar aquel señalado día, cuando él apareció en mi puerta. Parecía nervioso, triste y preocupado por algo. En ese momento solo pensé que algo había ido mal en el trabajo ya que algunas noches llegaba en el mismo estado de la oficina. A menudo cenábamos juntos en mi piso, aunque solía llamarme antes de venir, lo que en ese momento me sorprendió un poco, pero yo me alegraba de verle y era lo que más me importaba. Al fin y al cabo, necesitaba los planes para nuestro aniversario. No pensé que se fuese a olvidar, pero por si acaso no iba a quedarme esperando a que él me regalara algo bonito y ya está, tomaría la iniciativa y por una vez sería yo la que organizara algo especial para los dos.

Pero con lo que no conté fue con el hecho de que él venía dispuesto a romper conmigo.

“*Tenemos que hablar*” es una expresión que se suele utilizar en el cine cuando un chico le dice a la chica que se ha buscado a otra y que pasa de ella. Pues justamente él comenzó soltando esa frase y todo tipo de acusaciones contra mí, diciéndome que no le quería, no confiaba en él, que no pasaba suficiente tiempo a su lado porque prefería a mis amigas, que desaparecía de viaje cada vez que quería sin contar con nadie más... y en un momento dado, mi mente desconectó. Siempre había sido muy comprensivo en ese aspecto de nuestra relación. Trabajaba mucho y a menudo me animaba a pasar tiempo con otras personas cuando él estaba ocupado. Decía que era increíble que pudiera viajar tanto, él quería poder hacer lo mismo algún día y siempre me deseaba un buen viaje, aunque cuando estábamos juntos yo no solía irme con tanta frecuencia como cuando estaba soltera.

El tema de la confianza era discutible. Yo no quería meterme en la cama con él por miedo a que, aunque era un chico maravilloso, seguía siendo un hombre y pensaba que el sexo estaba bien hasta que uno de los dos se aburre del otro y al final casi con total seguridad son ambos los que salen heridos y con una relación rota e imposible de conservar, ni siquiera como amigos. Eso era lo que más temía de todo.

Estaba segura de que si le hablaba sobre lo que sentía, pensaría que era algo absurdo y aunque ni yo misma estaba segura al cien por cien sobre mis reflexiones sobre ese tema, le pedí por favor que no tomara esa decisión por los dos. Le aseguré que le quería y no deseaba perder lo que teníamos.

Su respuesta me dejó helada: “*Ya está todo perdido*”.

Se alejó de mi lado y de mi vida para siempre. Lloré sin parar durante esos dos días, Carmen vino a verme cuando supuestamente deberíamos estar celebrando nuestro aniversario y vi que estaba furiosa. Había hablado con ella por teléfono porque no deseaba ver a nadie, pero no es de esas personas que se dan por vencidas fácilmente y vino igualmente para saber cómo estaba en realidad.

Cada vez que me miraba la veía más enfadada, estaba segura de que no soportaba que mi ex novio me hiciera sufrir de esa forma, pero notaba que había algo que no me estaba contando. Parecía a punto de estallar por alguna razón que yo desconocía e intenté que me contara qué era lo que la enfurecía de ese modo. Pensé que habría roto con su novio, pero eran la pareja perfecta y dudé, hasta que me di cuenta de que Sebas y yo también formábamos una pareja perfecta, o al menos eso creí, pero que eso en realidad no existe.

Después de mucho rato discutiendo sobre el hecho de que debía olvidarme de él y pasar página, pude sacarle la verdad. Se había enterado de que Sebas ya salía con otra chica, y no cualquiera, sino la maravillosa y perfecta Maite Fernández. Ella trabajaba como secretaria de la madre de éste y ambos compartían el mismo despacho, ya que él ayudaba a su padre mientras estudiaba la carrera.

En ese momento me enteré de que Maite también estaba en la universidad con Sebas y que se conocían desde hacía varios años y aunque hasta ese momento no había pasado nada entre ellos, tras tomar la decisión de romper conmigo, porque ya no quería estar a mi lado, empezaron a verse.

Estaba confusa por toda la información que me estaba dando mi amiga, así que le pregunté cómo es que ella sabía todo eso; me explicó que había ido a hablar con Sebas a las oficinas cuando la interceptó Maite y le estuvo explicando lo sucedido. Al parecer era todo encanto y dulzura, pero eso no aplacó la ira de Carmen que intentó darle un puñetazo cuando Sebas apareció y las separó.

Aquello había quedado enterrado y olvidado, pero al ver al hombre que me amargó esos meses posteriores a nuestra ruptura, y a la preciosa rubia que estaba sentada a su lado, me doy cuenta de que yo no fui ni mucho menos su pareja perfecta, porque ante su actual novia no tenía nada que hacer. Sebas y yo no tenemos nada en común y aunque a mí eso me daba igual en el pasado, creo que tenía que haberme dado cuenta de ese detalle antes de haber llegado a enamorarme y estar a punto de hacer algo de lo que me hubiera arrepentido con el tiempo. Aunque tener que anular la reserva para la celebración de nuestro aniversario y devolver toda la ropa que me compré, me había humillado más que nada que hubiera hecho en toda mi vida, al menos no me había acostado con él. Lo que habría resultado más embarazoso todavía y algo que no tenía remedio posible.

Un instante antes de retirar la mirada, noto que la pareja nos observa. Johnny mira en la misma dirección que yo y notando mi malestar me pregunta quiénes son. Se lo digo sin intentar ocultar la verdad, ni el dolor que me hace sentir, el hecho de tener que explicarle que es mi ex novio y su nueva

novia. Él me observa pensativo.

—Una bonita historia, supongo —suelta con sarcasmo—. ¿Qué pasó? Si puedo preguntar... —dice suavemente.

Bajo la mirada y por el rabillo del ojo percibo que la pareja se pone a hablar y se levanta. Por un instante creo que se van a marchar, pero empiezan a caminar hacia nosotros mientras observan a Johnny con interés. Está claro que el encanto de Sebas ha menguado con los años, de lo contrario no se acercaría a mí después de lo que me hizo y no arrastraría, literalmente, a su novia, a la que se le ve claramente incómoda.

—Vienen hacia nosotros, no me lo puedo creer —le digo apresuradamente—. Será capullo —mascullo en inglés para que el hombre que se acerca no pueda entenderme.

Sé que los idiomas nunca han sido su fuerte. A menudo me decía que la carrera que estudiaba no me serviría de nada, y aunque ahora eso me da igual, me encantaría restregarle por la cara el éxito que me ha proporcionado. Lo descarto de inmediato, porque la verdad es que espero que nuestra conversación sea lo más breve posible. Por un instante deseo que haya entendido lo que acabo de llamarle prácticamente en su cara.

Me doy cuenta de que no es así porque me sonrío de oreja a oreja. Maite se mantiene en un segundo plano y con la vista clavada en sus zapatos de tacón. La conocí poco cuando yo aún salía con Sebas y me había parecido una buena chica. Viendo su incomodidad, creo que no está a gusto plantándose delante de mí con él y eso dice algo bueno en su favor. Con quien realmente estoy enfadada es con mi ex, aunque después de tantos años sin vernos ha muerto cualquier sentimiento que haya tenido por él en el pasado.

Es increíble que esté incluso más guapo de lo que recordaba y viéndolos pienso que hacen una pareja ideal, ya que la mujer que tiene a su lado es preciosa, aunque me cueste admitirlo.

Johnny me sorprende cuando se levanta cogiéndome de la mano y dándome un beso en la mejilla, me susurra al oído.

—No te preocupes.

Suelto una risa nerviosa porque el roce de su barba me deja un delicioso hormigueo. Me sujeta por la cintura y me aprieta hasta que quedamos pegados el uno con el otro. Me siento radiante de felicidad cuando Sebas se da cuenta de nuestro acercamiento y su expresión se ensombrece. Intenta ocultarlo con una sonrisa falsa y a su vez toma a Maite de la mano, algo que interpreto como una muestra de inseguridad por su parte. Siento un regocijo algo perverso al ver que no está tan cómodo como aparenta y sin poder evitarlo me alegro interiormente. “*Esto te pasa por querer vacilar*”.

—Hola Teresa. Cuanto tiempo hace que no nos vemos —dice mirando hacia Johnny, éste mantiene una expresión impasible.

—Más de cinco años, desde que me dejaste plantada dos días antes de nuestro primer aniversario —le suelto sonriendo, aunque por dentro estoy que echo fuego en el mal sentido. Ni siquiera me mira, el muy imbécil—. Me alegro de verte Maite.

Me está afectando más de lo que creí, el tenerlo justo delante de mí. Pero no estoy dispuesta a dejar que lo vea. Además, me doy cuenta de que está muy ocupado admirando a mi atractivo acompañante e intento imaginar qué tipo de interés puede tener en él. Cuando menciono el nombre de la mujer, ambos me miran directamente. Él un poco sorprendido y ella avergonzada, se nota claramente que no desea estar aquí y me saluda tímidamente.

—¿No nos vas a presentar? —pregunta Sebastián señalando con la cabeza al hombre que me tiene apretada contra él.

—Claro —digo sarcásticamente—, éste es Johnny Harrison, supongo que lo conoces de la serie policíaca “*Ley Salvaje*”, ¿no?

—Sí —afirma entusiasmado.

“*Que desgraciado*”, el muy idiota seguro que se ha acercado a nosotros para conocer a Johnny y parece haber olvidado los prejuicios que haya podido tener para presentarse con su novia.

—Johnny —le digo hablando en inglés tranquilamente—, este es Sebastián, al parecer un cretino insensible, y ella es su novia Maite —sonrío levemente sintiéndome satisfecha por insultar a mi ex en su cara sin que sea consciente y deseando decirle mil cosas peores.

Él, valorando la expresión de los dos, estrecha la mano de Sebastián sin apenas mirarle y cuando saluda a su acompañante, le sonrío amablemente. Por su expresión, parece que solo quiere ser educado, aunque no estoy segura.

—Sebastián... —dice pronunciando su nombre con cierto tono despectivo—. ¿En serio? —me pregunta a punto de echarse a reír—. ¿Ese no es un nombre de gato?

No puedo evitar reír y esconder mi cara en el hombro de Johnny para evitar soltar una carcajada y aunque estoy segura de que Sebas no han entendido el comentario, es evidente que me río de algo relacionado con ellos porque han oído su nombre. No dice nada al respecto y a cambio me sorprende cuando dice: —Me encanta la serie “*Ley Salvaje*”, ¿crees que nos firmaría un autógrafo a Maite y a mí?

Me quedo de piedra. Por un momento pensé que se han acercado a saludar y conocer al actor, desde luego no esperaba una disculpa, no es algo que vaya con él; pero al menos creí que se cortaría un poco y sería amable y no un oportunista, después de haber pasado tanto tiempo.

Solo está frente a nosotros para que le firme un papel el famoso actor que está a mi lado.

Debe de haber notado mi rigidez porque enseguida Johnny me acaricia la espalda haciendo que me relaje con su contacto.

—¿Qué ocurre? —me pregunta en voz baja.

—Quiere un autógrafo, el muy gilipollas —digo entre dientes. Sebastián nos mira a uno y a otro sin entender nada.

—No me apetece firmar autógrafos, y menos a este tío —me informa destilando desprecio en cada palabra.

Sonrío ante el pequeño embuste. Sé que siempre firma posters, revistas y es amable con sus seguidores, pero me agrada que tenga ese detalle conmigo.

Tras negárselo de la manera más amable posible diciendo que Johnny no quiere que todos los comensales empiecen a reconocerlo y a pedirle autógrafos, Sebas se queda decepcionado y se despiden rápida y fríamente de nosotros para ir a su mesa, dejando claro que solo se han acercado con ese propósito.

—Lo siento —digo derrotada —ese tío no tiene remedio.

—No lo sientas, creo que te libraste de un idiota —dice seriamente— ¿me puedes contar qué pasó?

—No hay demasiado que contar —comienzo—, cuando salíamos yo creía que todo iba bien entre nosotros, pero justo antes de nuestro primer aniversario me dejó y al parecer celebró nuestra ruptura con la mujer que ahora está cenando con él —le explico desviando la vista hacia donde se encuentran, veo como él sigue observándonos a distancia—. Al parecer una relación no es de verdad si no hay sexo de por medio.

—¿Te dejó porque no te acostabas con él?

Me avergüenzo por haberme ido de la lengua, ojalá no hubiera abierto la boca. Ahora tengo a un hombre atractivo, y seguramente demasiado experimentado, mirándome sorprendido por lo que le acabo de contar.

—No exactamente... al menos tuvo el detalle de no mencionarlo abiertamente cuando me dejó —le digo sin poder contenerme.

Mi voz se va apagando y noto que vuelve a dolerme el corazón al recordar la amargura que me embargó los meses posteriores a nuestra ruptura. Yo creí que estaba siendo paciente conmigo, pero al parecer no lo suficiente como para dejar que yo decidiera el dónde y cuándo.

—Ojalá pudiera hacer que se sintiera tan mal como me sentí yo entonces —le digo con amargura.

Le miro y veo que entrecierra los ojos. Despacio se aproxima hasta quedar muy cerca y me acaricia el pelo para apartarlo hacia atrás. Deja sus dos fuertes manos detrás de mi cuello y me sostiene así hasta que acerca sus labios hasta los míos.

Me da pequeños besos suaves y entonces noto que me aprieta más contra él para profundizar el

beso. Como estamos sentados, no puede acercarse más, pero entonces siento deseos de abrazarle y notar el calor de su cuerpo contra el mío. El beso se hace más intenso y noto que acaricia mi pelo y con la otra mano, baja por mi brazo derecho hasta coger la mía. La aprieta suavemente y entrelaza nuestros dedos. En este momento noto una extraña conexión entre los dos, que espero que él haya advertido también. Es como una corriente eléctrica que me recorre el cuerpo y me hace sentir más viva que nunca.

Se separa dándome el beso más tierno que me han dado en toda mi vida. Sujetándose la cara con las dos manos y acariciando mis mejillas a la vez, me mira profundamente a los ojos haciendo que me sienta la mujer más especial del mundo.

—Pues no sabe lo que se pierde —me dice con voz ronca.

En este momento entran por la puerta nuestros amigos y pasan muy cerca de donde están sentados Sebas y su novia. Veo que Carmen le lanza una mirada envenenada a éste e ignora deliberadamente a Maite. Pero ninguno de ellos mira hacia la puerta, sino que nos observan a nosotros y entonces me doy cuenta del espectáculo que acabamos de dar para toda la sala.

Me sonrojo violentamente y me doy cuenta de mi error. Estamos abrazados y Johnny vuelve a sostener mi mano. Todos se quedan mirándonos porque se supone que estamos simulando una relación para que Candice no intente nada con él, pero hace un momento estábamos los dos solos y no tendríamos porqué fingir nada. Todo el mundo parece sorprendido, exceptuando a las dos modelos que me miran sin poder esconder sus celos.

—¿Os habéis fumado un paquete entero cada uno? —pregunta Johnny como si nada, alejándose un poco y dejándome con un extraño vacío.

Sabiendo lo buen actor que es, no debe extrañarme que pueda disimular de esta manera. Y la verdad es que prefiero pensar eso a la segunda opción: que para él no ha sido más que otro numerito para darle una lección a mi ex novio. La verdad es que no me parece mal del todo, pero creo que estamos empezando a jugar en un terreno muy peligroso.

Intento disimular mi reciente inquietud comportándome con toda la naturalidad de la que soy capaz. No puedo dejar que se acerque demasiado, o acabaré con el corazón roto de nuevo.

Los siguientes días los pasamos todos juntos visitando la ciudad. Carmen tiene que estar trabajando en su estudio fotográfico y se disgusta al pensar que no puede pasar el día entero con Andy, me llama la atención que estén tan inseparables cuando apenas se conocen. Johnny y yo también lo estamos aunque por distintas razones. Candice no termina de creerse que nosotros salgamos juntos por el hecho de que acaban de presentarnos y se nota que recela de los motivos por los que permanecemos juntos todo el día.

A mí me parece de lo más normal su actitud, ya que ni yo misma me pondría a salir con alguien a quien apenas conozco, pero mi falso novio no se separa de mí aunque debo decir a su favor que es un perfecto caballero en todo momento. Es atento, amable y considerado; en ninguna ocasión hace alusión al beso que nos dimos ni intenta nada conmigo, lo que por una parte me alivia y por otro lado me decepciona. Está claro que para él no fue más que una actuación y aunque a menudo lo pillo desprevenido observándome con interés y con algo más que no consigo determinar qué es, procuro por todos los medios no hacerme ilusiones y recordarme que no es más que teatro.

El domingo estamos tomando café cerca de mi piso cuando noto que mi móvil está vibrando dentro del bolso. Tras disculparme, salgo de la cafetería pensando que es Carmen avisándome que sale antes, lo cual me viene bien para tomarme un descanso de las miradas de odio de Candice y Maya. “*Estas dos me tienen harta*” pienso para mis adentros.

Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que es mi madre la que llama. Es muy raro que a media tarde esté libre y pienso que ha debido pasar algo. Contesto rápidamente y salgo fuera.

—¿Qué pasa mamá?

—Hola hija —me responde extrañada—, ¿qué pregunta es esa?

—Pues tú dirás, me extraña que me llames a esta hora, ¿no estás trabajando?

—En realidad no —dice. Se produce un momento de silencio—. Tengo que comentarte algo con respecto al piso.

“*¡Vaya, tiene que ser eso!*”, desde que mi padre me dijo que han pensado vender el piso en el que estoy viviendo por ahora, he tenido miedo de que me llamen y me digan que ya han encontrado a un comprador. Estoy segura de que esa preciosidad no estará a la venta mucho tiempo, pero deseo con todas mis fuerzas que al menos pueda estar las dos semanas que planeé quedarme, porque no

tengo ningunas ganas de quedarme con mi madre. Siempre está fuera trabajando, sería un aburrimiento no poder invitar allí a nadie y tampoco poder tener la libertad que me da el hecho de tener mi propio espacio para ir y venir a mi antojo. Al estar saliendo hasta tarde cada noche, estoy convencida de que mi ritmo de vida actual no sería tolerado allí. Quedarme con mi padre no es una opción, porque además de que vive bastante más lejos, ahora tiene una nueva novia y no me apetece molestar, además de que sería un poco violento para ambas convivir sin conocernos siquiera.

—Me han llamado de la inmobiliaria. Antonio, uno de los agentes, va a enseñarlo esta noche —mientras habla, mi mente no para de dar vueltas a todo el asunto—. Hay una pareja interesada y al parecer, con el trabajo no pueden visitarlo en otro momento. Les he dicho que no hay inconveniente, pero deberías ir a arreglarlo un poco.

Su tono implica una orden y no una sugerencia. Uno de mis defectos no es precisamente el de ser una mujer desordenada, pero mi madre es una maniática de la limpieza y no soporta que haya una mota de polvo o que cualquier cosa esté mínimamente fuera de su sitio.

—Ya —es mi seca respuesta.

—¿Necesitas ayuda con algo? —me ofrece.

—No te preocupes —le aseguro. No puedo distinguir si tengo más ganas de gritar o de echarme a llorar. “*Ambas cosas creo yo*”—. Dime la hora y todo estará listo.

Y yo estaré fuera de mi propia casa. Claro que no es mía y empiezo a sentir que nunca lo ha sido. Tengo que olvidarme de mi precioso piso, que aunque ha estado vacío durante mucho tiempo, no puedo dejar de considerarlo mío.

Tras colgar, me doy cuenta de que solo tengo unas pocas horas para recoger un poco y limpiar lo que pueda haber dejado sucio. Soy consciente de que no tardaré demasiado, pero el solo hecho de tener que hacerlo para que unos desconocidos examinen cada rincón, me da náuseas.

Entro de nuevo y me acerco a la mesa que están ocupando mis amigos y me siento en silencio. De repente se quedan callados y observan detenidamente mi extraña actitud. Me sorprende que todos me miren de ese modo, hasta que Ellen tan amable como siempre, se interesa por el motivo por el que estoy tan seria. Enseguida intento disimular para que no se preocupen, ya que de todas formas no me imagino que ellos vayan a verlo como algo por lo que sentirse triste. Estoy segura de que mis amigos, que tienen varias casas y al igual que yo recorren el mundo alojándose en diversos hoteles, no entenderán el apego que le tengo a mi pequeño piso, el cual he dejado abandonado durante largas temporadas y que ahora estoy a punto de perder para siempre.

Apenas viví en él durante un año antes de irme a Santa Mónica de forma definitiva y varios fines de semana a lo largo de estos cinco años, pero por alguna extraña razón me está costando asimilar que pronto no será más que otro recuerdo. Llevo tiempo dándole vueltas a la idea de comprárselo a

mis padres, pero no sé si estarán dispuestos a ello. No estoy muy segura de la cantidad de dinero que costará un piso como este en el centro de Madrid, pero seguro que puedo arreglármelas para administrar varias propiedades, contando con la mía al otro lado del océano.

La verdad es que debería decírselo cuanto antes, porque si la agencia toma una decisión y se vende pronto, poco podré hacer, aparte de lamentarme, y mucho.

—Mis padres van a vender mi piso y hoy viene una pareja a visitarlo.

—¿Es tuyo y lo van a vender tus padres? ¿Por qué van a hacer eso? —pregunta Johnny que está a mi lado.

—Me lo regalaron hace años, pero sigue estando a nombre de mis padres y ellos lo pagan, claro —les digo—. Mi padre... —¿cómo explicarles toda la historia sin dar demasiados detalles?— quiere comprar una casa con su nueva novia y como el piso está vacío la mayor parte del tiempo han decidido quitarse ese peso de encima.

—¿Venden tu piso para que tu padre se vaya a vivir con su amante? —pregunta maliciosamente Candice.

La miro con extrañeza y veo que Ellen y Matt se escandalizan. Ellos conocen toda la historia y aunque no saben que él pronto me presentará a su pareja, están al tanto de que mis padres están divorciados desde hace muchos años.

Le explican brevemente la verdad a Candice, que se queda decepcionada al saber que la situación es más normal de lo que a ella le hubiera gustado. Estoy segura de que le encantaría que mi familia se viera envuelta en un escándalo de talla mundial.

Recojo mis cosas y me levanto.

—¿Tienes que irte? —me pregunta Johnny mientras hace lo mismo y me rodea con un brazo.

Me he acostumbrado a su contacto y aunque sé que solo es una forma de hacer más creíble nuestra farsa, me gusta sentirle cerca. En este momento me reconforta enormemente tenerle a mi lado.

—Sí, necesito recoger algunas cosas —suspiro.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta acercándose a mi oído.

—No sabía que te gustara limpiar y ordenar —digo bromeando.

—Me encanta, paso todo el día con una fregona en la mano —dice soltando una carcajada.

Todos observan atentamente nuestra conversación. Ellen y Matt nos miran fascinados y creo que intentan averiguar qué tipo de relación hay exactamente entre nosotros, ya que, aunque saben que no estamos saliendo, nunca me han visto acercarme demasiado a ningún hombre, lo cual siempre me ha venido bien, porque no puedo evitar pensar que el que tengo a mi lado ahora mismo puede ser mi perdición.

Candice y Maya se levantan y tras dedicarme una mirada de odio y envidia mal disimulada se dirigen al baño, donde muy posiblemente me pondrán más verde que la copa de los árboles en

primavera. “*Menudas arpias*”, pienso.

Johnny y yo nos despedimos de todos y salimos a la calle. Caminamos en silencio unos minutos mientras nos acercamos a mi piso que no está muy lejos de allí.

Cuando entramos en el ascensor me siento bastante incómoda. Aquel reducido espacio hace que mi imaginación tome un camino que no es el adecuado, teniendo en cuenta que el objeto de todos mis deseos está apoyado en la pared opuesta de la cabina, a menos de un metro de distancia. Me observa con una expresión calculadora y me dan ganas de preguntarle a qué viene esa mirada suya, pero realmente dudo de que vaya a querer contármelo.

Al llegar a la tercera planta noto que me tiemblan las manos, tengo la llave en mi mano derecha y me da vergüenza que Johnny se dé cuenta de ese detalle, así que me acerco lo más rápido que puedo a la puerta y abro deprisa.

Dejo mi bolso y mis llaves en un pequeño armario de la entrada y me quedo quieta un instante. No me puedo imaginar que realmente quiera ayudarme con la limpieza y no se me ocurre preguntárselo siquiera, y menos aún sabiendo que mi dormitorio no está ordenado, así que le digo que se ponga cómodo en el sofá del salón mientras yo voy de un lado a otro revisándolo todo.

—¿No me vas a enseñar tu piso? —me pregunta con una sonrisa—. Es la segunda vez que vengo y aún no lo he visto.

Me da miedo lo que pueda pensar, aunque sé que es un espacio agradable, no tengo claro que Johnny, que está acostumbrado al lujo, pueda apreciar el encanto de un piso modesto aunque esté decorado con muebles de calidad. Todo es sencillo, sin demasiados adornos y muy práctico, aunque con pequeños toques de color aquí y allá, para que no sea aburrido. Desde luego el interior no tiene nada que ver con la arquitectura exterior. Es un edificio antiguo aunque muy bien restaurado y conservado, las reformas que hicieron mis padres hace años lo convirtieron en un lugar confortable y moderno, muy de mi estilo. Me dieron el gusto y pude elegir absolutamente todo lo que yo deseara, ya que iba a ser mi hogar. Pero soy consciente de que mis preferencia por lo sencillo, no son del gusto de todos. Mi madre siempre opta por algo más ornamentado y no le gusta mi decoración de líneas limpias y modernas. Cuando se terminó la reforma, solía decirme que parecía un piso de revista y no para vivir, a lo que yo añadía que eso no tenía nada de malo porque era lo que a mí me gustaba.

—¿Puedes esperar? Tengo que recoger un poco.

—Así que lo tienes todo patas arriba, ¿no? —me dice con esa voz tan sexy que tiene.

—Ni mucho menos —le respondo sonriendo— pero esta mañana lavé ropa y solo me dio tiempo de cogerla de la secadora, está todo encima de mi cama. Ya viste que Ellen me sacó a rastras de mi habitación esta mañana.

—Sí, cuando os escuché pensé que te estaba forzando a hacer algo... —dice con una risa diabólica. Deja la frase a medias arqueando las cejas con exageración.

Abro la boca por la sorpresa y sin poder evitarlo me echo a reír. Desde luego recordaba que cuando habíamos salido de mi dormitorio todos nos miraban con una extraña expresión y sobre todo Candice, que dijo textualmente: “*Lo que hay que oír*”. En ese momento no entendí a qué se refería, pero me habían escuchado decir: “*No, no, no...*” “*¡No hagas eso, suéltame!*” una y otra vez, cuando mi amiga empezó a tirar de la ropa que yo tenía en mis manos y a dejarla esparcida de cualquier manera. Habían estado más de una hora burlándose a mi costa y yo ni siquiera me había dado cuenta.

—Qué gracioso —le digo poniendo los ojos en blanco. Me alejo negando con la cabeza.

Abro la puerta de mi vestidor y coloco la plancha encima de la tabla. Me gusta tenerla aquí para poner la ropa en sus perchas sin tener que llevarlas de un lado a otro y como tengo espacio de sobra porque es casi del mismo tamaño de la habitación principal, puedo dejarla fuera de la vista de las visitas como la que tengo en mi salón.

Al cabo de poco rato, está todo ordenado. Cuando entro en mi habitación, me fijo en que mi ropa interior está aún aquí. “*Que desastre, Johnny podía haber entrado y haberlo visto...*” Menos mal que se escucha la televisión en el salón, creo que estará entretenido un rato más, mientras acabo. Abro los cajones de un mueble donde guardo mis prendas íntimas. No me gusta mezclar toda la ropa, así que tengo un lugar separado para cada cosa, además de un armario solo para guardar mis zapatos.

“*¡Dios mío! Espero que no les dé por mirar dentro de los armarios cuando vengan a ver el piso...*” pienso con un sujetador rosa en la mano. Debo llamar a mi madre para que, tanto el agente inmobiliario como la pareja, mantengan las manos alejadas de los armarios de mi habitación.

Me doy la vuelta y se me escapa un grito cuando veo a Johnny echado en el marco de la puerta mirándome con sorna. Haciendo un gesto con la cabeza, me señala lo que tengo en la mano y me pongo roja de la vergüenza mientras me giro, y guardo la prenda que aún sostengo en su lugar correspondiente.

—¿Te aburres o qué? —le pregunto casi gritando de la desesperación que me entra.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir —dice sonriendo.

Estoy tan alterada que he empezado a hablarle en español. Es una suerte que no lo comprenda, porque de repente me dan ganas de insultarle y llamarle de todo y ni se inmutaría.

—No he dicho nada —recapacito—. ¿Qué haces aquí? —le pregunto en inglés.

—Quería saber si te puedo echar una mano —dice a la vez que sostiene una prenda rosa en su enorme mano. Son las braguitas a juego con el sujetador que acabo de guardar.

—Dame eso —digo con furia tendiéndole la mano.

—Ven a por él —suelta riendo divertido mientras se lo pasa de una mano a otra—. Vamos —me

reta con la mirada.

Me acerco a él e intento agarrar la prenda sin éxito. La sostiene en alto con una mano y como soy más baja que él no puedo recuperarla sin su cooperación.

—Deja de jugar como un niño —espeto indignada.

—¿No tiene ni un poquito de gracia? —pregunta muy cerca de mí.

Puedo sentir su aliento sobre mis mejillas encendidas. Noto que el pulso se me acelera y el calor se extiende por todo mi cuerpo en segundos. Él cambia su expresión y de repente parece que el juego se ha acabado... o se ha vuelto más peligroso, no lo sé.

Ya no hay burla en sus ojos.

Intento tragar saliva, pero se me hace difícil al notar su intensa mirada sobre mí. Sé que él también está sintiendo algo en este momento, porque respira con dificultad, aunque no soy capaz de distinguir cuál de los dos está más afectado por nuestra cercanía.

Baja ambas manos hasta dejarlas sobre mi cintura. Soy vagamente consciente de que algo resbala de su mano derecha y cae al suelo, pero todo carece de interés mientras noto su cuerpo tan cerca. Da un paso más hacia mí y nuestros cuerpos quedan totalmente pegados.

Un momento de lucidez en mi entumecido cerebro me hace recapacitar y pensar que lo que ocurre está fuera de lugar. No puedo dejarme llevar porque de un momento a otro el pánico me asaltará y volverá a suceder lo habitual. Las palabras: “*No puedo hacerlo*” escapan de mis labios y todo cambiará. Como ocurre siempre.

Por alguna extraña razón, me siento cómoda a su lado, mi corazón late a toda prisa y percibo que mi deseo crece y crece. La razón me va abandonando por momentos.

—Me vuelves loco —dice con voz ronca junto a mi cuello.

Muerde suavemente el lóbulo de mi oreja y siento que me estremezco en lo más profundo de mí ser. Va dando pequeños besos por mi mandíbula hasta que en algún momento decide que ya ha dado bastantes rodeos y entonces me besa de verdad. En esta ocasión es más agresivo que la primera vez, no hay nadie observando y no lo hace para dar una lección a ningún ex novio. Lo hace porque lo desea y puedo sentirlo con cada contacto, cada respiración, cada latido.

Él también me está volviendo loca. Ahora mismo solo deseo que no se detenga jamás y ese pensamiento que cruza por mi mente me sorprende tanto que no sé si debo asustarme o sentirme aliviada por el descubrimiento.

Me sobresalto cuando se aleja unos centímetros de mí y con la mirada nublada por el deseo me sujeta por los muslos para que le rodee con mis piernas y quedar a horcajadas sobre él. Me agarro a sus hombros y él me sostiene fuertemente mientras me aprieta contra la pared y vuelve a besarme hasta casi dejarme sin aliento. Nuestras respiraciones y jadeos se mezclan y no tengo ni idea de quién de los dos está más entregado al otro.

Tira de mi pelo hacia atrás para besarme en el cuello y aunque mis sentidos están concentrados en un punto concreto de mi cuerpo en este momento, puedo sacar energías de alguna parte y respirar profundamente varias veces para recuperarme un poco.

Sus manos se mueven por mi cuerpo hasta recorrer cada palmo y cuando se detienen en mi pecho creo que me va a dar algo aquí mismo, noto un estremecimiento tan intenso que me hace gritar de forma entrecortada. Empieza a besarme de nuevo y siento que me separa de la pared y segundos después me echa sobre la cama para luego abalanzarse sobre mí.

Con manos expertas sube mi camiseta y desabrocha mi sujetador al mismo tiempo; pienso que si sigue así en pocos segundos no me quedará ni una sola prenda puesta. Por alguna razón inexplicable, estoy encantada con la idea y me propongo a hacer lo mismo con él. Paso mis manos por debajo de su camisa y le acaricio la espalda notando sus fuertes músculos. Voy subiendo la tela y me concentro como puedo en los botones de su camisa de algodón. Él me deja espacio suficiente pero sus besos no me facilitan la tarea. Cada vez que acaricio su abdomen noto que se estremece y cuando la desabrocho casi al completo aprovecho para acariciarle sin dejar ni un centímetro por explorar.

Se separa bruscamente de mí y se incorpora a medias, de un tirón termina de quitarse la prenda, con lo cual escucho que uno o varios de los botones saltan al suelo y se pierden en alguna parte. Cuando se deshace por completo de la camisa, se acerca lentamente hacia mí mientras me acaricia las mejillas y mira intensamente y con deseo mis pechos desnudos. Suelta un resoplido y pega su frente a la mía.

—Si no quieres continuar —me dice entre dientes, haciendo un esfuerzo para hablar—, dímelo ahora o no podré parar.

Con esa simple frase me derrito por dentro y unas terribles y poco oportunas ganas de llorar me invaden. Contengo las lágrimas como puedo, porque ha llegado el momento de hacer una confesión que estoy segura, hará que Johnny salga huyendo de mí para siempre.

Pero no puedo callármelo, dada la situación, tengo que hacérselo saber porque de lo contrario todo se descontrolará y no quiero eso. Deseo que sea algo especial y aunque estoy casi a punto de dejarme llevar, antes me toca soltarlo todo.

Me aclaro la garganta e intento respirar profundamente. Lo consigo a medias.

—Antes tengo que decirte algo —digo muy seria.

—Dime —me acaricia las mejillas con suavidad y me regala una de sus preciosas sonrisas.

Mientras me preparo mentalmente, creo que él puede notar perfectamente que me tensó debajo de él. Su mirada se torna preocupada y se aleja un poco para mirarme bien, entrecerrando un poco los ojos.

—¿Qué ocurre cariño? Me estás asustando —ve que hago una mueca de disgusto e insiste—.

Por favor, dime qué te preocupa.

Su mirada es tan tierna que por un momento no recuerdo lo que tengo que decirle. Aunque no es algo que pueda olvidar con facilidad, ya que me atormenta en los peores momentos inimaginables y no es algo que una mujer, de veintinueve años, pueda ignorar fácilmente.

—Está bien, hay algo que debes saber antes de ir más allá —digo. Él asiente con la cabeza, instándome a continuar—. Yo... soy... —trago con dificultad y mi voz suena como un susurro por el miedo que encierran estas pocas palabras— soy virgen.

Se queda callado un instante y noto que tiene una mirada especulativa. Me río interiormente porque casi puedo ver cómo su mente intenta averiguar si digo la verdad o me estoy quedando con él. Sé que es algo como para sospechar en los tiempos que corren. Es raro que una mujer independiente como yo, nunca haya disfrutado plenamente del sexo en sus casi treinta años, pero ha sido algo que no he podido controlar. Nunca he tenido ninguna relación duradera como para que llegar a ese punto y la única que tuve, que duró casi un año ha sido mi peor pesadilla en ese sentido.

Algo me impedía dejarme llevar y entregarme por completo a Sebas y cada vez que estábamos a punto de hacerlo, me asaltaba un miedo irracional que me impedía continuar. No vi cómo una brecha invisible nos iba separando más y más, hasta que él decidió ponerle fin.

Johnny se incorpora y se queda sentado en la cama. Está muy serio y me siento tan vulnerable ante él que solo quiero echar a correr y esconderme. Con una mano agarro mi camiseta, que está cerca, y la uso para tapar mi desnudez con ella. Estoy tan avergonzada por mi confesión que desvío la mirada y sin poder evitarlo las lágrimas empiezan a brotar sin control.

—¿Lo dices en serio, no? —me pregunta con tono suave.

Le miro enfadada, aunque lo estoy más conmigo misma, por no poder controlar mis traicioneras lágrimas, haciendo que parezca una quejica delante de él.

—¿Tú qué crees? —le espeto furiosa.

—Está bien, perdona —dice con voz baja—. Me resulta difícil de creer que una mujer preciosa como tú nunca se haya acostado con nadie.

—Ya —le suelto con una risa amarga.

—Si te digo la verdad, no es la primera vez que dicen eso mismo —comenta pensativo—. Pero aquella vez... —se calla de repente y me mira desconcertado— lo siento, no quiero incomodarte.

Le sonrío. Este hombre que tengo delante es tan tierno, que casi no me lo puedo creer. Nunca lo hubiera imaginado de él. Siempre se ve tan extrovertido, bromista y directo, que no pensé que fuera tan sensible. Me hace gracia que piense que soy tan inocente. No soy ninguna niña como para no saber nada sobre sexo y crea que no lo he experimentado jamás.

Cuando estaba con Sebas, solíamos dejar volar nuestra imaginación, porque al comenzar nuestra relación, él se comportaba de manera comprensiva conmigo y quería darme tiempo para que me fuera

acostumbrando a él. A menudo los preliminares le servían como distracción hasta que yo estuviera preparada para entregarme por completo y él estaba satisfecho con esa concesión, hasta que empezó a presionarme poco a poco y vio que no conseguiría lo que tanto deseaba. Sentí que me estaba obligando de alguna manera y no me resultaba nada agradable pensar, que lo único que quería era sexo, y no estar conmigo. Con cada negativa mía, supe que se iba alejando más y más, aunque me negara admitirlo, incluso ante mí misma. Pero tenía claro que mi momento llegaría y cuando estuviera lista lo sabría.

Claro que yo no me podía imaginar que cuando estaba más que dispuesta a compartir ese paso tan importante para mí, él iba a decirme adiós para siempre.

—Tranquilo —digo sonriendo—, no me molesta ni me incomoda hablar sobre sexo. Además —continúo con voz sugerente—, creo que es una buena terapia para mí.

—¿Sí? —me pregunta con un susurro.

Se acerca a mí y me besa suavemente. Separa sus labios y sonrío de forma casi imperceptible.

—La única vez que me confesaron algo así, la chica me mintió y fue todo un desastre —dice negando con la cabeza mientras sonrío ante el recuerdo—. La peor experiencia de mi vida, créeme.

Nos quedamos mirándonos y sin saber cómo, empezamos a reír sin poder parar. Estamos así unos instantes hasta que escuchamos el timbre de la puerta y las risas se apagan rápidamente. Me quedo seria y con un gesto rápido me pongo el sujetador mientras que con una mano sostengo la camiseta. Me acerco a la puerta nerviosa, aunque aliviada al ver que Johnny ha reaccionado mejor de lo que me esperaba.

—¿Quién es? —pregunto mientras termino de arreglarme. Me miro en el espejo de la entrada y veo que mi pelo está hecho un desastre.

—Soy tu madre.

“*¡Mi madre! ¡Mi madre! ¡Mi madre!*”, grito para mis adentros. La situación no puede ser peor, ahora sabe que estoy junto a la puerta y si no abro enseguida notará que pasa algo. Solo se me ocurre decirle la verdad, aunque no todos los detalles.

—Espera mamá, me estoy vistiendo.

—De acuerdo, espero.

Entonces me doy cuenta de mi error colosal. Hay un hombre medio desnudo en mi habitación, debe de tener el pelo tan revuelto como el mío y estamos los dos solos en mi piso. Mi madre no tardará en comprender lo que estábamos haciendo aquí hasta hace unos segundos. Sacará sus conclusiones, que aunque no estarán muy desencaminadas, no pueden ser más inoportunas.

Entro corriendo en el baño mientras aviso a Johnny de la inesperada visita. Al cerrar la puerta veo que está sorprendido, pero no tan asustado como yo mientras se viste y se recompone. Yo

termino de asearme y con un cepillo arreglo el desastre que se ha ocasionado en mi pelo.

Salgo lo más rápido que puedo y no veo a Johnny por ninguna parte. Lo encuentro en el salón mirando mis libros tranquilamente. Cuando me acerco a la puerta estoy nerviosa y pienso que es una tontería que me ponga de esta manera; mi madre seguramente imaginará que no es la primera vez que estoy con un hombre, sobre todo porque cuando salía con Sebas ella estaba loca de contenta y me decía una y otra vez, que había “pescado” a uno de los buenos. Sé que ella sueña con un buen matrimonio y una familia propia para mí y no entiendo cómo puede pensar así en este siglo, pero claro, yo no soy tan conservadora como ella para algunas cosas. Teniendo en cuenta que ella se ha casado y divorciado pocos años después, no consigo comprender que quiera eso para mí, de verdad que no.

La dejo pasar; me está preguntando si necesito ayuda con algo, cuando repara en la presencia inesperada que hay en el salón. Johnny se acerca a nosotras con tranquilidad y los presenta: —Mamá éste es Johnny Harrison, un amigo que ha venido a verme desde Estados Unidos. Te aviso que no habla español —le digo son una sonrisa—. Johnny —continúo en inglés—, ésta es mi madre, Amalia Cantero.

Se estrechan las manos y se produce entonces, un momento de silencio bastante incómodo. No sé qué decir y solo deseo que mi madre se vaya para poder acabar de recoger el piso sin que esté vigilando cada cosa que hago.

—Me está ayudando a recoger un poco —le digo a mi madre—, nuestros amigos están en una cafetería y cuando termine nos iremos con ellos.

—Muy bien —dice mirando con interés a Johnny, veo que posa su mirada en el cuello de la camisa de éste y cuando yo hago lo mismo me doy cuenta de qué es lo que ha llamado su atención—. Si no necesitas nada, me marcharé. A las nueve llegará Antonio con la pareja que viene a visitarlo. Yo estaré aquí con ellos y cuando se vayan te avisaré.

—Vale, gracias.

Sale por la puerta y suelto todo el aire que había estado conteniendo sin ser consciente de ello. Me vuelvo hacia Johnny.

—Que desastre, seguro que piensa que estamos saliendo —le digo con desesperación— en breve estará preguntándome desde cuándo estamos juntos, seguro que pronto contará los meses que faltan para una boda por todo lo alto.

—¿Qué hay de malo en eso? Mi madre también suele hacer esas cosas, pero no lo hace con mala intención.

—Ya claro, pero ella no te habrá pillado nunca en plena faena, ¿verdad? —le digo mientras le señalo con el dedo el descosido que tiene su camisa—. Se ha dado cuenta de que te falta un botón y estará pensando... en lo que habrá pasado antes de que ella llegara.

—Ah —es toda su respuesta. Mira los hilos sueltos y se encoje de hombros.

—Voy a ir a buscarlo y te lo arreglaré, espera aquí por favor.

—De acuerdo, aunque tampoco es para tanto...

Voy a mi habitación y lo busco por todas partes. Supongo que no es nada importante, quizás estoy algo nerviosa y nada más, pero no puedo evitar sentirme algo incómoda por la inesperada visita de mi madre y mucho más por lo que estábamos haciendo un rato antes.

No hay ni rastro del maldito botón. “*¿Por qué tienen que ser tan diminutos?*”, pienso.

Me doy por vencida al darme cuenta de que es inútil seguir buscando. Termino de recoger mi ropa y doy un repaso al resto de habitaciones antes de entrar en el salón.

—Johnny, no hay ni rastro del botón —le digo con preocupación.

—No pasa nada, además, creo que deberías llamarme John —dice—. Todos mis amigos más íntimos lo hacen —me guiña un ojo.

—No somos tan íntimos, apenas nos conocemos —aclaro con desconcierto.

—Bueno, después de lo que acabamos de hacer en tu cuarto, creo que podemos decir que nos conocemos bastante bien, ¿no crees? —dice poniendo una pose pensativa.

Su sonrisa y su descaro me están dejando bloqueada y se me hace increíblemente difícil pensar algo coherente.

—¿Y qué les diremos a todos cuando se den cuenta? ¿Crees que no harán preguntas?

—Les diré que me enganché con algo —dice sin darle importancia.

—Claro, con tu mano —le digo irónicamente, negando con la cabeza—. Bueno, no queda más remedio, ya que no consigo encontrarlo.

—Venga no es para tanto —me dice, al parecer muy seguro de eso—. ¿Estás lista para irnos?

—Sí, vamos.

Para mi sorpresa, cuando volvemos nuestros amigos guardan silencio, ante la evidencia de que mentimos, con respecto a lo ocurrido en mi piso. Todos se han dado cuenta de la falta del estúpido botón y yo maldigo una y otra vez para mis adentros al pequeño objeto que ha dejado al descubierto algo que me hubiera gustado dejar en privado. Las guapas modelos están más que molestas conmigo al descubrir que lo que hay entre John y yo es real, aunque ellas no saben que eso no es del todo cierto.

No tardan en mostrarme qué sienten por mí cuando posan sus idénticas miradas de odio en mi persona. No les hago caso, total, para qué.

Como apenas han hablado en toda la tarde y por la noche han estado muy ocupadas tomando copas en la terraza del pub donde pasamos el rato, puedo descansar un poco de esas dos.

Carmen se ha perdido lo ocurrido esta tarde, ya que ha tenido que sustituir a una empleada del estudio, pero le cuento todo lo que ha pasado con pelos y señales cuando nos vemos por la noche, y no puede mantener la boca cerrada, está más sorprendida que yo por lo que le estoy contando.

—Ya sabía yo que había algo más —me dice convencida—, no puedes ocultar ciertas cosas. He notado cómo le miras...

—¿Pero qué dices? —espeto.

—Lo que oyes, guapa. Y que conste que él te mira exactamente igual.

—Bah —suelto—, eso es imposible. ¿Tú sabes de quién estás hablando? Ese hombre está acostumbrado a que todas las mujeres se le lancen al cuello. Dudo mucho que se pudiera fijar en alguien como yo.

Mi amiga me mira con los ojos entrecerrados y a pesar de las luces tenues del local sé por su expresión que intenta averiguar qué está pasando por mi mente exactamente. Sonríe de manera sospechosa y pone cara de determinación.

—Deberías lanzarte —me dice—, si se parece a su hermano también en ese aspecto... te vas a llevar una grata sorpresa.

Agita su mano abanicándose para dar más énfasis a lo que insinúa. Yo me río aunque me siento un poco incómoda al imaginarme al hermano de John en la intimidad con Carmen. Borro esa imagen de mi mente y niego con la cabeza.

—Dudo mucho que él quiera hacer nada conmigo ahora que sabe que nunca me he acostado con

nadie —digo apesadumbrada.

—No digas bobadas —dice desviando la mirada hacia atrás— fijate, no puede quitarte los ojos de encima.

Ahora nos encontramos en la barra pidiendo otra ronda y John está sentado con los demás en un sofá muy moderno para dos personas. Es el que hemos ocupado los dos nada más llegar.

No aparta su mirada cuando yo me giro para observarle. Es muy inquietante saber que si no nos hubieran interrumpido esta tarde, lo más seguro es que me hubiera acostado con él. Solo recordar lo que he sentido al tenerle echado sobre mí sin que ninguna prenda se interpusiera entre nosotros a excepción de los pantalones de ambos hace que quiera repetir en este mismo momento. Nunca he deseado algo así con tanta intensidad y por un instante pienso que debería hacer caso de Carmen y disfrutar de los pocos días que me quedan antes de que se vaya. Una vez que se haya ido, será solo un recuerdo, pero perdurará en mí para siempre y aunque no volvamos a vernos, al menos podré decir que he sido valiente y me he lanzado al fin.

Llegamos junto a nuestros amigos y Carmen va directa a los brazos de Andy, que no lo duda y la aprieta contra él. Viéndolos juntos me doy cuenta de la buena pareja que hacen y me pregunto si podrán tener algún tipo de futuro juntos.

Me siento al lado de John y pone su brazo izquierdo alrededor de mi cintura antes de recostarme en el sofá. Siento un calor muy reconfortante cuando noto que me acaricia la cintura con sus dedos, como si me estuviera masajeando la zona. Una risa nerviosa amenaza con escaparse de mis labios, cuando Ellen frente a mí, dice en voz alta: —Oye Tess, hemos pensado quedarnos otra semana más —dice entusiasmada— ¿qué te parece?

Carmen se sobresalta y me pregunto qué le pasa. Aunque Ellen me ha dado la noticia, evidentemente hablando en inglés, parece que Andy ya la ha informado de los cambios de planes del grupo cuando le estaba susurrando al oído hace unos segundos.

Me mira y se pone a gritar de alegría a la vez que abraza con efusividad al hombre que está a su lado y sonrío igual que ella. Las únicas que no parecen muy conformes con la idea son Candice y Maya que ahora se nos han unido. No sé por qué no hacen las maletas y se van, ya que no estamos cómodas en nuestra mutua presencia.

Mientras grita de alegría y abraza a su media naranja, Carmen me mira intencionadamente y sonrío de una forma que me está dando escalofríos. Algo se está cocinando en ese cerebro tan manipulador que tiene y solo de pensarlo me da miedo.

—Vaya, Tess... —menciona mi nombre alargándolo y con un tono burlón que no presagia nada bueno—. ¿Qué te parece la idea, eh? —suelta arqueando las cejas.

Me hace gracia que mis dos amigas, las cuales ni siquiera hablaban el mismo idioma, me pregunten exactamente lo mismo y al ver cómo me miran, seguramente incluso están pensando lo

mismo sobre John y yo.

—Creo que es una idea genial —sonríe y evito deliberadamente la mirada de John—. Es estupendo —digo esta vez en español solo para que Carmen me entienda. Le guiño un ojo.

En este momento me doy cuenta de la oportunidad que se me presenta. Por una vez en mi vida estoy decidida a arriesgar de verdad, dejaré mis miedos a un lado y me dejaré llevar a lo desconocido. Nunca, en mis muchos años de aventuras por el mundo, he sentido este vértigo que me impulsa a ignorar la advertencia que dice: “*Echa el freno y reflexiona sobre lo que estás a punto de hacer*”; pero estoy cansada de mantener el muro que he creado en mi mente y mi corazón para mantener a los hombres lejos y así evitar sufrir. Tal y como yo lo veo, será un aprendizaje más en mi vida y aunque eso me pueda hacer parecer algo fría y calculadora, prefiero pensar eso a la alternativa: que me estoy empezando a enamorar y me voy a subir a un barco que muy posiblemente naufragará y me arrastrará, cuando el otro tripulante a bordo, decida ponerle fin a todo.

No será más que algo pasajero y mientras no pierda esta idea de vista, todo irá bien.

Por la noche, en casa, me doy cuenta de que no puedo dormir. Decidimos poner fin a la fiesta bastante entrada la madrugada y aunque mi cuerpo me pide a gritos descansar, mi mente no deja de dar vueltas y más vueltas. No estoy segura de cómo llevar a cabo mi deseo de tener una aventura con el hombre que me vuelve loca. No es algo a lo que esté acostumbrada, ni mucho menos. La sola idea de seducir a un hombre, hace estragos en mi estómago, no estoy segura de que esto sea bueno en absoluto y temo que ese miedo que siempre acaba por alcanzarme, se interponga de nuevo a mis deseos.

En esta ocasión no hay en juego una relación como la que tuve hace tiempo, tan solo mis sentimientos y aunque sé que si todo se tuerce voy a volver a sufrir, al menos me quedará el hecho de haberlo intentado.

Me siento como una idiota tumbada en mi cama, pensando en la mejor manera de hacerle entender a John que me quiero acostar con él, dejándole muy claro que solo será algo pasajero y nada más. Por alguna razón creo que eso no va a suponer ningún problema.

Me levanto y voy a por un vaso de agua. Deambulo por mi piso hasta que me aburro mortalmente.

Cuando enciendo la televisión busco el mando a distancia y veo mi móvil al lado con una lucecita encendida. No me resulta extraño, ya que no le he prestado atención estos días.

Veo en la pantalla, que tengo varios mensajes de Alison. Me siento mal por no haber estado más en contacto con ella, seguro que tiene muchas cosas que contarme de su gran cita y la verdad es que estoy deseando que me lo explique todo al detalle. Le contesto y rápidamente llega la respuesta.

—Esta tiene insomnio igual que yo...

Entonces me doy cuenta de que allí será media tarde. No estará en las oficinas de la revista, así que decido llamarla y de ese modo, ponernos al día. No tardo en oír su voz.

—¡Hola Tess! —dice casi gritando—. Te estuve escribiendo y llamando, pero tienes el otro teléfono apagado.

—Lo sé, perdona. Olvidé decirte que ahora estoy usando el número antiguo —me disculpo—. Bueno, ¿qué me cuentas de tu cita? ¿Se ha portado bien contigo?

—Oh... —suspira, puedo oírla a través de la línea, imagino que está emocionada—. Tenías razón, es un tío estupendo y no te lo vas a creer, pero ¡hemos quedado en media hora! Vamos a ir a tomar algo y estoy de los nervios...

—Que bien, me alegro por los dos. Hacéis una pareja excepcional, ya te dije yo que valía la pena este hombre —le digo sintiéndome feliz por ella, en realidad por los dos, porque él me cae bien—. Solo sé tú misma, eres maravillosa y estoy segura de que le vas a gustar tal y como eres.

—Tess eres un cielo, no sé qué haría yo sin ti —guarda silencio un instante—. Te echo de menos.

—Y yo a ti Ali, pero la semana que viene estaré allí —le digo sintiendo nostalgia—. Por cierto, ¿cómo está el pequeño Ben?

—Él está estupendamente, está deseando terminar el colegio para estar todo el día jugando en la piscina.

—Bueno, ya queda poco para eso.

—Sólo unos días. En fin, tengo que dejarte... Mark vendrá en pocos minutos y necesito arreglarme un poco —se ríe.

—Claro, espero que te lo pases muy bien —le deseo, imaginando lo nerviosa que estará—. Ya me contarás... yo también tengo que contarte muchas cosas, pero con más tiempo. Porque es increíble.

—¿Ah, sí? Que mala eres, mira que dejarme con la incertidumbre... Bueno, promete que me llamarás pronto y me lo contarás todo.

—Por supuesto. Adiós.

—Adiós Tess.

Tras despedirnos, me quedo pensativa. Tendría que haberle contado que había conocido a John, ella también es una gran admiradora y estoy segura de que se habría puesto histérica al saber que le conozco en persona. Una lástima tener que esperar para poderla al día de esa y de otras muchas cosas.

Me quedo un instante mirando la televisión, pero no hay nada que merezca la pena a estas horas

de la madrugada.

Acabo por elegir un libro de los que tengo en el salón y cuando me echo en sofá y empiezo a leer, el sueño se va apoderando de mí hasta que caigo rendida.

Alguien llama a la puerta con insistencia y estoy empezando a mosquearme.

—¡Largo, estoy durmiendo!

Miro el reloj de pulsera y veo que son las tres de la tarde. Al final he logrado dormir como un bebé y aunque estoy muy descansada, no me apetece ver a nadie en este momento. La cabeza me da vueltas a causa de la gran cantidad de copas que tomé anoche y pienso, mientras me río interiormente, que este ritmo acabará conmigo en pocos días.

Hace mucho que no voy de fiesta, y menos de manera tan continua, la verdad es que me va muy bien sin todo esto.

Como parece que quién llama no se va a marchar hasta que le abra, me acerco a la entrada para ver de qué se trata y así echarle a patadas. Se me corta la respiración al ver a la persona que está al otro lado de la puerta. Con manos temblorosas abro despacio.

Encontrarme con John, con las manos apoyadas en ambas caderas y con cara de mosqueo, me hace gracia. Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Puedo saber por qué no respondes al teléfono?

Imito su postura y le digo con voz irritada: —Por si aún no te has dado cuenta, estaba dormida y tú me has despertado.

Entonces pasea su mirada por todo mi cuerpo. Sé que mi pelo debe de estar alborotado aunque eso no me importa tanto como el hecho de que llevo un pantalón cortísimo de algodón y una camiseta ajustada de tirantes con encaje en el escote, me siento más desnuda que sin ropa, ya que casi se me ve el pecho. Él detiene su mirada justo ahí después de haber dado un buen repaso a mis piernas desnudas y yo siento un hormigueo justo donde sus ojos se han posado. Parece que quisiera eliminar la prenda con solo una ojeada y por un momento siento ganas de hacer justo eso, desprenderme de esta y de las otras prendas que llevo puestas.

La poca cordura que me queda, teniendo en cuenta que aún estoy bajo los efectos del sueño y la resaca, me hacen darme cuenta de que mi puerta está totalmente abierta y sin duda mi vecina de enfrente está cotilleando, algo que normalmente detesto en cualquier situación, pero ahora mismo es del todo inconveniente para mí.

Le hago entrar y con eso rompo de forma momentánea el hechizo bajo el que estamos los dos, a juzgar por su expresión.

—Carmen también te ha estado llamando —me informa.

—¿Sí? —pregunto extrañada—. Qué raro, pensé que estaba trabajando.

—Eso creo, pero anoche al parecer estuvo haciendo planes con mi hermano sobre hacer un viaje o algo así —me dice—. Me parece que te llamaba para decirte que mañana sábado, se va a tomar el día libre para que esta noche nos vayamos a... —se calla mientras piensa muy concentrado—. Bueno, no me acuerdo del nombre del sitio.

—¿Te dijo algo más?

—Mi hermano mencionó algo sobre, que es el pueblo de los abuelos de Carmen —dice sonriendo—. No estoy seguro, sabe hablar algo de español, pero no muy bien. No sé si la entendió correctamente.

Lo pienso durante un momento y me doy cuenta de que se refiere al pueblecito que tanto me gusta, no puede ser otro.

Se trata de Patones, un lugar encantador donde las fachadas de todas las casas y tiendas están hechas de piedra y pizarra en su mayoría. A mí me encantaba ir allí de pequeña, pero no entiendo el motivo por el cual nos quiere invitar a todos a pasar unos días justo ahora. La casita que tienen, está vacía desde que sus abuelos fallecieron y desde entonces la mantienen sus padres. No creo que podamos quedarnos todos a pasar el fin de semana, ya que no hay espacio suficiente, y mucho menos para quedarnos a dormir. “*A no ser... que ya haya pensado en eso...*”.

Entonces lo veo claro. Ella pretenderá que John y yo compartamos habitación y de ese modo tener intimidad para estar a solas con él todo el fin de semana.

Casi me echo a reír ante las ocurrencias de mi mejor amiga, si no fuese porque el hombre que tengo delante, me mira fijamente con una expresión tan seria que me está asustando.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto.

—Nada, solo que... me gusta tu pijama.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que la camiseta se ha deslizado apenas unos milímetros hacia abajo y rápidamente me llevo las manos al pecho para ocultarlo de su mirada. “*Qué descarado*” pienso avergonzada.

—Bueno y... ¿solo has venido para decirme eso? —le digo molesta.

—Más o menos —responde con una sonrisa traviesa—. Mi acosadora ha venido a mi habitación esta mañana y bueno...

Al oír eso pongo mala cara. Unos inevitables celos surgen de algún recóndito lugar y me revuelven el estómago.

—¿Qué?

—No, nada —digo intentando sonar despreocupada.

Si John se ha dado cuenta, no dice nada ante mí más que evidente cambio de actitud y yo procuro

disimular lo mejor que puedo. Odio la manera en que todos mis sentimientos se reflejan en mi cara a la perfección, jamás consigo ocultarlos y en este momento lo detesto más que nunca.

—Bueno, ponte cómodo en tu pequeño refugio particular, yo voy a devolver algunas llamadas —dicho esto, veo que se acomoda en mi sofá y no me quita los ojos de encima.

Busco mi móvil e intento ignorarle, algo que cada vez es más complicado ya que tiene un devastador efecto en mis sentidos y por mucho que intente evitarlo, creo que también en mi corazón.

Después hablar con Carmen, me quedo tranquila al saber que tiene el permiso de sus padres para invitarnos a todos a su casa en Patones y pasar allí el fin de semana. Me pongo a preparar las cosas que me harán falta.

Afortunadamente hay buenos restaurantes para comer y no tendremos que preocuparnos por eso. Tan solo de pasarlo bien.

Por la tarde, cuando hablo con Ellen, me entero de que ni Candice ni Maya nos acompañarán. En el mismo momento que se enteraron de que la casa solo tiene tres habitaciones, les quedó claro que pasaríamos el fin de semana en parejas y decidieron hacer sus propios planes sin contar con nosotros. Algo que yo agradezco enormemente porque solo escucharlas me molesta hasta un punto que no soy capaz de soportar, y pasar todo el fin de semana oyendo sus quejas por una cosa o por otra, sería sencillamente un infierno.

Desde luego habría sido divertido ver la cara que pondrían si hubieran tenido que dormir en colchones hinchables en el salón, pero solo prefiero imaginarlo y así perderlas de vista unos días.

Pasado un rato, Carmen aparece en mi piso con su maleta ya preparada, aunque más que eso es un bolso grande con algo de ropa y un neceser, ya que apenas vamos a pasar un par de noches. Ella tiene que trabajar el lunes y a sus padres no les hace mucha gracia que unos desconocidos estén invadiendo la casa tanto tiempo. El domingo por la tarde volveremos a Madrid y acabará nuestra pequeña escapada.

Como en el coche de Carmen no podemos ir todos, le he pedido el suyo a mi padre. Él tiene otro disponible y desde luego no le voy a dejar sin medio de transporte. Me viene bien que me deje su Mercedes todoterreno, ya que el pequeño Audi deportivo de mi amiga no tiene espacio suficiente para todo el equipaje que llevaremos entre todos. “*Lo que hay que liar para un solo fin de semana*” pienso algo consternada, pero con ganas estar allí.

Estoy deseando llegar al pequeño pueblo. Hace muchísimos años que no lo visito y aún recuerdo la última fiesta que hicimos: fue un fin de año, hace unos ocho años; los padres de Carmen nos la ofrecieron y como condición debíamos dejarla exactamente como la encontramos. Desde luego mereció la pena las dos horas que tuvimos que pasar limpiando al día siguiente, porque fue una gran fiesta y nos divertimos más que en todos nuestros años de juergas y salidas nocturnas.

Hemos decidido aprovechar todo el tiempo que tenemos y esta noche nos vamos a Patones.

Podremos disfrutar del buen tiempo que hace para dar un paseo nocturno y cenar al aire libre.

Carmen está echada en mi cama leyendo una revista que hace años me dejé olvidada, mientras termino de meter mi ropa en la bolsa de viaje y aunque estoy entusiasmada por el viaje, también me siento bastante inquieta.

—No te preocupes, todo irá bien —me dice por tercera vez—. Ayer cuando me guiñaste el ojo y dijiste que sería estupendo que se quedaran una semana más, pensé en echarte un cable. ¿Qué mejor forma de pasar una velada romántica, que en una casa apartada en un bonito pueblo?

—No puedo evitarlo, estoy nerviosa...

—Venga, deja de pensar en eso por un rato —se incorpora y me toma de la mano para que la mire—. Solo asegúrate de no olvidar los condones, ante todo seguridad, ya sabes —dice mientras sonrío y arquea las cejas exageradamente. Yo asiento con la cabeza a la vez que me sonrojo de forma violenta—. Y ahora, concéntrate en divertirme esta noche cuando salgamos a pasear por ahí. He llamado a nuestro restaurante de siempre y nos tendrán la comida preparada a las diez.

—¿Tan pronto? Si son casi las ocho, ¿crees que nos dará tiempo de llegar a esa hora?

—Claro, aunque hay tráfico por ser viernes, creo que llegaremos en poco más de una hora —me asegura.

—Bien, ya estoy terminando —digo apresurándome.

No quiero olvidar nada, aunque para un fin de semana no necesito más que unas pocas prendas. Como estamos en verano, no deben de ocupar mucho espacio. En el fondo del neceser meto rápidamente la caja de preservativos que Carmen ha tenido el detalle de comprar por mí antes de venir a verme. “*¡Qué estupidez!*” pienso al recordar lo incómoda que me siento ante el hecho de ir yo misma a comprarlos.

Se ha estado burlando de mí un rato, hasta se ofreció a enseñarme a ponerlo y la muy descarada me preguntó si tenía algún plátano o algo que sirviera para mi clase práctica. Le dije que prefería que un buen maestro, como parecía serlo John me enseñara, y Carmen acabó aplaudiendo mientras se reía a carcajadas. Las dos estuvimos riendo sin parar hasta que nos caímos al suelo.

Hacer bromas al respecto hace que me relaje bastante pensando en lo que ocurrirá realmente si se da el caso este fin de semana. Suelo tomármelo todo con buen humor y positividad, pero este tema en concreto ha sido una espina clavada muy hondo, que hasta ahora no he podido quitarme. En lugar de considerarme un sacrificio humano en una ceremonia ritual, tal y como me sentía en el pasado, me lo tomaré como una aventura, como un aprendizaje que como yo lo veo, ya es hora de dominar.

Media hora más tarde estamos saliendo de un parking cercano con los dos coches. Carmen va en el suyo con Andy, que sorprendentemente lleva más maletas que nosotras dos juntas, y John, Ellen y Matt van conmigo en el coche de mi padre. Es más espacioso para ir los cuatro juntos, aunque me pone muy nerviosa ir con John a mi lado en el asiento del copiloto.

Está muy guapo con un pantalón vaquero desgastado y su camiseta verde hace resaltar el color de sus ojos. Su hermano mayor lleva bermudas de color negro y una camiseta gris y Ellen, que está perfecta en cualquier parte, va con un pantalón corto y un top de tirantes blancos que combina con accesorios de tonos marrones a juego con sus sandalias de firma. Yo he admirado su buen gusto para la moda desde que la conocí, al igual que a Karla; las dos me pusieron al tanto sobre cómo vestir adecuadamente en cada momento, porque para la profesión de ambas es algo esencial y siempre me ayudan con este tema, aunque yo no le presto demasiada atención, cada vez que salgo con ellas procuro acatar al pie de la letra sus indicaciones.

En esta ocasión he preferido llevar algo cómodo y me he puesto un pantalón corto vaquero y una camiseta rosa claro. Llevo pocos accesorios, pero algo que nunca falta es mi reloj plateado y una pulsera que me regaló mi madre. Ante el disgusto de Ellen, me he puesto mis zapatillas deportivas, porque detesto conducir con sandalias y aún más con tacones, los cuales para ir a donde vamos, son del todo inapropiados. Ha sido inútil advertirla de que no se los ponga, ya que los lleva a todas partes y no sabe prescindir de ellos, estoy segura de que se arrepentirá cuando caminemos unos minutos por las empinadas calles del pueblo.

Tardamos casi una hora y media en llegar, aunque como vamos charlando animadamente, se nos hace corto el viaje. Tenemos tiempo de sobra para dejar los coches en la entrada del pueblo y bajar las maletas antes de ir a recoger la cena.

Cuando llegamos a la casa, que no está lejos, noto algunos cambios, sobre todo en el mobiliario. Ha sido sustituido por piezas nuevas y más modernas, pero el espacio sigue siendo tan acogedor como siempre.

Nada más entrar por la puerta, anuncio que quiero dormir en la habitación de la tercera planta. Eso causa un silencio general y algunas miradas de sorpresa, sobre todo por parte de Carmen. Sabe que yo adoro esa habitación abuhardillada, pero sé que ella no me mira asombrada por eso.

Como todos saben ya, las habitaciones solo tienen camas de matrimonio y erróneamente mi amiga pensará que voy lanzada y con ganas de fiesta (solo para dos). Al parecer todos piensan igual, ya que me observan con detenimiento y veo que intentan disimular sus sonrisas.

—Es la más grande —aclaro. John sonrío abiertamente y me mira con una cara de lo más arrogante. Entonces se me ocurre darle una lección por esa exhibición de prepotencia—. Tú puedes dormir en uno de esos sofás tan cómodos o en el suelo fresquito, como prefieras—añado señalando el salón con un gesto.

—¿En serio? Tengo la espalda fatal, acabaría por tener una contractura o algo peor —suelta con cara de pena.

Todos nuestros amigos nos miran con interés a uno y otro alternativamente pero sin decir una

sola palabra. Se supone que estamos fingiendo ser una pareja delante de Candice para que no atosigue a John todo el tiempo y como no va a estar presente en todo el fin de semana, es de esperar que nos olvidemos de la farsa, aunque por alguna razón, ninguno de los dos parece querer dejar el juego tan pronto.

—Bueno —digo mientras voy subiendo la escalera para dejar mi maleta—, si te portas bien me lo pensaré.

Voy riéndome por el camino y cuando llego, suspiro emocionada. La verdad es que adoro esta habitación; es inmensa, tiene techos a dos aguas con grandes vigas de madera, la pintura blanca y gris en diferentes paredes resaltan los muebles grandes y confortables de madera en tonos oscuros al igual que el suelo. La cama mide más de un metro y medio de ancho y pienso que sin duda podremos dormir los dos sin apenas tocarnos (en caso de que me arrepienta con respecto al otro asunto). Algo que sin duda echaría a perder el fin de semana... Prefiero ni pensarlo.

Me acerco a una de las ventanas y la abro. Pesa tanto como recuerdo, ya que es de madera maciza. Desde donde estoy se puede ver el pueblo casi entero, con sus casitas de pizarra ocultando sus estrechas calles, una brisa cálida hace que se muevan las cortinas que he apartado un poco hacia los lados y me rozan con suavidad. Aspiro el aire limpio que entra y una tranquilidad asombrosa se apodera de mí.

Al darme la vuelta veo que John está parado a pocos metros. Tiene cara de haber visto un fantasma y frunzo el entrecejo a la vez que le pregunto: —¿Qué te pasa?

No responde.

Su mirada se vuelve tierna mientras se acerca hasta mí. Suelta la maleta en el suelo dejándola de cualquier manera y alza sus manos hasta acariciarme las mejillas, que se me encienden al instante.

Pone su frente contra la mía y me mira los labios con los ojos entrecerrados, con una pasión que me derrite. Me los humedezco y trago con dificultad. Mi corazón comienza a latir a un ritmo frenético y me está costando mantenerme cuerda, ya que su olor me empieza a embriagar y no me deja pensar en nada más que en él.

—Eres preciosa —me dice con voz ronca.

Me hace gracia que diga eso. No porque piense que está mintiendo, sin duda muchos hombres me han dicho que soy guapa o atractiva, pero solo si voy arreglada. Nunca me he considerado una gran belleza. Y menos ahora, ya que llevo ropa cómoda y deportivas, lo que me hace incluso más baja de estatura ante el hombre de casi dos metros que me mira embelesado. Apenas estoy maquillada y tengo el pelo ligeramente recogido con una pinza.

Al parecer no debo de estar tan mal, porque por la expresión que veo en él, parece que esté vestida para la alfombra roja.

—¿Estás bebido y yo no me he dado cuenta? —digo susurrando y alzando la mirada.

Se marca un tanto al ponerme esa sonrisa torcida que tanto me gusta y se me olvida lo que estoy pensando en este momento.

—Estamos muy cerca —para dar más énfasis a este hecho, con una mano colocada en la parte baja de mi espalda, me pega a él—. Creo que podrías notar perfectamente si he bebido o no.

—¿Sí? Bueno, pues... te creeré.

Subo mis manos por su pecho hasta sus hombros. Acercamos nuestros labios al mismo tiempo y nos fundimos en un solo ser con un beso abrasador.

El ambiente no puede ser más romántico, la habitación es cálida y perfecta, y el hombre que me abraza y me besa con fervor es sin duda mi sueño hecho realidad.

Me toma en brazos y me sostiene un instante mientras me besa con una pasión arrolladora. Me deja sentada encima de una cómoda que tiene la altura adecuada para la actividad que tenemos entre manos. Le rodeo con mis piernas y mientras me besa el cuello le digo: —¿Te gusta tenerme en brazos o qué?

—Me gustaría tenerte de todas las maneras que fuera posible —dice con voz entrecortada mientras me mira a los ojos intensamente. Me aparta unos mechones con delicadeza y se pone serio—. Tess, si no quieres ir más allá... ya me entiendes... —espera a que asienta con la cabeza y continúa—. No quiero que hagas algo de lo que puedas arrepentirte después. Solo dime lo que quieres y lo respetaré.

Me dan ganas de llorar ante esas palabras. Jamás las he oído de ningún otro hombre y aunque sé que mi negativa puede escaparse de mis labios en los momentos más incómodos, me siento más segura con él que con nadie con quien haya estado antes.

—Quiero hacerlo —le digo. Él se aparta un poco para evaluar mi expresión y comprendo que se decidiría a seguir o echarse atrás según lo que yo le diga o pueda ver en mi reacción—. Pero deberías saber que esto se me da fatal.

—¿El sexo o hablar sobre el tema? —pregunta sonriendo levemente en un intento por hacer una broma.

—Las dos cosas —respondo sonriendo—. Jamás he hablado de esto con nadie que no sea Carmen. Nunca me he sentido preparada para esto, porque cuando llega el momento me pongo tan nerviosa que siempre tengo que decir que no... lo cual es un corte para el que lo escucha, pero aún más para mí. Por alguna razón creo que soy incapaz de hacerlo —digo mirando hacia otro lado.

—Te entiendo —dice.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—Bueno, me parece de lo más normal que tengas miedo ante algo tan importante —dice tranquilamente—. Hace muchos años que no me encuentro en una situación similar... —su tono es

dulce y tranquilizador— pero te aseguro que eres libre de seguir o de parar cuando quieras.

—Gracias —mi voz suena tan baja que dudo que haya podido escucharme.

—Mira, para que te sea más fácil, seré todo tuyo esta noche —toma mis manos entre las tuyas y las aprieta suavemente mientras acerca su boca a la mía—. Podrás hacer conmigo todo lo que quieras, ¿te parece bien? —dice haciéndome estremecer.

—¿Todo? ¿En serio? —digo riéndome con ganas, sin poder evitarlo.

—Sí, pero sin pasarte ¿eh?

Me besa con cariño y cuando se aparta un poco me bajo del mueble. Entonces oímos una voz proveniente de la planta baja que nos requiere de inmediato.

Carmen no tarda en llamarnos para preguntar por qué tardamos tanto y enseguida bajamos la escalera para encontrarnos con los demás e ir a por la cena.

Paseamos por las empinadas calles enlosadas hasta llegar al restaurante no muy lejos de la casa. Tal y como dijo Carmen, cuando entramos nos están esperando y nos entregan varias bolsas con lo que ambas sabemos, será una riquísima cena. “*Estos se van a enterar de lo que es cenar en la Sierra de Madrid*”, pienso.

Al volver a la casa, empezamos entre todos a preparar la mesa y cuando salgo con platos y cubiertos me doy cuenta de que mi amiga ha puesto en el centro un montón de velas. No es que hagan falta precisamente, ya que la terraza posterior tiene varios farolillos para dar luz suficiente, pero me imagino que ha decidido darle al ambiente un toque más acogedor, y la verdad es que acierta de pleno, pero por alguna razón, cenar junto a John a la luz de las velas me pone nerviosa, entre otras cosas. Noto que mis manos tiemblan levemente y antes de quedar en evidencia con un montón de platos rotos, los voy colocando en la mesa mientras Andy me ayuda acercando las sillas.

—¿Dónde están los demás? —le pregunto.

—Creo que Carmen sigue en la cocina y mi hermano Matt seguro que le está metiendo mano a su mujer —al decir eso nos reímos los dos, Andy me mira con una extraña expresión—. Parece que todos vamos a salir emparejados cuando volvamos a América, ¿no?

Me encojo de hombros evitando así tener que contestarle. Sé que su intención es sonsacarme algo sobre lo que hay entre su hermano gemelo y yo, pero no quiero discutir este tema con alguien, que estoy segura, hablará más tarde con John y le contará todo lo que yo diga.

—Hacéis buena pareja —comenta observándome con interés—. Aunque yo sea el hermano más guapo —bromea—. Creo que estaría bien que encontrara a alguien que buscara en él algo más que el dinero.

Tiene una expresión seria y pienso que si tiene esa opinión de mí, no podría estar más equivocado ni aunque quisiera.

—¿Eso es lo que crees? —digo a la defensiva bastante molesta.

—Oh, no me refería a ti, sino a Candice —contesta rápidamente—. John estaba colado por ella hace algunos meses, pero no pasó nada porque se enteró que ella había intentado ligarse a Matt poco antes. Algo que evidentemente no le salió bien.

—¿A Candice le gusta Matt? ¿Y cómo es que Ellen la ha traído al viaje? —pregunto confusa—. Dudo que le parezca bien que su amiga vaya detrás de su marido.

—Eso es porque no lo sabe. Matt le dejó muy claro a Candice que nunca engañaría a su mujer y ella no volvió a insinuarle nada porque no quería perder a Ellen como amiga —explicó—. Mi cuñada está acostumbrada a que las mujeres se abalancen sobre él, pero sabe que nunca le será infiel. Lo mismo le ocurre a mi cuñada, mi hermano sabe que cualquier hombre con ojos en la cara se fijará en ella, pero hay confianza entre los dos, por eso no hacen un drama cada vez que pasa algo así. Llevan casados tres años y juntos casi once, y que yo recuerde nunca los he visto discutir o pelearse por nada.

Me quedo pensativa un momento. La verdad es que no me sorprende que Ellen y su marido se lleven tan bien. Son la pareja perfecta y dos personas maduras que saben muy bien lo que quieren. Estoy segura de que podrían superar cualquier cosa mientras se tengan el uno al otro y yo deseo poder tener algo así cuando esté preparada.

Quizás algún día.

—Entiendo.

—Además —la cara de Andy cambia, su expresión se ensombrece notablemente—, me parece a mí que Candice solo quería conseguir un papel en una película, he oído cosas sobre ella —se ríe, a mi parecer de manera irónica—. Es una interesada, no sé porqué mi cuñada la aprecia tanto, la verdad. No tienen nada en común.

Carmen llega con una bandeja repleta de comida y nos pide ayuda. Me acerco a ella y coloco las fuentes en la mesa mientras Andy entra a por el resto.

—¿De qué estabais hablando? —cuchichea en voz baja—. Tu cara es todo un poema.

—¿Sí? —pregunto con ironía. Sonrío—. Me contaba algo sobre las relaciones —le digo lanzándole una mirada significativa.

—Ah —suelta confusa.

La miro y veo que le cambia la cara. De repente está seria y me preocupa que le pase algo con Andy, parece un buen hombre pero no me gusta la idea de que Carmen sufra por él.

—¿Ha pasado algo? Ahora eres tú la que tiene mala cara.

—No es nada, es solo que... —niega con la cabeza— mierda, creo que me estoy enamorando y en seis días se irá y yo me quedaré hecha polvo, ya verás...

—Dios mío, ¿lo dices en serio? —pregunto sorprendida.

—Shhh... ya vienen —sisea precipitadamente—, luego hablamos.

Ellen se acerca abrazada a su marido y los hermanos gemelos salen por la puerta trasera con las bandejas de comida que faltan. En silencio Carmen y yo nos miramos; sabemos que esta conversación se quedará pendiente, aunque no por mucho tiempo.

La comida está deliciosa y la compañía no podría ser mejor. Aunque Carmen no se entera ni de la mitad de lo que hablamos en inglés, está tan ocupada susurrándole cosas a Andy, que sé que lo pasa de maravilla.

Cuando terminamos de cenar y después de recoger la mesa, decidimos dar un largo paseo. Las calles están bastante silenciosas a pesar de que hay gente en algunas terrazas, tanto privadas como en los restaurantes. Se escuchan los sonidos típicos de las noches de verano: música suave, conversaciones apagadas, grillos, las hojas de los árboles al moverse con la brisa y nuestras pisadas al caminar. Paramos junto a un pequeño mirador desde el que se pueden distinguir las colinas en la oscuridad y las estrellas oscilando en el cielo.

Nos quedamos en un placentero silencio observando la imagen tan pacífica que tenemos frente a nosotros. Es tan relajante que casi da miedo hacer algún movimiento y perturbar la tranquilidad que nos envuelve.

—Este sitio es precioso —dice Ellen susurrando.

—Sí, es precioso —digo en español. Carmen me mira y nos sonreímos.

John que apenas se ha acercado a mí durante todo el paseo, me pasa su brazo por los hombros y me atrae hacia él. Estoy tan a gusto recostada en su pecho, que no me doy cuenta de que los demás se han alejado y suben la empinada cuesta hacia la casa. John me pregunta si me apetece quedarme un rato más o nos marchamos también.

—Mejor nos vamos, con este silencio podría quedarme dormida de pie —sonrío.

Él me mira de forma cariñosa y me toma de la mano. Su calor me atraviesa como un rayo y carraspeo nerviosa mirando al frente para no toparme con su intensa mirada, que parece ser incapaz de quitarme de encima.

Cuando llegamos a la casa estoy como un flan. Subo las escaleras tranquilamente y escucho que John va detrás.

Al llegar a nuestra habitación le miro y se me ocurre algo.

—¿Qué tal un baño?

Él se queda quieto y me dirige una mirada abrasadora y cargada de deseo que me hace temblar aún más.

—Creo que sería experimentar demasiado —me suelta con una sonrisa traviesa.

—Oh, esto... —me sonrojo violentamente— yo me refería a usar el hidromasaje que hay por

aquí, ven.

Le señalo una puerta junto al armario del dormitorio y la abro. Se trata de una habitación que no se suele utilizar mucho, aunque Carmen y yo a veces la usábamos en invierno cuando aún vivía aquí. Es un baño pensado para relajarse y olvidar el mundo exterior a excepción de las maravillosas vistas. Las paredes pintadas en un tono gris oscuro dan la sensación de intimidad que junto a las estanterías acristaladas en las que hay una colección de velas y los cuadros de paisajes, crean un espacio perfecto para eliminar el estrés. Desde la ventana, con un cristal especial para evitar ser visto, se pueden ver las siluetas de las montañas y el cielo oscuro. Dentro de la gran bañera se puede disfrutar de las vistas mientras te das un baño de lo más placentero.

—Hay un equipo de música dentro de este armario —voy hacia el extremo de la pared y abro las puertas correderas del pequeño mueble empotrado—. ¿Te importa si lo enciendo?

—No, para nada —contesta en voz baja sin perder detalle de mis movimientos.

Lo pongo en marcha y enseguida nos envuelve una suave música de ambiente. Enciendo las velas que hay, tanto en los estantes de cristal de las paredes, como en las esquinas de la bañera. En el pequeño cuadro de mando de la inmensa bañera con capacidad para cuatro personas, elijo la temperatura del agua, y tras abrir los grifos se empieza a llenar deprisa.

—Yo voy a darme un baño, ¿estás seguro de que no quieres acompañarme? —le digo con descaro. Él aún está junto a la puerta.

Se acerca a mí de una zancada y me sujeta por los brazos, los aprieta con la fuerza justa para no hacerme daño. Baja la cabeza para hablar muy cerca de mis labios, lo cual me vuelve loca.

—No juegues conmigo o no podré contenerme —sisea. Suspira profundamente—. ¿De acuerdo?

—Voy... voy a ponerme el bañador —titubeo estupefacta. Me suelta pero no se mueve de donde está.

Salgo disparada a la habitación y tras buscar mi traje de baño, me voy al aseo de esta planta a cambiarme, menos mal que en el ático estamos solo nosotros.

Nada más entrar, me doy cuenta de que respiro de forma entrecortada y mi pulso está disparado. No sé si sobreviviré a esta noche si tan solo con su cercanía me falta el aliento.

No quiero hacerle esperar demasiado y salgo envuelta en una gran toalla. Al no verle en la habitación, entro directamente en el otro baño y aquí me lo encuentro metido en la enorme bañera y con los chorros de agua haciendo burbujas.

—Creía que no te apetecía darte un baño, anda que has tardado...

—No dije que no quisiera, pero pensé que lo que querías era que nos duchásemos juntos —explica sin mucho convencimiento—. En ese momento te hubiese metido a la fuerza en el cuarto de baño, créeme. Menos mal que tengo autocontrol —dice con sorna, pagado de sí mismo.

El corazón me da un vuelco.

Dejo la toalla en uno de los colgadores que hay junto a la puerta y me quedo tan solo con un diminuto biquini negro de dos piezas. John permanece un instante mirándome sin siquiera pestañear mientras me acerco. Entro en la bañera y noto el agua tibia inundando mis sentidos. Casi había olvidado lo bien que sienta abandonarse totalmente en una de estas espaciosas bañeras, mejores incluso que el hidromasaje de mi piso. *“Tengo que comprarme una de estas en cuando vuelva a Santa Mónica, me da igual que tenga la playa a diez minutos”*, medito en silencio.

Cierro los ojos y me sumerjo hasta los hombros mientras intento sin éxito relajarme del todo. No puedo obviar el hecho de que John está tan cerca por más que quiera, aunque ese no es el caso, pero si no logro tranquilizarme un poco, sé que la noche será un fracaso.

—¿No te quitas el bikini? —me pregunta entrecerrando los ojos, no estoy segura de si lo pregunta en serio o para burlarse.

—Tú primero —le digo seria, esperando su reacción—. ¿O es que te da vergüenza?

Suelta un gruñido y pone una mueca graciosa.

—Juegas con ventaja, dos contra uno —dice señalando su bañador y mi bikini—. Si te deshaces de la parte de arriba, me quitaré el mío.

Me está retando, creará que soy una cobarde, pero no es consciente es de que no tengo complejo alguno con mi cuerpo. Si quiere empezar a jugar ya, le voy a dar ese gusto, dándole a probar de su propia medicina. Acercándome a él, le doy la espalda y girando la cabeza para mirarle de soslayo le digo: —¿Por qué no me ayudas? —suelto con voz provocativa.

La sorpresa inicial que veo en su cara, es sustituida casi de inmediato por una mirada de deseo que me anima a acercarme aún más. Cuando ya nos tocamos, sus manos van desde mi cintura hasta el cordón superior junto a mi nuca. Lo desata y acto seguido masajea suavemente mis hombros y mi cuello antes de deshacer el nudo inferior y dejar resbalar la prenda lentamente. La cojo y la tiro al suelo.

Sin darme la vuelta, John me sujeta y me coloca encima. Puedo notar su erección a través de la tela y dejo escapar un gemido de placer. Con la mano derecha acaricio su rodilla y voy subiendo poco a poco, sin llegar al lugar donde estoy segura, a él le encantaría que llegara. Me detengo y le pregunto intentando que mi voz suene normal: —¿Qué pasa, no te quitas el tuyo, tramposo?

Él suelta una risa ahogada cerca de mi oído y mordisquea suavemente el lóbulo de mi oreja. Me estremezco violentamente y creo que voy a enloquecer.

—¿Qué tal si me echas una mano? —susurra, haciendo especial énfasis en la palabra mano.

Me doy la vuelta y con su ayuda me siento a horcajadas sobre él. A pesar del agua y las burbujas que hacen los chorros, puedo encontrar sin dificultad el nudo de su bañador que está atado de forma simple y se desliza sin problemas cuando tiro de él. Noto que John se tensa cuando le acaricio el

abdomen y meto los dedos por la goma elástica. Apenas ha sido un roce pero sé que está tan excitado como yo. Aprieta mis muñecas con sus manos.

—¿No querías que te ayudara? —le digo con voz socarrona.

—Será mejor que vayamos más despacio, si no quieres que todo termine enseguida —responde apretando las mandíbulas con fuerza.

Acaricia mi pelo y la nuca, me aprieta contra él hasta que nuestros labios se unen. Creo que voy a explotar de placer.

Noto su erección dura por el deseo, rozarse una y otra vez con mi entrepierna. El agua caliente de la bañera hace que nuestros cuerpos resbalen y las caricias sean como fuego líquido. Sus besos son cada vez más intensos y me empieza a faltar el aliento. Aprieta mis muslos contra él, para crear fricción en nuestros centros unidos y que el movimiento nos dé placer a los dos. No puedo dejar de temblar mientras me sujeto a sus hombros y él me besa el cuello hasta llegar a mis pechos, donde con su lengua causa estragos en mi autocontrol, sin detener el movimiento de caderas y sin esperarme aquello, me hace llegar al éxtasis más absoluto. Apenas puedo detener los gritos ahogados que salen de mi garganta y dejo de intentarlo para aferrarme más a él.

Nos quedamos un instante quietos porque necesito recuperar la cordura como sea.

—Vaya, vaya... que traviesa... —susurra en mi oído cuando ve que mi respiración se ha normalizado.

—Si no querías que esto pasara, podías haberte estado quieto —le digo mientras le beso.

—Pero qué dices. Me encanta ver cómo disfrutas —dice mirándome con un deseo apenas contenido—. Y ni siquiera estamos completamente desnudos... ya verás que bien lo vamos a pasar.

No lo dudo ni por un instante.

Hay algo increíble en experimentar el sexo con un hombre que sabe lo que se hace. Desde luego con Sebas nunca había disfrutado tanto. Él nunca tenía suficiente con los preliminares e intentaba llegar siempre hasta el final, sin pararse a disfrutar lo que estaba dispuesta a ofrecerle hasta que me sintiera preparada para dar el siguiente paso. Quizás si se hubiera tomado las cosas con más calma y no hubiera sentido que me presionaba cada vez más; habría sido distinto, aunque ahora es absurdo hacer estas suposiciones.

Sonrío, dejando de lado esos pensamientos, y pienso que nunca he hecho nada parecido en una bañera, por un momento me pregunto si John lo ha hecho alguna vez de este modo.

Decido averiguarlo.

—¿Alguna vez te has acostado con una mujer en una bañera como ésta? —pregunto dudando si en realidad quiero saber la respuesta.

—No —responde mirándome directamente a los ojos. Su respuesta me alivia.

—¿Y en una piscina normal? Quiero decir, bajo el agua... en la playa o algo así —de repente mi

curiosidad toma el control.

—No, nunca —dice con una pequeña sonrisa—. Y no me gustaría hacerlo bajo el agua esta noche, aunque quizás mañana.

—¿Y eso? —indago arqueando las cejas.

—Porque quiero disfrutar de ti y poder verte sin que tanta burbuja interfiera en mi campo de visión —dice mirando hacia la parte baja de mi bikini.

Como es evidente, apenas se ve nada y me río nerviosa ante el comentario y las implicaciones de sus palabras. Me levanto y John hace lo mismo.

Después de secarnos un poco para no mojarlo todo, me toma de la mano y me hace seguirle. Se detiene junto a la cama y me besa tiernamente mientras me abrazaba. Sus manos en mis caderas van bajando y no sé muy bien lo que está haciendo hasta que noto que los nudos de las braguitas se deshacen y éstas se deslizan hacia mis pies. Yo hago lo mismo que él y pronto su bañador deja de ser un impedimento para que podamos estar abrazados, sintiendo piel con piel.

Voy bajando hasta sentarme en la cama y John no deja de besarme en ningún momento. Me deslizo hasta el centro y tiro suavemente de John para que no se separe de mí. Se coloca entre mis piernas pero sin llegar a tocarme, pone ambas manos en la cama para mantenerse erguido mientras continúa dándome pequeños besos en los labios. Va bajando por mi cuello, dejando un rastro de fuego que empieza a consumirme lentamente. Con su lengua va acariciándome, haciendo que pequeños estremecimientos de placer me sacudan y cuando comienza a succionar suavemente mis pezones creo que me desmayaré de gusto en cualquier momento. Se está tomando su tiempo y yo deseo que continúe porque si no, me voy a derretir aquí mismo. Acerca sus labios a los míos y no lo dudo, le abrazo con ambas manos y me arqueo contra él, expresando así mi deseo.

—Tranquila, no vayas tan rápido o te haré daño —dice conteniéndose.

—Me da igual —le suelto con la voz rota por el deseo.

Él tiene el descaro de reírse.

Me armo de valor y bajo la mano acariciándole lentamente el abdomen hasta llegar a donde quiero, pero él me la atrapa antes de lograr mi objetivo. Gimo frustrada por mi intento fallido.

—Ni se te ocurra, cariño, o te aseguro que tendremos un pequeño accidente —dice contra mis labios hinchados por sus besos—. Te aseguro que estoy tan ansioso como tú, pero es mejor que nos tomemos nuestro tiempo, hazme caso.

—Oh, está bien —digo con la respiración agitada.

Me mira de forma tierna, mientras vuelve a besarme con ardor y coloca mis manos en su espalda, lejos de lo que yo ansío tocar en estos momentos.

Desliza una mano hacia la cumbre de mi deseo y con los dedos empieza a jugar con mi zona

húmeda y sensible. Introduce un dedo despacio y yo suelto un grito que él silencia con un beso abrasador. Empieza a moverse dentro de mí, pero yo quiero más.

—Por favor... —susurro contra sus labios.

—Joder, creo que vas a matarme —dice bruscamente. Apoya su frente en la mía mientras intenta recuperar el aliento y el poco autocontrol que creo que le queda.

Aparta los dedos que tenía en mi interior y alarga el brazo para buscar algo que hay en la mesilla. Con los dientes rompe un envoltorio plateado y saca el preservativo para ponérselo.

Verle así me está secando la boca y provocando todo lo contrario en otras partes de mi anatomía, un delicioso hormigueo se expande por mi estómago. John se tumba encima haciendo que pueda atraparle con mis piernas para que no vuelva a detenerme igual que antes. Noto que empuja despacio su miembro en mi interior y por un momento siento el mismo miedo agónico de siempre. Casi me falta el aliento, pero intento con toda la fuerza de voluntad que puedo reunir, ignorar esa sensación paralizante.

—Si te hago daño me lo dices, ¿vale? —me dice con voz ronca al oído.

Asiento con la cabeza porque las palabras no me salen. En este momento noto por mi cuerpo el miedo y el deseo a partes iguales, espero con desesperación que lo primero no gane la partida por esta vez.

Empieza a moverse despacio mientras me da pequeños besos y entonces noto un dolor punzante en lo más profundo de mi ser. Cierro los ojos con fuerza deseando que pase rápido, porque el dolor es tremendo y no quiero que estropee un momento como este. John ha debido percibir que me estoy tensando debajo de él porque se mueve aún más despacio que antes.

—Relájate —dice susurrándome al oído—, pronto pasará el dolor, te lo prometo.

Al oír sus tiernas palabras me derrito por completo y empiezo a relajarme de manera casi inmediata.

Me acaricia íntimamente a la vez que me besa y reanuda el rítmico movimiento una vez más. De pronto resopla y gime de forma sonora y sexy, siento cómo me llena, acabando así con el fuerte dolor y haciendo que el placer vuelva a llenar todas mis terminaciones nerviosas.

Sus acometidas pronto logran que llegue por segunda vez al clímax. Animando a John a hacer lo mismo, aprieto con fuerza mis piernas sobre su espalda para que dé rienda suelta a su propio placer y se abandone a las deliciosas sensaciones que nos invaden.

No hace falta que se lo pida dos veces.

Estamos rendidos y cuando se tumba a mi lado, después de deshacerse del preservativo, me abraza fuertemente.

Nos quedamos dormidos casi al instante.

El resto del fin de semana es igual de inolvidable. Pasamos todo el día charlando, paseando y cuando nos quedamos a solas, John y yo damos rienda suelta a nuestra pasión hasta que no podemos más.

La falta de aliento no nos impide repetir hasta que nuestras fuerzas flaquean, porque de algún modo siento que cuando el fin de semana termine, también acabará nuestra pequeña aventura. Por cómo se comporta John conmigo, creo que él piensa igual. No nos separamos en todo el día y apenas podemos dejar de tocarnos. Todo es tan intenso que tengo miedo de que no ser capaz de superar lo que estamos viviendo, ni con él, ni con ningún otro con el que pueda estar en el futuro. Sorprendentemente esa idea no me agrada demasiado.

Tengo claro que mi relación con John tiene los días contados y soy realista en ese sentido. En ningún momento me ha hecho promesas y se lo agradezco interiormente, al menos no tengo que esperar nada, igual que no esperará que yo le vaya a perseguir en ningún momento aunque esté loca por él.

El domingo por la mañana nos toca recoger y limpiar un poco. No queremos que los padres de Carmen nos tomen por unos desagradecidos, además, espero que me inviten de nuevo en otra ocasión. Me encanta el pueblecito y es perfecto para no pasar calor en verano y así descansar del sol abrasador que nos derrite en el centro de Madrid. Estoy segura de que lo echaré de menos en cuanto ponga un pie fuera de aquí.

Mi amiga tiene sus propios planes con Andy, así que nos despedimos de ellos dos al salir de Patones y me encargo de dejar a los demás en su hotel del centro.

Cuando me quedo sola en el coche y John está a punto de entrar en recepción, se detiene y me mira desde la puerta acristalada. Creo que me va a decir algo antes de desaparecer en el interior, pero en ese instante aparecen Candice, Maya y Karla. Ésta última, sorprendida, me saluda amistosamente mientras las otras dos se limitan a mirarme con desdén.

Me despido con la mano de Karla y los demás, ignorando deliberadamente a Candice que intenta llamar la atención de John, veo como éste pone cara de fastidio y se aleja. Salgo sonriendo del aparcamiento del hotel y me voy hasta mi piso.

Escucho varios avisos de mensajes en mi móvil y cuando me bajo del coche, miro dentro de mi

bolso y lo reviso algo consternada. Son todos de mis padres: varias llamadas perdidas y algunos mensajes preguntándome dónde estoy. Desilusionada porque ninguno es de John y como no tengo ni idea de lo que querrán con tanta insistencia, los llamo empezando por mi padre.

—Hola cielo, ¿dónde te has metido todo el fin de semana?

—Hola papá, he estado en Patones con Carmen y mis amigos —le digo—, ¿ha pasado algo?

—Bueno hija, verás —guarda silencio un instante—, es que la pareja que vio el piso ha decidido comprarlo y esta semana nos vamos a poner con el papeleo —se calla otra vez y supongo que espera que yo diga algo. No sé qué decirle—. Cariño, seguramente todo esté arreglado en unas dos semanas, al parecer tienen prisa en mudarse. Por eso te lo queríamos decir cuanto antes.

—Fenomenal... —murmuro disgustada.

—¿Decías algo?

—Papá, me gustaría que al menos os planteéis la posibilidad de venderme el piso. Nunca habéis querido ni escucharme cuando quise pagar la hipoteca, y bueno...

—Hija —me corta—, tú ya tienes tu casa, no queremos que te arruines al tener que pagar este piso, ya sabes que es demasiado caro y tú tienes una vivienda que mantener.

En eso tiene razón, desde luego. Mi casa en la costa Californiana, aunque no es muy grande, es de buen tamaño y entre la piscina y el jardín la verdad es que tiene un mantenimiento considerable al mes. Es como para pensármelo, pero no puedo evitar ponerme triste cuando veo que los días de mi piso en Madrid están contados para mí.

—Bueno, ya lo hablaremos. Gracias por contármelo.

—Claro cielo, hasta luego.

Me despido y cuelgo el teléfono, me echo hacia atrás contra la puerta del coche de mi padre. Con los ojos cerrados intento respirar con tranquilidad, pero lo que de verdad me apetece es echarme a llorar desesperadamente. “*Qué desastre...*” pienso resignada. Menos mal que no he recibido la noticia estando fuera, habría destrozado mi estupendo fin de semana, pero ahora que estoy de vuelta, eso no me sirve de ningún consuelo. “*Esto de volver a la realidad es un asco*” digo para mis adentros. Si hubiera sabido lo que me esperaba nada más llegar a casa, habría aplazado mi vuelta un par de días más.

No tengo nada mejor que hacer en estas vacaciones que salir, ver a mis amigos y disfrutar de la tranquilidad de mi pequeño piso del centro. Ahora debo ponerme a recoger las pocas cosas que quedan aquí, y dejarlo todo listo antes de irme. He temido este momento desde hace tiempo y ahora que ha llegado solo me gustaría poder volver atrás.

Entro en la cocina y me preparo un sándwich, como no estoy muy animada, pienso que la mejor manera de no derrumbarme por algo que ya es inevitable, es pensar en los días que aún me quedan

por pasar con mis amigos. He venido a disfrutar de todos ellos. Al menos tengo que intentar no pensar en la próxima vez que venga a España, ya que no podré quedarme en el espacio que estoy ocupando ahora mismo.

Nada de lo que hago da el resultado que me gustaría.

Sentada en el sofá, miro la televisión sin verla realmente. Casi toda la tarde pasa a un ritmo lento mientras le doy vueltas a la cabeza y mi estado de ánimo decae considerablemente, el tiempo parece que se esté burlando de mí. Echada en el sofá mirando la pantalla, me olvido de cenar y de volver a encender el teléfono móvil tras apagarlo cuando hablé con mi padre. La verdad es que no me apetece ver a nadie y mucho menos hablar de nada. El cansancio me va venciendo y allí mismo me quedo dormida con la ropa del viaje aún puesta y la maleta sin deshacer.

Por la mañana me despiertan unos golpes en la puerta, una mala costumbre que espero que acabe pronto. Cierro los ojos con fuerza deseando que sea un sueño, no quiero que nadie me vea con este aspecto tan desaliñado. Después de levantarme y fijar la mirada en un espejo del salón, me veo con los ojos un poco hinchados y el pelo horroroso. Solo podría empeorar la situación si el que estuviera tras la puerta fuese John, pero salgo de mi error cuando mi amiga Ellen la golpea con fuerza mientras grita mi nombre. Me siento aliviada y también un poco decepcionada. Estoy casi segura de que él hubiera sabido animarme esta mañana aunque mi aspecto es bastante lamentable.

—¡Dios mío! —grita mi amiga cuando abro la puerta— ¿Se puede saber qué te ha ocurrido?

—Nada que deba preocuparte.

—Pero chica, estás fatal —me dice preocupada—. ¿Has discutido con John, es eso?

—No, ¿por qué me lo preguntas? —suelto sorprendida.

—Ni idea, solo sé que desde ayer por la tarde está raro, no quiso venir a cenar con nosotros —me explica—. No salió de su habitación para nada y creo que esta mañana tampoco. Andy se fue con Carmen a desayunar y dijo que no le había visto desde que llegamos, aunque claro, él también ha estado a lo suyo... —dice resoplando.

Me quedo pensativa un momento. No sé qué responderle y simplemente me encojo de hombros.

—¿Te ha llamado o algo? —se interesa.

Me quedo quieta. No se me ha ocurrido dejar el teléfono encendido por si me llamaba él. La verdad es que anoche no me sentí con ánimos para nada, pero sin duda habría cambiado de idea si John hubiera querido verme.

Aunque no estoy segura de que lo haya hecho, voy a buscar mi móvil y lo enciendo. Mi amiga se pone a mi lado y me mira expectante esperando que le diga algo.

Me quedo atónita al ver que tengo varios mensajes y llamadas de John. En el primero de ellos

me dice: “*Estoy pensando en ti*”, y el segundo: “*¿Puedo ir a verte?*”. Después de enviármelos me ha llamado un par de veces, pero seguro que al ver que tenía el teléfono apagado, habrá pensado que no me apetece estar con él. Estoy tan absorta mirando la pantalla del móvil, que no me doy cuenta de que Ellen también lo ha leído, hasta que exclama: —Vaya, ¿eso quiere decir que estáis saliendo en serio?

—¿Qué? —Me pongo nerviosa ante la inquietante mirada de mi amiga y no sé qué responderle, sabiendo que lo que le diga llegará a oídos del hermano de John y después de eso, sin remedio, a todo el grupo—. Dudo que él lo vea de ese modo, ni siquiera lo hemos hablado —me sincero.

Mi amiga suelta una carcajada al tiempo que niega con la cabeza. Sabe lo que ha pasado el fin de semana, no es ningún secreto para ninguno de los que hemos ido al pueblo, porque tal y como hemos estado los dos y teniendo en cuenta que no teníamos que fingir porque no estaban las dos insoportables rubias, queda claro que todo ha cambiado entre nosotros.

—Tess... jamás, en todos los años que conozco a John, le he visto mostrar el interés que tiene por ti —dice sin rastro de humor—. Y por lo que veo... tú también sientes algo por él, ¿no es así?

—Vamos Ellen, ya sabes que me gusta muchísimo, te lo llevo repitiendo cada vez que veo un capítulo de su serie —intento parecer serena—. Pero apenas nos conocemos, no sé lo que siento por él —miento descaradamente.

—Según lo que he visto este fin de semana, parece que os conocéis mejor de lo que queréis dar a entender —me dice arqueando las cejas—. ¿Acaso no te lo has pasado bien con él en esa preciosa cabaña?

Me hace gracia que llame “cabaña” a la casa de los abuelos de Carmen. Claro que, comparada con la enorme y sofisticada mansión que tiene en mi mismo barrio de Los Ángeles, estoy segura de que no le ha impresionado demasiado.

—Me lo he pasado de maravilla —le digo sonriendo—, pero ya sabes que eso no tiene nada que ver. El sexo y el amor son dos cosas totalmente distintas.

—Lo sé y te digo por experiencia que si John no sintiera algo por ti, no perdería el tiempo con mensajes y llamadas —me suelta con voz dulce—. Es un buen hombre, tal vez deberíais daros una oportunidad. Aunque nos vayamos en cuatro días, tú volverás la semana que viene también, ¿no?

Asiento y suspiro profundamente.

—Es posible que me vaya antes de lo que había pensado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, el piso está vendido —le explico abatida. Me cruzo de brazos y alzo la mirada al cielo, como si estuviera esperando un milagro para volver atrás en el tiempo—. En dos semanas tendrán el papeleo finalizado y habrá unos extraños viviendo aquí.

Ellen se queda pensativa un momento.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? Vamos a ir en nuestro avión privado.

La miro desconcertada. La verdad es que no sé cómo a estas alturas me puede llegar a extrañar que mi amiga tenga su propio *Jet*. Como una oferta así no se la hacen a una todos los días, no puedo evitar sorprenderme ante su propuesta.

—¿En serio?

—Claro, pero deberías pensarlo rápido. En principio vendrán unos amigos y tenemos que avisar a alguno de ellos para que se quede allí.

—Oh, vaya. Yo no quiero molestar —le digo rápidamente y algo preocupada—. Deberías hablar antes con Matt y preguntarle qué le parece.

—Querida mía, parece mentira que no sepas quién manda aquí—me mira con un gesto de superioridad y se ríe—. No habrá ningún problema, te lo aseguro.

Suspiro como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Desde luego es la opción más fácil y cómoda para mí. Me despediré de mis padres y mis amigos, y el jueves saldremos en avión, de todas formas solo me iré unos pocos días antes de lo planeado. No pasaré el fin de semana aquí, pero por otro lado, tendré unos días de descanso antes de empezar mi semana de trabajo en la revista. Tal como lo tenía planeado en un principio, apenas dejé espacio para el *jet lag*, de esta forma me recuperaré con tiempo para mi vuelta a la rutina.

—Está bien, me apunto —le digo sonriendo—. Aunque eso quiere decir que tengo que facturar todas mis cosas lo antes posible.

—¿Es mucho lo que tienes que llevar?

—No creas, sobre todo algo de ropa, libros y un par de ordenadores portátiles —le digo, a la vez que lo pienso—. Lo demás se lo pueden quedar mis padres, porque los muebles no me hacen falta y ni siquiera sé si van incluidos en la venta —le digo con resignación.

—Bueno luego nos encargamos. En realidad yo venía a llevarte de compras y a comer algo —me mira de arriba abajo con el ojo crítico de alguien que entiende de moda más que yo. Llevo la arrugada ropa de ayer y está claro que aunque ha pasado la hora de la comida, me la he saltado sin contemplaciones, al igual que la ducha—. Vístete y haremos ambas cosas, esta tarde nos traemos a los chicos y entre todos hacemos tus maletas, ¿qué te parece?

—Creo que estás loca —digo sin pensármelo—, ¿de verdad crees que esos tres vendrán a ayudarme? —pregunto dudándolo sinceramente—. Yo me encargaré.

—Oh, de eso ni hablar. Te recuerdo que nos vamos en cuatro días y no te dará tiempo de hacerlo todo en tan poco tiempo —dice muy segura—. Hay que salir por ahí y aprovechar lo que nos queda. Venga vístete —me ordena con voz autoritaria—, en quince minutos quiero estar en la calle.

Escucho la última frase antes de entrar en el baño, una ducha rápida me vendrá de maravilla y

terminará con los resultados de la pasada noche, que ha sido horrible. Me río con ganas, es imposible llevarle la contraria y la verdad es que tengo hambre y pienso que, ya que mis días en Madrid se han acortado, me vendrá bien aprovecharlos a tope.

Aunque los restaurantes de comida rápida no son santo de mi devoción, vamos a un centro comercial y allí después de pedirnos unos menús bien cargados de calorías, tomamos un café y nos vamos de tiendas. Me extraña que mi amiga quiera ir a un sitio así, porque aunque no hay mucha gente, tiene que tomar ciertas precauciones cuando sale a la calle. Es fácil reconocerla, aunque se ha puesto unos vaqueros con una camiseta corriente y llevaba el pelo recogido con una gorra de un equipo de béisbol. Su look informal, que no casa mucho con una mujer de negocios, no hace que los hombres la miren menos, aunque ella parezca no advertirlo nunca.

Cuando se ausenta unos minutos para ir al aseo, aprovecho para enviarle un mensaje de texto a John. No quiero que piense que lo he ignorado deliberadamente, porque la verdad es que no es el caso, y tras explicarle porqué no le respondí anoche, le digo que nos veremos esta tarde.

Estoy segura de que Ellen arrastrará a los tres hermanos a mi piso para que echen una mano y aunque estoy segura de que no les hará mucha gracia, al menos podré estar con él un rato. Deseo verle más que cualquier otra cosa y si no fuese porque mi amiga está a punto de volver de retocarse el maquillaje, iría a su hotel para hacerle una visita sorpresa.

Entramos en una tienda que a las dos nos encanta y después de recorrerla entera nos acercamos a la sección de lencería. Mi amiga normalmente no tiene reparos en probársela y recorrer el pasillo de los cambiadores medio desnuda, porque luce un cuerpo perfecto y no le importa que el mundo lo vea. Yo tampoco me siento acomplejada aunque mis curvas no sean tan perfectas, y como a las dos nos encanta ir juntas de compras, a menudo pasamos horas y horas en los probadores divirtiéndonos mientras nos intercambiamos la ropa, es uno de los pocos momentos en que mi amiga olvida un poco la seriedad con la que se toma su trabajo y su vida en general.

Ellen y yo nos inspeccionamos en un espejo de gran tamaño, llevamos unos conjuntos de lencería bastante atrevidos, cuando Carmen aparece por la puerta y se queda boquiabierta. Nosotras empezamos a reírnos y hacer poses hasta que nos damos cuenta de que Matt y sus dos hermanos están detrás de ella. Yo me tapo rápidamente con un vestido que hay colgado en una percha.

Este es uno de los problemas de no estar en una de las tiendas exclusivas de Los Ángeles. Aquí puede entrar cualquiera a los probadores y si llevara cualquier otra cosa no me importaría, pero Ellen lleva un conjunto de encaje negro que no deja nada a la imaginación y yo uno rojo intenso que igualmente desvela demasiado. Mi amiga enseguida se pone a desfilarse para su marido que la mira con deseo y aprobación. Los gemelos apartan la mirada con cara de aburrimiento aunque no consiguen ocultar del todo sus sonrisas.

—¿Te lo vas a comprar? —le pregunta Matt a su mujer.

Entran juntos a uno de los probadores y yo me quedo sola frente a mi amiga Carmen que me mira con cara de enfado. Espero que no sea porque Andy me esté viendo en ropa interior...

—¿Por qué no me has avisado de que venías? Me habría apuntado la primera.

Yo respiro aliviada. Al verla con esa cara he supuesto que está cabreada por el hecho de que voy medio desnuda mientras su hombre está delante.

—Yo... voy a vestirme —digo sonriendo avergonzada.

—Bien, te esperamos fuera —anuncia Carmen llevándose de la mano a Andy fuera de los probadores.

—Tranquila Tess, no he visto nada por delante —suelta éste señalando el espejo que tengo detrás y desde el que se me ve perfectamente. Salen los dos riéndose y yo me quedo quieta para salir corriendo en cuanto esté sola.

Maldigo entre dientes por no haberme quitado de en medio enseguida. John también ha podido verme desde el espejo con todo lujo de detalle, ya que el vestido que sujeto como un salvavidas no me tapa por completo y mucho el trasero. Me quedo contra la pared un instante y John se acerca hasta mí. Me mira a los ojos y sonrío casi imperceptiblemente.

—¿Esto es lo que entiendes por ir de compras con Ellen? —pregunta mirándome fijamente con una expresión indescifrable.

—Pues sí —contesto a la defensiva—. ¿Qué problema hay?

—Ninguno en absoluto —murmura tranquilamente. Se acerca un poco más y casi nos tocamos—. Pero la próxima vez, yo iré de compras contigo.

Habla en voz tan baja que dudo que nadie más nos haya escuchado, aunque aparte de Ellen y su marido, no hay ninguna otra persona cerca.

—Está bien —le digo resuelta y sonriendo.

Le doy un beso fugaz y me meto corriendo en uno de los probadores para vestirme y recoger las prendas que me voy a comprar, incluido el conjunto que llevo, porque al parecer al John también le ha gustado. Cuando termino está esperándome con una sonrisa torcida, mi favorita sin duda.

Vamos todos a mi piso y una vez allí busco unas cajas de cartón que guardo y les digo qué es lo que pueden meter en ellas. Sé que no hay nada importante que tenga que llevarme con urgencia, porque cuando decidí comprar la casa de Santa Mónica, tuve que enviar casi todas mis cosas y dejé lo básico para no tener que venir a España cargada de equipaje, aunque en cinco años eso haya pasado solo ocasionalmente.

Encuentro varias cajas más de mi armario y veo que allí tengo varios ejemplares de algunas de mis primeras guías de viajes. La editorial con la que trabajo me los envió hace bastantes años y son de los pocos que tengo aquí en Madrid, ya que la mayoría los he recibido cuando estaba en alguno de

mis viajes y actualmente todos están en la que ahora es mi única vivienda.

Me sorprende que no haya reparado antes en estas tres cajas, son pequeñas pero no están tan escondidas como para pasarlas por alto. Desde luego bien podría haberlas enviado cuando me marché hace años de Madrid y así no tendría que aumentar el número de cosas que me toca enviar ahora. Las abro todas para comprobar lo que hay dentro, aunque estoy segura de que no he mezclado ninguno de los envíos; los ejemplares que me mandaban cuando publicaba una guía nueva, los he regalado. Por alguna razón que aún sigo sin explicarme, no pude deshacerme de las dos primeras guías que escribí y las tres copias de cada una que conservé.

No me doy cuenta de que John ha entrado en mi habitación, como estoy de espaldas a él en la cama, se acerca hasta mí y sentándose a mi lado me abraza. Aún tengo la carta de la editorial en la mano y John logra leer el nombre que aparece en ella.

Noto que se queda quieto y me mira con curiosidad.

—¿Qué es? ¿Una entrevista?

—Esto... no, no lo es —digo mientras doblo la hoja y la arrugo con nerviosismo.

—¿Y esas cajas? ¿Les pongo el precinto para enviarlas también? —me pregunta mientras se inclina para recogerlas.

—No te preocupes, ya se lo pongo yo —le señalo la mesilla donde lo he dejado—. ¿Me lo pasas?

Se acerca hasta allí y cuando lo tiene en la mano se lo pasa de una a otra como si estuviera haciendo malabares. Le miro exasperada por el movimiento incesante.

—¿Me lo das, por favor?

—Lo estoy pensando...

—¿El qué estás pensando?

—Bueno, tú quieres algo que yo tengo. Te lo daré pero me darás algo a cambio —dice poniendo cara de inocencia.

Suspiro. Estoy segura que tiene interés en saber qué contiene la carta que me he negado a enseñarle. Imagino que sospecha que soy quien está detrás de ese seudónimo y querrá que lo confiese, aunque no tiene el menor interés, mi trabajo es conocido mundialmente, pero tampoco llega al nivel de otros autores, ni mucho menos.

Nunca he querido darle demasiada importancia al asunto, las personas más allegadas saben que soy yo la que escribe esas guías, pero como nunca he hecho presentaciones ni nada parecido, pues se llegó a crear un misterio alrededor de ese nombre, que tras un tiempo, desapareció. Me parece que si la gente lo supiera podría crearse una atención que no deseo, aparte de que los viajes me gusta hacerlos de forma anónima, me parece mucho más placentero y relajante que si hubiera gente alrededor.

Ya se armó una buena cuando salí a cenar con Ellen una vez, la prensa del corazón estuvo siguiéndome semanas para que les hablara de ella y su matrimonio. Fue terrible.

Creo que, sacar a relucir que escribo las aclamadas guías de viajes, les daría una munición más para los cotilleos, y no estoy dispuesta a ello.

—Está bien, lo admito —digo encogiéndome de hombros—. Yo escribo con el nombre de Sophie Thompson y quiero que seas consciente de que solo mis amigos más cercanos lo saben, no me gustaría que el mundo entero conociera ese detalle, así que te agradecería que lo guardaras en secreto.

—Claro, no se lo diré a nadie, pero... ¿puedo preguntar por qué? Seguro que te daría buena publicidad, aunque creo que no la necesitas.

—Sí, la verdad es que parece que a quienes les gusta viajar como a mí, les ha servido de ayuda. Pero entiende que es algo que me gusta hacer, es algo mío, no desearía que se convirtiera en un circo mediático como ocurrió hace un par de años con tu cuñada.

—¿Cuando pensaron que estaban separados y creyeron que eras su amante? —pregunta con una sonrisa cargada de ironía.

—¿Qué? —grité.

—No te enfades conmigo —dice alzando las manos en señal de rendición—. Una compañera de mi estudio de grabación sabe que Matt es mi hermano, se quedó atónita cuando vio una foto tuya en una revista, salíais cogidos del brazo y riendo, mi cuñada no aparecía, claro. Insinuaron que había algo oscuro detrás, ya sabes cómo es la prensa sensacionalista.

Me tapo los ojos con las manos, aquello es demasiado. Estuve semanas sin salir a la puerta de la calle, porque no quería dar pie a algo así. Aquel fatídico día, Ellen quiso presentarme a un empresario conocido suyo y fuimos los cuatro a cenar, no congeniamos demasiado, digamos que no tiene buena mano con las mujeres y se comportó como un auténtico cretino toda la cena, así que Matt se interpuso e intentó animarme a la vez que mi amiga controlaba un poco a su amigo.

Cuando al día siguiente varios periodistas me esperaron a lado de casa para preguntarme por el estado del matrimonio de mis amigos, supe que aquello era solo el principio; suelen cebarse con temas menos interesantes y yo no pensaba entrar en aquello. Estuvimos semanas sin poder vernos por aquella estúpida cena y yo sin querer salir para no estar escuchando sandeces. Si hay algo que no soporto es que se hable de la vida privada de los demás.

Al calmarse las aguas, mi amiga yo pudimos reanudar nuestras salidas de compras y como vio que aquel percance no me hizo gracia, y tampoco su intento de emparejarme, no volvimos a tocar el tema. Me hubiera gustado que me contara aquel detalle en concreto, pero bueno, entiendo que fui yo la que no quiso saber nada y menos las mentiras que estuvieron contando por ahí.

—Vaya, por eso mismo no quiero ser tema de conversación, siempre se sacan las cosas de quicio, prefiero mi vida tranquila y sin tantos sobresaltos.

John tras escuchar eso se queda mirándome con interés. No sé que está pensando y los nervios se apoderan de mí. Bajo la mirada y espero que diga algo, cualquier cosa.

Noto que se acerca y con su dedo en mi barbilla hace que le mire a los ojos. Acaricia suavemente mi mejilla y no puedo evitar sonrojarme levemente.

—Tranquila, no se lo diré a nadie.

—Gracias —le sonrío.

Se acerca un poco más, está a punto de besarme. Entonces se abre la puerta y aparece Ellen. Los dos damos un paso atrás y nos separamos de forma rápida. Miro a John que está tan tranquilo, como si nada hubiera pasado; noto la garganta seca y carraspeo.

—¿Qué pasa?

—Hemos terminado por aquí, necesitamos la cinta de embalar para cerrar las cajas.

—Toma —se la quito a John de sus manos y se la paso a mi amiga.

Da media vuelta y casi ha salido de mi habitación cuando se vuelve con una sonrisita en sus perfectos labios.

—Oye, no es momento para jugar a las casitas —bromea. Mira las cajas que hay en el suelo—.

¿Las traes al salón y las dejamos con las demás?

John sosteniendo las cajas para terminar de recogerlo todo, pasa por mi lado y murmura muy cerca de mí: —Si quieres podemos jugar luego —suelta con voz ronca.

Me guiña un ojo y sigue andando hasta donde han colocado el resto de las cosas. Sigue mirándome un momento y mi corazón se acelera peligrosamente. “*Este hombre me pone a cien*”, pienso acalorada.

Excitada y con las manos temblorosas, me pongo manos a la obra, no es el mejor momento para pensar en lo que me gustaría hacerle a John. Con pesar voy hasta una habitación al final del pasillo, que utilicé hace tiempo como despacho y le digo a Ellen y a Carmen que miren dentro de los dos armarios para ver si hay algo en ellos. Sé que no guardé aquí nada importante, pero desde que me fui no tengo ni idea de si mis padres lo han podido usar para algo. Tendré que darle un repaso a todo para no olvidar nada.

Pensar que debo borrar mi existencia de todas y cada una de las habitaciones me deprime, así que opto por pensar en lo que deseo hacer antes de tener que marcharme. Me gustaría organizar algo para ver a todos mis amigos y pasar tiempo con ellos antes de mi partida y es lo que pienso hacer.

Después de enviar todas mis cosas al día siguiente temprano, no puedo volver al piso que ahora está casi vacío de mi presencia a excepción de las pocas cosas que traje para mis mini vacaciones. Me resulta extraño entrar en él y sentir que no es mi sitio, como si de alguna manera, fuese una mera visitante más. Mis maletas están junto a la cama como si de un hotel se tratara, aunque en ninguno de mis muchos viajes recuerdo haber notado esa sensación de desarraigo y tristeza que tengo cada vez que miro hacia allí estando sentada en el salón. Tengo que desaparecer un rato para tranquilizarme y paseando por el centro de la ciudad, acabo en el hotel donde se hospedan John y los demás.

Subo a su habitación y cuando abre la puerta enseguida se percata de mi estado de ánimo. Le digo que no me apetece hablar en absoluto y pronto noto que se lo toma al pie de la letra. Nos pasamos en la cama el resto de la mañana. Me siento desatada, necesito desahogarme y sacudirme de encima esa desesperación que nubla mi capacidad de razonamiento.

John no me pregunta, sabe por qué me encuentro así, aunque no entienda exactamente las razones, no tarda en dejarse llevar y con sus maravillosas manos hacerme olvidar mi tristeza, al menos por un rato.

No salimos a comer, nos quedamos en la habitación y pedimos que nos traigan algo del restaurante. Como la cocina no es uno de mis puntos fuertes, me alegro de no tener que ocuparme de eso y así poder esperar la comida haciendo algo más productivo, como estar en la cama desnuda con un hombre que me está haciendo perder el sentido una y otra vez.

Esta noche he organizado en el bar de un conocido, una pequeña fiesta para todos mis amigos. Me apetece pasar un buen rato con ellos, ya que apenas faltan dos días más para marcharme y al día siguiente he quedado con mi padre, para que de ese modo me pueda presentar a la mujer con la que sale. Además, tendré que decirles que no me quedaré hasta el fin de semana, algo que seguro que no les gustará, porque aparte de que paso pocos días aquí, los acorto aún más... *“Cómo se van a poner cuando se enteren”*.

—¿Tienes planes para mañana? —me pregunta—. Podrías quedarte esta noche después de la fiesta y pasar el día en la piscina cubierta.

—Lo siento, pero he quedado con mi padre —digo con preocupación—. Voy a comer con él y su novia.

—Ah, ¿y por qué pones esa cara? ¿No dijiste que te apetecía conocerla?

—Sí, pero no es eso —intento sonreír sin conseguirlo. Suspiro pesadamente—. Tengo que decirle que me voy el jueves con vosotros. Estoy segura de que tendremos una discusión, pero eso no es nada con la que me caerá encima cuando se lo diga a mi madre, siempre que tengo que marcharme se disgustan igual —digo poniendo los ojos en blanco.

—Vaya, lo siento —susurra mientras me acaricia y me aprieta contra él. Se me hace difícil pensar teniéndolo desnudo y pegado a mí—. ¿Quieres que vaya contigo?

—¿Y ver cómo mi padre se enfada y me suplica que me quede? —le pregunto con ironía—. No gracias.

—¿Tan malo será? —se ríe—. Vamos, si voy contigo seguro que será más diplomático.

—Podría ser, pero quien de verdad me preocupa es mi madre, ella sí que se pone insistente —digo temblando solo de pensarlo—. Tendré que verla por la tarde y va a ser un día muy largo... ¿seguro que quieres pasar por todo eso en lugar de estar en la piscina?

—Claro. Así puedo estar contigo todo el día —suelta muy bajito junto a mis labios.

Me besa sin dejarme responderle. Casi me está dejando sin aliento y pronto olvido hasta mi nombre. No hay quien pueda resistirse a esos apasionados besos y enseguida me abandono por completo entre sus brazos.

Por la tarde no me queda más remedio que ir a mi piso y cambiarme de ropa, si es que quiero salir, evidentemente no puedo ir con un pantalón deportivo corto.

Adrián, un buen amigo y dueño del bar, me ha asegurado en que no tiene problemas por cerrarlo una noche y que el local sea solo para nuestros amigos.

Me visto con una falda corta negra y un top gris anudada al cuello. Tiene mucho escote por detrás, así que decido no ponerme nada debajo y ver la reacción que tendrá John cuando me vea. Los tacones de infarto me quedan perfectos y hacen mis piernas aún más largas, me recojo el pelo en una coleta alta y me maquillo un poco.

Hemos quedado en la puerta del hotel donde se hospedan mis amigos para irnos todos juntos, me dirijo hasta allí y veo a Carmen, como es de esperar, charlando con Andy. Por alguna razón, creo que no están muy contentos y no me explico el motivo.

Dejan de hablar en cuanto me aproximo y veo que mi amiga intenta disimular su tristeza con una sonrisa postiza. Yo alabo su intento, claro, se merece un diez por su buena actuación, pero sé que algo le pasa y no pararé hasta descubrir lo que le preocupa. Nos vamos dando un paseo, ya que el sitio donde vamos a celebrar la pequeña fiesta no está lejos.

Cuando estamos todos reunidos en el bar, me doy cuenta de que no volveré a ver a mis viejos amigos en una buena temporada y me da el bajón. Tener que decir a mis padres que reduciré mis

vacaciones, ya de por sí cortas, no es nada en comparación con la tristeza que me produce no poder estar con mi gente y aunque desde siempre he ido a mi aire, las personas con las que me he rodeado en Madrid, son parte de mi familia desde que era pequeña y siempre me ha costado separarme de ellos.

En esta ocasión, no sé muy bien el motivo, me siento como si me estuviera despidiendo para siempre y no me gusta mucho la idea. La mejor forma que se me ocurre para mejorar mi ánimo es ponerme a beber y así intentar olvidar todo lo que se me espera. Son demasiadas cosas a las que enfrentarme en tan poco tiempo y aunque sé que no tolero demasiado bien el alcohol, pienso con desgana que ya tendré tiempo de arrepentirme.

Como es de esperar, la mañana posterior a un día de fiesta es algo memorable en el peor de los sentidos, ya que tengo un dolor de cabeza insoportable. Maldigo en voz alta el hecho de haber abierto los ojos y entonces me doy cuenta de que no estoy sola. John duerme a mi lado y se ha despertado gracias a mi poco elegante vocabulario. No suelo recurrir con demasiada frecuencia al lenguaje ofensivo, pero hago excepciones a veces y este sin duda es un momento perfecto para hacerlo. No recuerdo ni la mitad de la noche pasada, aunque sé con seguridad que lo he pasado de vicio con mis amigos.

Bailé y me reí como hace mucho tiempo que no hago y aunque el resto de la noche la tengo un poco borrosa, no me importa demasiado.

Tambaleándome me acerco al cuarto de baño, después de haber preparado la cafetera. Dos cosas que funcionan bien por la mañana son una larga ducha y un café cargado. Cuando estoy vestida y aseada me siento algo mejor y voy a la cocina donde ya está John con una taza en la mano.

Noto que me mira de manera extraña y con ojos entrecerrados le pregunto qué le pasa.

—Mmm... nada.

Me resulta rara su vaga respuesta dado su raro comportamiento y entonces veo que desvía la mirada. Al parecer hay algo interesante en su vaso que requiere toda su atención. Prefiero ignorarlo de momento, ya que en mi estado no soy capaz de pensar con claridad y cabe la posibilidad de que me esté imaginando algo que no existe en realidad.

Tomo una pastilla para el dolor de cabeza y me siento a su lado en la barra de la cocina para beberme mi café tranquilamente. Cuando me siento algo más despejada miro el reloj y veo que marca la una del medio día. Hemos quedado para comer con mi padre y estoy segura de que en poco rato deberíamos que salir para su casa, al menos si queremos llegar a una hora decente.

Me doy cuenta de que John no deja de mirarme de reojo y empiezo a mosquearme. Para no ponerme borde con él, respiro hondo varias veces y le miro.

—¿Qué ocurre? —Le hago un gesto para que no hable porque estoy segura que dirá lo mismo de antes y quiero insistirle antes de que diga alguna tontería, como que no es nada—. Vamos, dime lo que sea que te ronda por la cabeza. ¿Es que ha pasado algo que yo no sepa?

Veo que se queda pensativo y me mira directamente a los ojos. Pone una intensa mirada que me derrite y aunque no estoy en mi mejor momento esta mañana, en un arrebato me dan ganas de agarrarlo y tirarlo en la cama para desnudarlo despacio.

—¿Recuerdas algo de anoche? —me pregunta con una media sonrisa.

—No mucho, la verdad —digo suspirando y apartando mis pervertidos pensamientos—. Supongo que estuvimos bailando y que nos desmadramos un poco, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

—Porque es lo que Carmen y yo solíamos hacer cuando salíamos de marcha, pero créeme, mis amigos son peores. Aunque no lo recuerdo bien, estoy segura de que no hemos cambiado mucho —me río sintiendo cierta nostalgia.

—Creo que bebiste demasiado, pero no hiciste demasiadas tonterías, te lo aseguro —suelta sonriendo, algún pensamiento cruza su mente, pero rápidamente cambia su expresión y no sé muy bien qué puede ser y si en realidad me lo habré imaginado.

—Sí bueno, será mejor que olvides todo lo que pudiera decir anoche, porque a menudo suelo hablar de cosas que no debo —le digo riéndome y frotándome las sienes en un vago intento por recordar algo más que el alcohol.

—¿Te ha pasado más veces? —pregunta pareciendo realmente intrigado.

—Más de las que puedo recordar —se me escapa una carcajada.

La verdad es que solía irme de la lengua, pero Carmen me lo contaba todo a la mañana siguiente y hasta ahora no he tenido que arrepentirme de nada.

John asiente distraídamente con la cabeza pero no dice nada más y sin darle mayor importancia me voy a vestirme para que podamos salir a comer a casa de mi padre.

Una vez allí, le veo radiante de felicidad y me presenta a Lucía. Es una mujer amable y muy guapa que trabaja como enfermera en el mismo hospital que él. Por su aspecto parece más joven que mi padre, que tiene cincuenta y cuatro años, pero me resulta difícil saberlo con seguridad y está claro que no voy a preguntarle.

Mi padre se sorprende mucho al verme acompañada por John y aún más porque él no hable español. Desde luego eso hace imposible su tarea predilecta de interrogar a todos mis novios e interiormente me alegro de que así sea. Habría sido horrible tener que responder a preguntas indeseadas y aún más, que las hubiera tenido que responder John.

Pero aún así, alentado porque éste no entiende lo que hablamos, me suelta: —Bueno, ¿éste es tu nuevo novio? —se interesa. Nos acercamos al comedor y nos sentamos a la mesa donde hay unos platos realmente elaborados. “*Está claro que Lucía y yo no compartimos el amor por la cocina*”.

—No papá, no es más que un amigo —digo tratando que mi voz suene normal. Sin poder evitarlo miro hacia John y sé que intenta averiguar de qué estamos hablando—. En serio, no hay nada entre nosotros —miento como una posesa, pero es que si le digo la verdad el interrogatorio durará meses.

John me interroga con la mirada y en inglés le aclaro que no pasa nada, que mi padre solo me pregunta de qué nos conocemos. No muy convencido con mi explicación, veo que lo deja estar por el momento y yo me siento mal por mentir, pero no quiero que se sienta tan incómodo como yo. “*Esto va a ser un infierno*” pienso desesperada.

Tras media hora de preguntas y más preguntas, Lucía que ha estado en silencio aunque atenta a nuestra charla, se queda mirando a John con interés. Al cabo de un momento suelta un grito de sorpresa y se tapa la boca con las manos. Sobresaltada la miro y veo que nos observa a los dos alternativamente con los ojos como platos. Parece que ha visto a un fantasma.

—No me lo puedo creer, ya sabía yo que me sonaba mucho su cara —dice con una enorme sonrisa—. Este chico es Johnny Harrison, el actor de la serie “*Ley salvaje*”, ¿verdad que sí?

—Sí —respondo alegremente—. Resulta que ha venido con sus hermanos, su cuñada y unos amigos.

—Vaya, chica, que suerte tienes —dice exaltada—. Las enfermeras que trabajan conmigo no se lo van a creer, estamos enganchadas a la serie y a más de una se le cae la baba con los guapísimos hermanos gemelos —ríe emocionada—. ¿Crees que me podría firmar un autógrafo para ellas?

—Claro que sí —aseguro mirando a John de soslayo—. Estará encantado.

Dicho esto le toco el brazo para llamar su atención.

—Lucía y sus compañeras del hospital son muy fans tuyas, luego les firmas un autógrafo, ¿vale? —le pido cariñosamente para que no se niegue.

—Por supuesto, será un placer —contesta en inglés sonriendo a la novia de mi padre.

—No hay problema, te firmará todos los que quieras —aclaro a Lucía guiñándole un ojo.

Ella se pone a aplaudir y se le ve realmente contenta. Yo la observo un momento y veo que le hace un gesto cariñoso a mi padre al tomar su mano. No esperé que esta mujer me gustara en absoluto, pero parece buena persona y si hace feliz a mi padre, me alegro por ellos. Mi mirada apreciativa no pasa desapercibida para él, que me sonrío afectuosamente desde el otro lado de la mesa.

Mi expresión cambia cuando recuerdo que tengo que darle una noticia que no le gustará tanto como el hecho de que me lleve bien con su novia. Consciente de que algo pasa, me pregunta qué

ocurre.

—Verás... —me aclaro la garganta— tengo que irme dentro de dos días para California.

—¿Qué? ¿Tan pronto? —pregunta muy serio y sorprendido.

—Lo siento, pero mis amigos me ofrecieron viajar con ellos en su avión, y como llevo muchas cosas de vuelta, me vendrá bien tener el fin de semana para ponerme al día antes de volver al trabajo —le digo tratando de disculparme.

—Pero si acabas de llegar —espeta enfadado—, apenas llevas una semana y media.

—Lo sé, pero tendré que hacer un montón de cosas cuando llegue. Además, será mucho más cómodo que un viaje comercial, aunque vaya en primera clase, nunca sabes al lado de quién te tocará, y hay muchos chiflados por ahí, créeme.

—En eso tiene razón Ernesto —interviene Lucía.

—Vaya, es que pensaba que podríamos pasar el sábado entero contigo. Apenas nos vemos cuando estás aquí, por culpa del trabajo —expone con tristeza.

—Lo siento, pero será mejor así —cabizbaja me dan ganas de abrazarle y decirle que me quedaré con él unos días más.

Mi padre me mira con tristeza y casi me echo a llorar allí mismo. Sintiéndome miserable por mentirle de esta manera y aunque ya he tomado mi decisión, casi me dan ganas de retractarme y cambiar mis planes.

John ha estado en silencio escuchando aunque sin comprender una palabra, pero por nuestras expresiones se imaginará de qué estamos hablando.

Me aprieta la mano que tengo en el regazo para mostrarme su apoyo y lejos de sentirme incómoda porque mi padre y Lucía sean testigos del gesto, me reconforta bastante.

La pareja intenta suavizar el ambiente cambiando de tema y me preguntan por mi trabajo. Lucía está fascinada con el hecho de que haya viajado por el mundo y ahora trabaje en una revista, y aunque yo sé que a mi padre no le agrada precisamente mi estilo de vida, no dice nada al respecto. Creo que en el fondo se alegra de que trabaje y haga algo con mi vida.

Después de comer él se queda viendo la televisión acompañado por John. Sé que ninguno de los dos podrá hablar con el otro por el inconveniente del idioma, pero la otra opción es ayudarnos a quitar la mesa y está claro que eso es algo que ninguno de los dos está dispuesto a hacer.

Una vez que nos quedamos las dos solas en la cocina, Lucía me vuelve a preguntar si hay algo entre nosotros. Quizás piensa que no he querido darle explicaciones a mi padre y no se equivoca del todo.

—De verdad que no, nos conocimos la semana pasada cuando vinieron mis amigos a verme —le aseguro—. Además, dudo que tengamos mucho en común —digo pensativa.

—Eso es lo de menos —suelta Lucía más animada—, estoy segura de que le gustas mucho, no hay más que ver cómo te mira.

—Imaginaciones tuyas —digo incrédula.

Ella se ríe y se queda mirándome unos minutos que me parecen eternos.

—¿A ti te gusta? —ladea la cabeza y espera paciente mi respuesta.

—Yo... bueno... esto... —me aclaro la garganta porque noto que me estoy poniendo en evidencia y miro hacia otro lado.

—Aclarado entonces —dice sonriendo complacida mientras me ayuda a seguir recogiendo—. No le dejes escapar si te gusta, hay que luchar por lo que uno quiere, créeme —me dice con tono confidente.

La miro y soy consciente de que no lo dice solo por mí. Básicamente me acaba de decir que quiere a mi padre y que hará lo que sea por él y eso me gusta.

—Me alegro de que te vaya bien con mi padre, pero no se puede comparar con lo nuestro— digo. Enseguida me doy cuenta de mi error, acabo de confirmarle que hay algo entre nosotros aunque ni yo misma sepa el qué.

—Mira, si sientes algo por él deberías decírselo —se acerca a mí y me mira con cariño—. No pierdas la oportunidad o un día te darás cuenta de que es demasiado tarde.

En ese momento entra John por la puerta y me mira atentamente. Me sobresalto y enseguida me siento aliviada porque no se haya enterado de nuestra conversación en español. Pero un vago recuerdo pasa velozmente por mi mente y me quedo paralizada. Lucía me acaba de decir que sería una buena idea confesarle a John mis sentimientos, pero... o mucho me equivoco, o precisamente eso hice anoche.

—¡Dios mío, no puede ser! —exclamo en inglés.

Lucía no se entera de lo que digo pero se fija en que de repente tengo mala cara y que miro a John consternada.

—¿Qué te pasa Teresa?

Mi respiración se acelera y no es nada agradable lo que siento en estos momentos. Estoy aterrorizada, paralizada y en este instante comprendo el motivo por el que John me miraba con esa rara expresión esta mañana. No puede ser casualidad y estoy casi segura de que ese vago recuerdo es un hecho. La mirada que me dirige ahora mismo lo confirma, además de su más que patente incomodidad.

Le he dicho a John que le quiero.

Está claro que no debo probar el alcohol nunca más.

El día siguiente pasa sin que apenas me dé cuenta. Después de muchas llamadas a mi madre, puedo contactar con ella y como tiene mucho trabajo, tengo que ir a verla al hospital para así poder hablarle de mis planes. Como es de esperar no se lo toma nada bien y tras discutir un breve momento en la cafetería, la vuelven a llamar, tiene que volver al trabajo inmediatamente y es entonces cuando consigo respirar más o menos tranquila. Ha ido mucho peor de lo que me pensaba, pero ya está hecho y cuando me marche podré llamarla e intentar suavizar un poco la forma en la que nos hemos despedido.

Por la tarde, intranquila por lo sucedido en la fiesta de despedida con mis amigos, intento evitar a John todo lo que puedo, pero aparecen todos en mi puerta, incluida Carmen, y salimos a pasear por la ciudad y así aprovechar para ver algunos sitios más. Nos tomamos una cantidad exagerada de fotos, cortesía de Karla. Se encarga del reportaje y como sé que le gusta la fotografía además del diseño y la moda, la dejamos que haga lo que quiera con su cámara. A ella le encanta y no descansa ni un momento. Aprovecha para sonsacarle a Carmen algunos consejos para sacar unas buenas imágenes de la ciudad.

Candice parece contenta al ver que John y yo no estamos tan bien como al principio y es que después de la revelación del día anterior, no quiero hablar sobre el tema y así se lo he dicho a él. No muy conforme, ha aceptado y desde entonces existe un extraño e incómodo silencio entre nosotros. Algo que yo no soporto, pero claro, la guapa e insoportable modelo rubia parece encantada por ello.

Procuro no hacerle caso y disfrutar de mi último día en la ciudad. A pesar del ritmo frenético de los últimos tres días, me siento bastante melancólica y parece que me esté despidiendo de mi ciudad para siempre, aunque no es el caso, porque podré venir cuando quiera. Desde luego no será lo mismo sin mi piso, para que me proporcione la intimidad que necesito, pero siempre hay otras opciones, como quedarme con mis padres, aunque mejor no pensar en esa alternativa si de verdad no quiero que ésta sea la despedida definitiva.

Por la noche me cuesta dormir pese al cansancio y de madrugada me doy cuenta de que, como salimos del aeropuerto a las nueve de la mañana, me va a costar horrores levantarme de la cama. Después de dar vueltas y más vueltas me voy al sofá para ver la televisión, y cómo no, están emitiendo el capítulo de la semana de la serie de John, no sé cómo no sabía que aquí en España sale hoy.

Cuando termina, bastante entrada la madrugada, me quedo dormida en el sofá. Esta costumbre tiene que terminarse ya. Menos mal que en casa no suelo dormir fuera de la cama, porque si no, acabaré con dolor de espalda.

Por la mañana Ellen me llama un par de horas antes de que salga el avión para tomar café. Cuando se hacen cargo de nuestro equipaje, nos acercamos a una cafetería del aeropuerto y allí charlamos de banalidades hasta que el resto se reúne con nosotras. Normalmente no me pongo nerviosa cuando voy a volar, pero tampoco antes he tenido que compartir durante tantas horas seguidas un espacio tan reducido con alguien por quién siento ésta atracción irremediable. Estoy temblando y tomar varios cafés como he hecho, no me ayuda a mantener la serenidad precisamente.

Me quedo alucinada cuando subo al avión y me doy cuenta de que, aunque no es para nada ostentoso, sí es un espacio lujoso y cómodo. Desde luego va a ser una gozada hacer este vuelo aunque creo que el *yet lag* no me lo va a quitar nadie por mucho que me lo proponga.

Después de treinta minutos de viaje, comienzo a notar que me cuesta mantener los ojos abiertos y el cansancio se está apoderando de mí. La verdad es que no me extraña, porque después de la noche que he pasado sin apenas dormir, ni dos cafés que he tomado sirven para mantenerme despierta.

Como Ellen tiene cosas que hablar con su ayudante y las modelos, junto con algunos amigos que han venido para recogerlas, están también ocupados; solo John, sus hermanos y yo estamos en la parte delantera de la cabina donde podemos ver la televisión, escuchar música o hacer lo que queramos sin ser molestados. Los asientos son cómodos y totalmente abatibles y como entre todos no ocupamos los veinte asientos, tenemos dos contiguos para cada uno.

Dejando mi portátil a un lado, me pongo los auriculares para escuchar un poco de música con mi iPod. Con el antifaz para dormir puesto y recostándome un poco el asiento, estoy segura de que conseguiré dormir, porque aunque me encuentro algo nerviosa al ver a John a dos metros mirándome de vez en cuando, estoy agotada y sé que no estaré mucho rato despierta.

Suspiro e intento mantener la mente en blanco y cuando la música con poco volumen comienza a sonar, no tardo ni dos minutos en quedarme profundamente dormida.

Un fuerte ruido me sobresalta y al quitarme el antifaz me doy cuenta de que John está sentado a mi lado usando mi portátil. Pero él no ha sido el causante del estrepicio. Miro hacia atrás y veo un vaso con un líquido transparente hecho añicos a los pies de Candice.

Todos la observa sorprendidos, pero nadie dice ni una palabra. Es posible que unas turbulencias puedan haber sido el motivo por el que se le haya resbalado de sus manos, pero como me observa con cara de pocos amigos, se me pasa por la cabeza que lo ha dejado caer a propósito. En seguida

veo que se marcha hacia un espacio que se usa como cocina y Maya la sigue. Prefiero no hacerles mucho caso.

Me vuelvo y pongo mi asiento en una posición recta, aunque no demasiado, estoy muy cómoda medio recostada. John me imita y pone su respaldo a la misma altura. Como está de lado, se acerca a mí y por un instante creo que me va a besar cuando de repente se incorpora para dejar el portátil en el asiento de delante que está vacío. Vuelve a colocarse en la misma posición y quedándose de lado igual que yo, me observa detenidamente durante un largo minuto en el que ya me está costando mantener mi respiración a un ritmo normal.

—¿Qué te resulta tan interesante? —le pregunto bajando la voz para que nadie más me escuche. Su insistente mirada me pone nerviosa.

—Tú.

—¿En serio? —le pregunto irónicamente.

—Oye —empieza diciendo—, sé que no quieres hablar del tema, pero necesito saber si lo que me dijiste iba en serio o solo fue a causa del alcohol.

Me quedo paralizada y removiéndome en el asiento me coloco de frente para evitar su profunda mirada. Sé que cualquier cosa que diga podrá ser analizada e interpretada de la forma más conveniente para él. No deseo que eso ocurra, aunque está claro por su insistencia, que eso es precisamente lo que pasa. Seguramente ya ha sacado sus conclusiones y yo no estoy por la labor de fomentarlas o cambiarlas. Tengo el fuerte convencimiento de que si no hablo del tema, pronto se olvidará y podremos volver a la normalidad con nuestra “no relación”.

Suspiro un par de veces y como empiezo a sentirme un poco frustrada y agobiada, pienso en una posible solución, aunque sea momentánea. Vuelvo a girarme para encararme con él y con voz baja cargada de sensualidad le digo: —¿Hay algún sitio íntimo donde podamos ir... juntos? —le digo arqueando las cejas.

Como estoy muy cerca de sus labios, los miro con deseo humedeciéndome los míos. Noto que se ha quedado sin aliento y muy sorprendido por mi pregunta, no es capaz de decir nada durante unos instantes que se me hacen eternos. No sé lo que piensa y empiezo a tensarme por dentro, vuelvo a colocarme de frente para no mirarle directamente.

—Si no quieres no pasa nada —suelto despreocupadamente mientras que de forma sutil paso mis dedos por el escote de mi blusa.

En ese instante se levanta bruscamente y me toma de la mano. Va tirando fuertemente de mí y con voz furiosa dice en voz alta: —Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente.

Ahora empiezo a preocuparme. Quizás me he pasado al insinuarme de esa manera después de decirle que no quiero hablar sobre lo que le dije en el bar la otra noche. Queda claro que no está

acostumbrado a lidiar con un “no” como respuesta, pero no pienso ceder.

Nuestros amigos nos observan y Ellen entrecerrando los ojos parece más curiosa que preocupada por el arrebató de su cuñado. Le pido ayuda con la mirada y ella simplemente se encoge de hombros. No puedo creer que no esté por la labor de echarme una mano con John y me deje a merced de su mal humor, por cómo me habla y me lleva, casi arrastrándome, parece que estaba bastante enfadado.

Entramos en una habitación de tamaño considerable teniendo en cuenta que estamos en un avión pequeño y sin ningún miramiento me deja caer en el único sofá blanco que hay, a la vez que él se agacha y lo abre hasta convertirlo en una cama en la que entran perfectamente dos personas. Yo estoy tan alucinada con todo lo que veo a mi alrededor, que no me doy cuenta de la oscura mirada que tiene John hasta que se abalanza sobre mí. Me sobresalto cuando sostiene mis dos manos por encima de mi cabeza para evitar que me mueva.

Sin llegar a besarme se acerca lo suficiente para que pueda sentir su dulce aliento sobre mí.

—¿Se puede saber a qué juegas? —pregunta entre dientes.

—¿Qué? No sé qué bicho te ha picado —replico nerviosa. Intento soltarme sin conseguirlo y suelto un gruñido.

—Ahora no me vacilas, ¿no?

—Yo no hacía eso —digo sin mucho convencimiento—. Solo quería...

Está tan pegado a mí que puedo notar que está muy excitado. Yo estoy igual que él y me arqueo contra él provocándole.

—Ya sé lo que querías —murmura besándome por el cuello—, por eso te he traído hasta aquí. Te vas a enterar.

—¿De qué me hablas?

Me estoy encendiendo por segundos como una hoguera de proporciones bíblicas y casi no puedo seguir el hilo de la conversación.

—No me gusta que me provoques delante de todos, ¿te parece gracioso que todos me vean cachondo, o qué? —dice señalando su entrepierna.

—Lo... lo siento... —balbuceo.

—Sí, lo vas a sentir. Muy pronto.

“*Dios mío*”. Está siendo brusco conmigo pero no me importa en absoluto. Es lo que necesito en estos momentos y como lo único que puedo mover son las piernas, le rodeo con ellas para así evitar que se aleje. Después de un rato forcejeando con mis manos para soltarme, porque no me gusta sentirme indefensa de esta manera, al final se apiada de mí y deja de agarrarme. Con las manos por fin libres me pongo a desvestirle y como no está siendo delicado precisamente, yo tampoco lo soy con él. De un tirón me deshago de su camiseta.

Con un calculado movimiento consigo ponerme encima de él y mientras nos besamos me ocupo de desabrocharle los pantalones y John se dedica a hacer lo mismo con mi sujetador. Después de varios intentos por su parte, en los que la goma elástica me está dejando una marca en la espalda, me hago cargo del problema.

—No entiendo porqué te resulta tan complicado —digo mientras me deshago del sujetador rápidamente. Con las dos manos apoyadas en su pecho le hago tumbarse del todo y de ese modo poder seguir con mi tarea y quitarle el vaquero—. Quédate tumbado —suelto con voz autoritaria.

Me observa con gran interés ya que estoy medio desnuda. Se incorpora a medias para bajar la cremallera de mi falda que está en un lateral y yo, que no quiero que se ocupe de eso aún, porque tengo mis propios planes, le vuelvo a obligar a que se mantenga tumbado.

Noto que se remueve inquieto y me doy cuenta de que está acostumbrado a llevar la voz cantante siempre, pero esta vez me apetece ser yo la que mantenga el ritmo que más me gusta y no deseo por nada del mundo que me quite eso.

—Es una pena —empieza hablando mientras me acaricia las caderas y hace que me mueva despacio encima de él— no tener aquí una de las esposas que salen en la serie.

—¿Qué? —pregunto sorprendida. Acabo de dejar al descubierto una de las partes más eróticas del cuerpo de John, pero en lugar de centrar mi atención en su entrepierna, me quedo mirándole con estupefacción—. Estás loco si piensas que puedes esposarme a ninguna parte —le informo secamente.

No sé si está hablando en serio, pero desde luego esos juegos no van conmigo y sería experimentar demasiado para mi gusto.

—¿Lo has hecho alguna vez? —me pregunta mientras me da pequeños besos en los labios y en el cuello.

—No, y no creo que lo haga nunca —afirmo con contundencia.

—Venga, tampoco es para tanto —sonríe al ver mi cara, que estoy segura de que es todo un poema—. Tampoco es que vaya a usar unas de verdad y tirar la llave al océano —bromea.

—Mira —le digo seriamente—, entiendo que después de hacer una serie como la tuya, no te de miedo hacer ciertas cosas, pero yo no creo que sea capaz de poner en práctica esas perversiones en la vida real.

Me vienen a la mente ciertas escenas de sexo en que John, con su compañera de reparto, lo hacen en la sala de interrogatorios y muy a menudo es él quien acababa desnudo y esposado a una mesa o una silla, pero yo me veo incapaz de recrear ese tipo de fantasías. Después de los días vividos, sé que él no tiene nada que ver con el hombre que aparece en televisión, ya que su papel en la serie es violento en todas las facetas posibles, incluida la sexual, y en la realidad está claro que es

alguien totalmente diferente. Tampoco es que haya sospechado que tuviera algo que ver con su personaje de ficción, de todas formas, soy de las que piensan que no todas las fantasías tienen que traspasar barreras hasta convertirse en una realidad. Aunque a mi alcance tengo una que estoy deseando probar: sexo en un avión en pleno vuelo con John.

Me bajo de un salto del sofá y me desprendo de la falda corta que está arrugada en mi cintura. Cuando voy a quitarme las sandalias de tiras blancas, me coge de la mano para detenerme.

—No te las quites —dice con una sonrisa traviesa. Yo le correspondo divertida por su petición y decido hacerle caso.

Sin quitarme ojo de encima se deshace de sus pantalones y una vez desnudos nos miramos con deseo. Me toma de la mano y me hace subir de nuevo al sofá-cama. Durante un rato nos peleamos y rodamos para ver quién se pone al mando y aunque yo tengo las de perder, parece que al final decide concederme el puesto. Mientras recupero un poco el aliento le suelto: —Si sigues así, seré yo la que exija las esposas para ti, ¿sabes?

Al oírme me regala una de sus maravillosas sonrisas.

—Mmm... creo que no me voy a negar —susurra contra mis labios—, eso hay que probarlo algún día.

La idea me seduce bastante más de lo que esperaba, y aún más el hecho de que piense volver a estar conmigo después de que cada uno vuelva a su vida normal. Como no quiero pensar en el futuro más allá de estas horas que tenemos para estar juntos, me aprieto contra él de manera sugerente y las bromas quedan relegadas al olvido.

Su mirada ardiente me está poniendo a mil por hora. Preparada para recibirle, de un solo movimiento le hago entrar en mí y en este momento suelta un gemido que hace que todo mi cuerpo reaccione violentamente haciendo que tiemble.

Sin bajar el ritmo que he impuesto me agarra de las caderas para controlar los movimientos, lo que casi hace que pierda el control de mis emociones, de mi cuerpo y de todo. Se incorpora a medias para besarme profundamente y así ahogar los gritos de placer que salen descontrolados de mis labios.

—Mira que es difícil, pero vas a conseguir que nos oigan a pesar de la insonorización... —dice casi sin aliento.

—Me da igual —le suelto yo.

Estoy desatada y apenas tengo control sobre mis actos, como si una fuerza superior me estuviera poseyendo y yo solo quiero más y más, no parar nunca. Me tiene abrazada con tanta fuerza que controla todas y cada una de sus fuertes y profundas embestidas y yo no puedo hacer otra cosa que no sea dejarme llevar y sujetarme a él como si me fuera la vida en ello.

Nuestras respiraciones entrecortadas, nuestros frenéticos ritmos cardíacos, gritos y gemidos se

entremezclan escapando de nuestros labios sin poder evitarlo. Sus besos que son como un fuego que me devora lentamente, hace que me resulte difícil pensar en nada; solo deseo sentirle, acariciarle, amarle sin miedo.

Pero lo tengo.

Miedo a que esos sentimientos no sean correspondidos.

Esa mezcla de desasosiego, temor que corroe mis entrañas y lujuria incontrolada, nos envuelve en tal estado de frenesí que es exquisito. No deja de besarme y demasiado rápido para mi gusto porque quisiera retener esa sensación para siempre me lleva al paraíso, donde pronto se reúne conmigo.

Después de esto, nos va a costar recuperar fuerzas. Nos tumbamos y él hace que me recueste en su pecho para poder mantenerme abrazada, ahora con ternura. Un fuerte contraste en comparación con la fuerza con la que me sostenía momentos antes.

—Vaya, está resultando ser el viaje más ajetreado que he hecho en toda mi vida... —le digo sonriendo.

—Sí, un viaje salvaje —suelta carcajeándose—. Menos mal que no vamos en barco, estoy seguro de que estaríamos en el suelo ahora.

—¿También tienes un barco? —le pregunto bromeando.

—Claro, ¿acaso lo dudas? —Nos reímos los dos ante ese arrogante comentario—. En mi familia nos encantan estos cacharros.

—Los hombres y sus juguetes —digo soltando una carcajada.

Sin decir una palabra más, al poco rato comenzamos a jugar de nuevo y tras un par de asaltos más, nos damos una ducha los dos juntos. Más tarde decidimos que es hora de comer algo, porque si seguimos a este ritmo, acabaremos desmayados, y aún nos quedan muchas horas por delante.

Al pensar en eso, miro el reloj y me doy cuenta de que han pasado más de seis horas desde que John y yo entramos juntos en esta habitación. Horrorizada pienso que nuestros amigos, y en realidad todos los que viajan con nosotros, se habrán dado cuenta de que no estamos hablando precisamente. Me siento algo avergonzada de repente. Convencida de que en cuanto nos vean, sacarán las conclusiones acertadas sobre lo que ha pasado entre nosotros, mientras recojo mi ropa y me visto, miro a John y le digo: —Esto es una locura —mi voz apesadumbrada capta toda su atención—, todos se habrán dado cuenta de lo que hemos estado haciendo aquí.

—¿Y qué más da?

—Bueno, ¿es que quieres que todos empiecen a hacer preguntas? —le digo seriamente—. No me apetece tener que explicarles nada, y te aseguro que Ellen será la primera en querer saberlo todo.

—No es para tanto, en Madrid ya estuvimos fingiendo una relación y no es extraño que

queramos estar juntos. De esta forma le damos credibilidad, ¿no crees? —dice con tono de guasa.

—Déjate de bromas —le espeto—. Cuando cada uno vuelva a su vida normal, seguro que empiezan a hablar de nosotros, ¿crees que ninguno va a notar que ya nunca estamos juntos? Estoy segura de que Candice no cerrará el pico y la verdad es que no me apetece salir en la prensa de nuevo por algo así.

Desde luego si alguno de los presentes se va de la lengua, empezarán a especular, y los rumores en Hollywood pueden llegar a todos los rincones del planeta. Mucha gente sospecha que John está saliendo con su compañera de reparto y convencida, pienso que si lo nuestro sale a la luz, se va a armar un revuelo impresionante. Sobre todo para los fans que están encantados con la relación de la pareja.

John al parecer, captando mi mirada de preocupación, es consciente de las repercusiones que puede tener lo que acabamos de hacer. Está acostumbrado a ser perseguido por la prensa y bastante a menudo eso le hace la vida más complicada.

—Oye —dice acercándose a mí—, entiendo tu preocupación. Cuando lleguemos al aeropuerto, tú te quedarás en Santa Mónica y yo iré a mi casa de Las Vegas. Estoy seguro de que no sacarán conclusiones precipitadas porque voy a estar rodando en Nueva York unos meses y tengo que estar allí en pocos días.

Al oír aquello, sin poder evitarlo siento desilusión. Tengo claro desde el principio que lo que hemos tenido es algo pasajero, pero decirlo en voz alta es como un jarro de agua fría.

Al parecer no estoy tan mentalizada como creía sobre la duración de nuestra falsa relación.

Mi corazón es un traidor.

Tras más de dieciocho horas de viaje, estoy al fin en mi casa. Entrar por la puerta me da cierta sensación de alivio instantáneo. Ha sido mi hogar desde hace años y me siento cómoda y en mi ambiente, en realidad creo que nunca me he sentido así hasta que encontré esta casa y la compré. Creo que fue amor a primera vista. Es cómoda, cálida y de un estilo que me encanta, sencillo pero acogedor.

Estoy tan machacada por el viaje en avión y por todo el “ejercicio” que he hecho con John en las últimas horas, que voy directa a mi habitación y tras echarme en la inmensa cama, me quedo dormida.

Al cabo de unas horas me despierto y veo que está anocheciendo. La verdad es que lo peor de viajar grandes distancias es acostumbrarse una y otra vez a los cambios horarios, es algo que asumí con los años en mis muchas escapadas, pero aún así, mi cuerpo parece que no termina de acostumbrarse.

No me preocupa demasiado, porque en realidad el ritmo de trabajo en verano no es tan agotador como de costumbre, muchas de las entrevistas que hay que publicar están redactadas y es mi jefe quien tiene que tomar la decisión de cuándo publicarlas, esta tranquilidad me viene de maravilla. El solo hecho de saberlo me pone de mejor humor, porque pensar que no voy a ver a John en bastante tiempo me ha dejado casi desamparada. Desde el principio he sido consciente de que lo nuestro, a pesar de mis sentimientos, iba a ser algo poco duradero.

La verdad es que no tengo ni idea de lo que él puede sentir por mí, pero como me da miedo saberlo cualquiera de las opciones posibles en realidad pienso que nos vendrá bien estar separados y continuar cada uno con nuestra vida.

Creo que es la mejor forma de evitar el sufrimiento aunque mi corazón se sienta dolido por la separación, pero si profundizáramos nuestra relación, al final ambos nos expondríamos a un dolor mucho mayor.

Me apetece mucho hablar con Carmen, así que la llamo a su estudio, porque en España es por la mañana, y tras dos tonos descuelga el teléfono.

—Hola, ¿qué tal el vuelo a todo lujo? —pregunta con sorna.

—Genial la verdad, yo... esto... —vacilo y guardo un momento de silencio, no estoy segura de qué me dirá al respecto cuando le cuente lo que he hecho básicamente durante todo el vuelo— verás, he estado con John, ya sabes...

—Oh, ya veo —se ríe—, chica, hace tiempo que no te he visto hablar con tanta dificultad sobre algo —se vuelve a reír a carcajadas y me contagia—. Así que has estado haciendo el amor todo el viaje, madre mía, ¿y aún te tienes en pie?

Su comentario me hace recordar la violencia con la que nos hemos obsequiado en la cama el uno al otro. Ha sido delicioso, pero estoy convencida de que las secuelas no tardarán en manifestarse, igual tendríamos que habernos mantenido más sosegados, pienso que nos sentíamos igual de impotentes ante el hecho de tener que prescindir de nuestra mutua compañía, aunque él no lo expresara con palabras, creo que por el modo en que me miraba y abrazaba, quedaba bastante claro. Pude apreciar cierta desesperación en las palabras que me susurraba al oído, aunque no estaba segura del todo, se me hizo difícil analizarlo en esa situación.

—Más o menos —le digo sintiendo un leve hormigueo en el vientre.

Me cuesta creer que mi cuerpo tenga ganas de más, porque con unas pocas horas de descanso no puedo haberme recuperado del todo. Estoy convencida de que voy a necesitar al menos unas semanas para conseguirlo.

—Oye, es posible que vaya a verte después del verano —me suelta de repente.

—¿Y eso? —pregunto sorprendida gratamente.

—Bueno, ya sabes que hace tiempo que quiero ir a visitarte de nuevo, pero nunca tengo tiempo. Andy me dijo que en septiembre es su cumpleaños y para entonces habrá vuelto a su casa en Malibú, y... ¡me ha invitado a ir!

Suelta un grito de alegría que casi me deja sorda.

—Ah, genial —me alegro mucho por poder volver a verla en poco tiempo, ya que hace más de dos años que no viene ella aquí—. Entonces, ¿te dijo que terminaría de rodar para septiembre?

En este momento caigo en la cuenta de lo que mencionó John. Claro, estaría rodando en Nueva York los tres meses de verano, y para finales de septiembre, que es su cumpleaños volverá a Las Vegas que es donde tiene su residencia fija.

—Sí, me pidió que me quedara en su casa, pero la verdad es que prefiero estar contigo, si no te importa por supuesto.

—¿En serio hace falta que me preguntes eso? —me río. Cómo la echo de menos, y no hace ni un día entero que nos separamos en el aeropuerto—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Aún no lo sé seguro. Pero tres o cuatro semanas como mucho, el verano es una época con mucho trabajo aquí, pero no tardará en aflojarse para la primera semana de septiembre.

—Genial, ya tengo ganas de verte de nuevo —le digo sinceramente—. Yo tengo algo planeado para esa fecha, pero cuando vengas ya habré vuelto, seguro.

—Bien, te avisaré cuando consiga el billete —de repente se pone a chillar de alegría y me

contagia su entusiasmo.

Después de charlar un rato sobre lo que podremos hacer cuando venga a California, nos despedimos y mi alegría no tarda en volverse un poco gris. Andy ya ha invitado a venir a Carmen, pero John ni siquiera lo ha mencionado, cuando en esas fechas vuelva a Nevada, no viviremos demasiado lejos el uno del otro y sabiendo que tenemos amigos en común, será casi inevitable que nos encontremos, pero en este momento me doy cuenta de que no debo ser nada importante para él. Si mis mejores amigos — incluida Carmen — irán a la fiesta, es descorazonador que no haya pensado en mí, pero resignada pienso que es posible que sea mejor de esta manera.

Intentando borrar esos nefastos pensamientos de mi cabeza, se me ocurre una buena forma de conseguirlo: dándome un baño en la piscina. No es cubierta, pero con el calor que hace durante el día, seguro que tendrá una temperatura estupenda y además, me encanta bañarme de noche, más aún cuando no hace viento. Mirar el cielo, estando dentro del agua o tumbada en el césped, es una de las cosas que más me relajan.

Las semanas pasan y con ellas el verano, terminado el mes de agosto, me doy cuenta de que mi viaje a Italia se acerca y apenas me queda una semana y media para prepararlo todo. Estoy comprobando que esté todo: la reserva del alquiler de una propiedad y el billete de avión; cuando alguien llama al interfono. Voy casi corriendo porque estoy segura de que será Ellen. Después de unas semanas fuera por negocios, por fin vuelve a la ciudad y como hemos quedado esta noche para cenar con algunas amigas, al final decidimos que saldremos desde mi casa.

Nos abrazamos y me doy cuenta de que la he echado mucho de menos, hemos pasado juntas gran parte del verano, pero algunos compromisos de trabajo la han tenido viajando de aquí para allá últimamente.

—Vaya bronceado —dice Ellen admirando mi piel.

He pasado unas semanas muy relajadas tomando el sol, y aunque he seguido escribiendo algunos artículos desde casa para no tener que acudir cada mañana a las oficinas de la revista, la verdad es que básicamente he estado tumbada bajo el sol acompañada de Alison.

—Sí, tú en cambio pareces un vampiro —le digo en bromeando. La verdad es que está guapísima como siempre, pero se nota que ha estado trabajando—. Venga, vamos a salir y mañana tomaremos el sol, aún faltan unos días antes de irme.

—Hablando de eso, no entiendo porque te vas ahora que básicamente yo acabo de volver —dice fingiendo estar molesta, con un mohín exagerado.

—Mira, la verdad es que llevo tiempo queriendo ir a Italia de nuevo y me apetece mucho hacerlo ahora, es la mejor época —le digo a modo de explicación.

Me gustaría decirle que estaré allí todo el mes para perderme el cumpleaños de John y su hermano, de esa manera no me presionará más, pero sé que está al tanto de que Carmen va a venir para quedarse en mi casa un tiempo y que, como es evidente, estaré aquí para entonces.

La verdad es que por una vez no está siendo implacable al insistir, porque algo en mi expresión cuando me lo pregunta parece que le da a entender lo doloroso que puede ser encontrarme con John e intentar hacer como si apenas nos conociésemos, de modo que la gente no hable más de la cuenta y la prensa no se entere de que hemos tenido algo parecido a una relación. Me resulta extraño que ni Candice ni Maya se hayan pronunciado sobre eso, pero claro, por un lado creo que es normal que no lo hayan hecho, así podrán fantasear cuando la prensa hable sobre la posibilidad de que hay algo entre ellas y los hermanos Harrison al verles juntos cuando salen con Ellen y Matt. A mí personalmente, sigue sin atraerme la posibilidad de estar al otro lado de la muralla invisible fuera de los focos que construí hace años, pero eso tiene otra desventaja, en ese caso jamás podré estar con John como desearía en mi fuero interno.

“Bueno, mejor no desear imposibles”, me digo a mí misma.

—Está bien, como quieras.

La miro con la boca abierta por la impresión. Jamás hubiera imaginado que Ellen “la implacable”, diera su brazo a torcer en nada. Ella me mira impasible y me suelta: —Oh, vamos, no soy siempre tan intransigente, entiendo lo que puede suponer encontrarte con mi cuñado, y aunque le quiero, también te quiero a ti y no me gustaría que pasaras un mal rato.

Es una amiga maravillosa, nos damos un abrazo rápido y pronto nos ponemos en marcha para salir, nos reuniremos con nuestros amigos ya que estamos deseando divertirnos y ponernos al día.

Cuando vuelvo a casa de madrugada me encuentro desesperada. No he dejado de escuchar rumores toda la noche, aunque Alison ha intentado animarme con sus siempre adecuadas palabras, no lo ha conseguido.

Y es que imaginar que John pueda realmente tener una relación con su compañera de reparto me pone enferma, literalmente. Apenas he podido disfrutar de la música ni de mis amigas. Aunque él me dijo que no hay nada entre ellos, que solo es un montaje para la publicidad de la serie, el hecho es que están en la misma ciudad, trabajando juntos cada día, y para qué negarlo, ella es preciosa y lleva un ritmo de vida exactamente igual que él. Son perfectos el uno para el otro, ya que yo ni encajo en su mundo ni quiero hacerlo. Siempre que salgo con mis amigos procuro hacerlo en un segundo plano, mientras que Ellen y su marido a menudo posan para las fotos, aunque claro, siempre intento no ir con ellos cuando van a asistir a un acto de grandes multitudes y generalmente, exceso de periodistas y paparazzi. Ya salí escarmentada.

A veces intento verlo desde otro punto de vista, porque yo misma entrevisto a muchos famosos, aunque no sobre sus vidas y asuntos privados. Pero aún así sigue siendo periodismo, mucha gente leerá mis artículos sobre esas personas que están acostumbradas a ser el centro de atención de las grandes masas, creo que es mi miedo a estar en boca de todo el mundo lo que hace que desee el anonimato en cualquier circunstancia. Siempre me ha gustado sentirme libre de las presiones que eso puede ocasionar, y no tener que medir lo que hago y digo para que no pueda ser malinterpretado. La gente suele pensar lo que le conviene y no me gusta fomentar eso aún más.

—Claro, eso es —digo para mí.

En este momento soy consciente de que los rumores sobre John y Emily, cuyo nombre real es Adele, deben ser solo eso. Si les han visto en algún sitio a los dos juntos, es normal que la gente piense que están saliendo, no es la primera vez que leo y escucho alguna noticia similar que luego no es cierta.

Incluso yo llegué a pensar que tenían una relación de verdad, pero claro, hace tiempo no tuve la ocasión de conocer al verdadero John tras el personaje de la televisión y los medios, y no puedo dejar de sentir un fuerte dolor en mi pecho cuando me entero de algo así, aunque pueda no ser verdad. Me siento algo más tranquila, aunque en mi interior aún se mueve la incertidumbre.

Los días siguientes, aunque me sienta algo confusa por mis sentimientos hacia John, Ellen y yo seguimos saliendo por ahí y ni siquiera le mencionamos. Ni las fotos en las revistas ni las imágenes en televisión parece que le importen en absoluto. No le da demasiado crédito y lo único que me dice a modo de explicación, es que no es raro que la prensa del corazón les tenga en su punto de mira, porque hacen buena pareja en la serie, pero que no debo tomarme al pie de la letra todo lo que se habla.

No es consciente de que por dentro estoy hecha un manojo de nervios, pero no se me ocurre confesarle lo que siento realmente por él. De momento prefiero guardármelo y así evitar que John se llegue a enterar, aunque mucho me temo que en realidad ya lo sabe, por mi desafortunado comentario en la fiesta de despedida de hace meses en Madrid. Por mucho que me negara a hablar del tema, después del viaje de vuelta, posiblemente fomenté aún más esa impresión.

Recordar eso me deja con un nudo en el estómago, sobre todo cada vez que escucho algo nuevo sobre la pareja de moda.

Alison pasa cada mañana trabajando conmigo en casa, me encanta su compañía y consigue con su carisma, que me anime aún cuando ni yo misma estoy por la labor, aunque cuando por las tardes tiene que volver a casa para cuidar del pequeño Ben, me siento sola y desamparada. Procuro desahogarme haciendo largos en la piscina, pero claro, no puedo ahogar todas mis penas bajo el

agua... y mucho menos en alcohol, ya aprendí la lección.

Por fin llega el momento de mi escapada. Hace años que no viajo a Italia y subida en el avión me doy cuenta de que estoy deseando llegar porque mi mente es un hervidero de ideas, sospechas y deseos confusos.

Desespero por alejarme de los continuos rumores sobre el hombre del que estoy enamorada; por un lado pienso que ojalá no le hubiera conocido nunca en persona, aunque por otro, creo que ha sido una de las mejores cosas que me han pasado jamás.

Ha cambiado por completo mi vida y alejado las viejas sombras que me han perseguido durante años después de mi fracasada relación con Sebastián. En ocasiones imagino que en el futuro quizás pueda llegar a conocer a alguien que merezca la pena y con el que pueda llegar a tener una buena y plena relación. Eso me preocupa en cierto modo, porque después de haber pasado todo el verano rodeada de chicos guapísimos ~ algunos de ellos bastante decentes ~ y amigos de Ellen, no he sentido ni el más mínimo vestigio de deseo hacia ninguno. A veces me consuela pensar que posiblemente se deba a lo que siento por John, pero cuando llegue a superarlo, podré ver más allá de él y volver a encauzar mi vida.

Tras salir del aeropuerto y recoger el coche de alquiler, me da la risa al pensar que gracias al torbellino que últimamente es mi cabeza, casi ni me he enterado del vuelo, se me ha pasado mucho más rápido que ninguno que haya hecho antes, a excepción del que realicé hace dos meses con John. Este pensamiento enturbia un poco mi estado de ánimo, pero el paisaje pronto logra tranquilizarme.

La casita que he alquilado es la misma en la que estuve la última vez que visité La Toscana, se encuentra en Siena y creo que es uno de los lugares más extraordinarios de Italia. La primera vez que vine, apenas pude estar cinco días, pero en la siguiente ocasión visité gran cantidad de pueblecitos y rincones mágicos que me dejaron maravillada. Estuve cerca de tres meses recorriendo el lugar y escribiendo una de mis mejores y más divertidas guías de viajes. Gran cantidad de anécdotas llenaron ese viaje.

Cuando entro en la casa me doy cuenta, con alivio, que apenas ha cambiado nada en todos estos años. Elisa, la mujer de la inmobiliaria, tras comprobar que todo está en orden, me da la copia de la llave y se marcha con una sonrisa en los labios. Para mi desgracia no hablo absolutamente nada de italiano, salvo algunas palabras o expresiones y me apena que en esta ocasión tampoco pueda tener tiempo de aprenderlo bien. La verdad es que voy a tener que incluirlo en mi lista de tareas de este año, porque la próxima vez que venga, estoy decidida a entenderme perfectamente con todo el mundo y no tener que recurrir a un intérprete como tuve que hacer para escribir la guía.

Como no me encuentro demasiado cansada, creo que es una buena idea dar un paseo por el pueblo antes de regresar para cenar. Subo a la segunda planta y dejo mi maleta en la habitación principal, la que tiene una gran cama con dosel y una terraza preciosa de piedra decorada con grandes plantas, algo que la última vez que vine no estaba, pero todo está tan bonito que parece que un paisajista se ha esmerado para que parezca un oasis privado. Después de mirar embobada por el gran ventanal, bajo las escaleras y salgo a la calle.

Una punzada de inquietud me asalta cuando pongo los pies en la acera empedrada. Miro a un lado y a otro y no veo nada que me pueda haberme ocasionado este malestar, pero no consigo librarme del presentimiento de que algo va a pasar.

Veo casas de piedra, algunas personas caminando y el sol del atardecer, haciendo de la vista algo mucho más místico que real. Le confiere a la calle una luz anaranjada que aunque es algo bastante corriente, no deja de asombrarme por su intensa belleza.

Sin hacer caso a esta incierta sensación que recorre mi cuerpo, me voy relajando a medida que cruzo calles, plazas y diversos establecimientos. Entonces veo una librería y me acerco para comprar un ejemplar de mi revista y leer el artículo que han debido publicar esta semana.

Al entrar, una joven sonriente de caballo castaño, me da la bienvenida. Busco en la estantería hasta encontrar lo que quiero comprar cuando mi vista se detiene ante una portada en la que sale John dándose un apasionado beso con su compañera de reparto. Está claro que no es una foto de la serie porque se les ve en la calle por la noche y en la parte derecha de la portada salen más fotos, en éstas se les ve algo borrosos caminando juntos y demasiado juntos para mi gusto. Mi curiosidad me pierde y contemplo las portadas de las revistas expuestas. Mi corazón se hiela al leer las letras de una de ellas: “GRAN NOTICIA SOBRE LA PAREJA DE MODA”.

Entre las páginas que hablan sobre ellos, dicen que llevan más de tres años de relación aunque han tenido sus altibajos, en la página que tengo abierta me doy cuenta de que hay unas palabras que están fuera de lugar. Me quedo mirándolas e intentando averiguar si lo que estoy leyendo es de verdad o mi vista me está traicionando.

Cierro los ojos e inspiro profundamente, pero nada, la verdad es que me siento un poco tonta al imaginarme que podría hacer desaparecer lo que tengo ante mí con solo desearlo. Vuelvo a mirar las fotos y veo que hay muchísimas de ellos dos en un restaurante, a la salida del mismo, caminando juntos por la calle, en la puerta de un conocido Hotel de Manhattan y tras ésta última decido que ya tengo bastante. La vuelvo a colocar en el estante aunque me siento incapaz de moverme del sitio y apenas puedo cerrar la boca por la sorpresa que me ha causado leer esa noticia.

La chica que trabaja en la librería se acerca a mí con una sonrisa y mira con diversión la revista que acabo de soltar.

—Quella notizia non credere potevo —dice señalando con la cabeza las fotos.

—Lo siento, no hablo italiano —digo en español. La verdad es que esta es una frase que sé traducir, pero estoy en shock y ni siquiera puedo acordarme de formular la disculpa correctamente.

—Oh, vaya, eres española —dice la chica gratamente sorprendida—. Yo también lo soy.

Me sonrío con complicidad y casi se me olvida lo que estaba pensando hace unos segundos, la joven continúa hablando: —Tampoco yo me lo podía creer cuando lo leí, es que es todo un bombón, ¿verdad?

Vuelvo a mirar las fotos sin dar crédito a lo que estoy viendo. Claro que la chica que está a mi lado no tiene ni idea de que apenas hace unas semanas, yo estaba teniendo una pequeña aventura con el hombre que aparece en las fotografías. Todo me está resultando tan surrealista, que después de echarle una última ojeada al título del fatídico artículo y olvidando lo que iba a comprar, salgo a la calle sin decirle más que un “lo siento” atragantado a la joven que se ha quedado un poco sorprendida por mi repentino cambio de humor.

En cualquier otro momento me sentiría mal por despedirme de un modo tan brusco de alguien a quien ni siquiera conozco, pero tal como me encuentro, ni siquiera puedo pensar en nada que tenga a mi alrededor.

Cinco palabras rondan mi cabeza como una maldición y ojalá pudiera retroceder unos diez minutos y no haber entrado en la tienda, porque si no hubiese visto la portada de la revista en la que aparece John y su supuesta novia, no estaría así y desde luego, no hubiera echado a perder mi semana en La Toscana.

No puedo ni imaginar volver a California y tener que soportar lo que se me caerá encima en cuanto regrese: John y Adele viven juntos. Y no solo eso, hacen hincapié en el gran pedrusco que lleva en el dedo y hablan sobre un posible compromiso. Al parecer se les han visto juntos saliendo de un apartamento, propiedad de la actriz en la ciudad donde están rodando.

No sé muy bien qué pensar sobre eso.

El sol que entra por las ventanas es apacible, los aromas de las plantas y el olor de la comida típica de Italia envuelve los sentidos. La brisa es cálida y el murmullo de la gente que pasea por las calles empedradas es como una melodía que te arropa.

Casi puedo disfrutar de todos los detalles de este maravilloso viaje, pero mi corazón está tan dolido, que cuando intento dormir, las imágenes de John invaden mi mente y no dejan de atormentarme.

Así paso la semana, medio sonámbula mientras el mundo sigue con su ritmo habitual. Soy incapaz de disfrutar de nada y al acercarse el día de mi regreso, mi nerviosismo empieza a hacer

mecha en mi habitual buen humor.

Estoy segura de que mi actitud con respecto a lo que ocurrió entre nosotros, me impide caer en una depresión monumental. Desde el principio he sabido que no estábamos predestinados a estar juntos, pero ser consciente de la realidad no mejora ni ayuda en absoluto a que pueda superar lo que siento por él. En ese caso podría verlo con otra perspectiva y ser consciente de que lo que hemos tenido ha sido una experiencia más y tengo que olvidarla para seguir adelante.

Me da mucha pena perderme todo lo bueno que este viaje tiene que ofrecerme, por sentirme tan mal tras saber la noticia de que John se casa. Ojalá no fuese así, pero ahora que estoy a solo unas horas de salir para el aeropuerto, me doy cuenta de que no he hecho ni la mitad de las cosas que había planeado, eso me entristece más que el hecho de que mi corazón haya sufrido un golpe tan duro hace unos días.

Cuando regreso a Santa Mónica me doy cuenta de que no me encuentro tan abatida como había esperado. Soy consciente de que es por la inminente visita de Carmen, claro que no se me olvida que en dos semanas se celebra el doble cumpleaños al que mi amiga asistirá. Con una punzada de desilusión me doy cuenta de que John no ha intentado ponerse en contacto conmigo en todo este tiempo. La verdad es que no me resulta extraño del todo, pero tenía la esperanza que pudiésemos tener una relación cordial, ya que estoy segura de que nos volveremos a encontrar en algún momento.

El día que recojo a Carmen en el aeropuerto aún falta más de una semana para el cumpleaños de Andy y John, que se celebrará en casa de Ellen el sábado que viene por la noche. Tiempo de sobra para disfrutar de su compañía, que buena falta me hace, estoy segura de que me levantará el ánimo tener a mi amiga a mi lado.

Al llegar a casa me doy cuenta de que tengo varios mensajes de voz en mi contestador automático. Varios de ellos son de Ellen, en el último me suplica que le responda a las llamadas porque necesita hablar conmigo de un tema urgente. Solo uno de los siete mensajes es de mi jefe para que revise un artículo.

Me apetece pasar tiempo con mi amiga ahora que ha llegado, así que rápidamente me pongo con la tarea mientras ella descansa un poco después del viaje. Al terminar de revisar lo que me ha pedido mi jefe, llamo a Ellen.

—Perdona por no haberte llamado antes, pero estoy hasta arriba de trabajo y casi ni puedo ir a casa. Te aseguro que Matt está un humor terrible porque apenas nos vemos —habla tan rápido que me cuesta seguirla—. Ya me contarás que tal tu viaje, pero antes necesito hablarte de algo que he visto por televisión.

—Oh, vaya. ¿Tú también te has enterado ya? —pregunto interrumpiéndola.

—¿Qué? ¿Lo sabes? —grita bastante agitada—. Vamos, esto no puede estar ocurriendo, estoy segura de que si fuera verdad me lo habría dicho hace tiempo, ya sabes que él nunca ha salido con Adele en realidad. Tiene que haber una explicación.

—Pues no imagino cuál puede ser —digo con sarcasmo. Intento controlar mi tono para que mi amiga no note cuánto me molesta la situación—. No te preocupes, en realidad estoy bien, tampoco es que tengamos una relación. Fue algo pasajero y sin importancia que ya terminó.

Escucho un resoplido que demuestra que Ellen no cree del todo en mis palabras.

—Bueno, solo te digo que cuando hablo con él no consigo sacarle nada en claro, pero como no tardará en volver a su casa se lo sonsacaré todo de una maldita vez —dice con su voz más autoritaria—. Puedes estar bien segura, estoy cansada de tantas habladurías.

Dos días antes de la fiesta de cumpleaños, tras llegar a casa con las manos cargadas de bolsas, me siento en un cómodo sillón junto al teléfono para oír los mensajes. Tengo uno de Alison, al parecer no he oído el móvil en toda la tarde y tiene que contarme novedades sobre su relación con Mark; hay otros dos: un compañero de la revista necesita ayuda con algo, que no logro entender qué es y el último mensaje es de John. No lo puedo creer y al escuchar su voz me quedo paralizada:

“Hola Tess, oye me gustaría mucho que vinieras el sábado, de verdad. Necesito hablar contigo sobre algo importante, tengo que explicarte muchas cosas y ya que no me has respondido a mis llamadas en todo el verano, espero que vengas y poder decírtelo en persona.”

Oír eso me deja totalmente paralizada, *“¿Qué ha intentado decir con eso de que me ha llamado durante estos meses? ¿A qué teléfono? Porque el mío está siempre conectado y que yo sepa no he cambiado de número... Oh... ¡no puede ser! ¡No puede ser!”*

Me doy cuenta de que al regresar en Junio aquí, guardé el móvil con mi antiguo número y empecé a usar mi teléfono habitual. Tanto con mis padres como con Carmen, suelo utilizar el correo electrónico y el Skype y así resulta más fácil, porque normalmente estoy en la revista.

Pero no había pensado que John solo tenía mi antiguo número, el que uso solamente en España. Seguramente tras un tiempo sin noticias por mi parte, habrá pensado que no deseo hablar con él.

Entre tanto pensamiento confuso, pienso que seguramente no le ha mencionado a nadie que me ha estado llamando, porque en ese caso, alguno de mis amigos podría haberle dado mi número actual, ya que al parecer recientemente alguien le ha proporcionado el de casa.

Me dirijo al mueble de la entrada en el que dejé mi otro teléfono y lo enciendo. Hay unas cincuenta llamadas, casi todas de John y varios mensajes preguntando por qué no le contesto; en

algunos dice que me echa de menos, pero muchos son de hace más de un mes. Antes de que la gran noticia saliera a la luz. Veo que hay llamadas de esta semana también, queda claro que lo que sea que quiere decirme puede tener relación con su reciente compromiso. No me apetece escuchar las explicaciones sobre el motivo por el que ha decidido hacerlo, seguro que me hará daño y no entiendo porqué tendría que pasar por eso voluntariamente.

Carmen se acerca y me pregunta qué es lo que me pasa porque me ve bastante alterada. Una locura transitoria parece que se apodera de mi cuerpo cuando le escribo un breve mensaje a John diciendo que iré y apago el móvil de nuevo. Cuando me doy la vuelta, veo que mi amiga me mira extrañada.

—John ha estado llamándome, pero lo ha hecho al otro número, al que solo uso cuando voy a Madrid —suspiro porque estoy algo nerviosa—. Me ha pedido que vaya el sábado a su cumpleaños y le acabo de decir que iré, pero la verdad es que no lo tengo claro.

—Venga, eso es genial —dice entusiasmada, se percata de mi malestar e intenta animarme—. Vamos, ahora te has dado cuenta de que ha pensado en ti, estoy segura de que todo eso de la boda es mentira —me mira y ve que arqueo las cejas con incredulidad—. Ya sé lo que parece y lo que sale en las fotos cada día, pero tú misma me dijiste que él te explicó una vez que solo era un montaje, creo que esta vez es algo así, pero claro, la gente ve y piensa lo que quiere, nada más.

—Si hasta Ellen parece creerlo aunque no me lo diga. Cuando hablé con ella dijo que John está demasiado esquivo con todo el tema —le digo—. Creo que es verdad, pero que él no ha querido contárselo por teléfono y está esperando para dar la noticia a lo grande.

—¿Entonces estás segura de que es una buena idea verle? ¿No te sentirás mal cuando esté con esa actriz? —inquire denotando preocupación en sus preguntas.

—Estaré bien, te lo aseguro, solo que... —lo pienso un instante y se me ocurre la mejor opción para no sentirme del todo en desventaja. Carmen seguro que pasará la velada con Andy y no la culpo, desde que vino hace unos días no se ha separado de mí—. Necesito ir acompañada y sé exactamente quien me puede hacer ese favor.

—¿Irás con algún modelo súper bueno? —me pregunta divertida—. Desde luego podrías darle celos con un tío realmente atractivo.

—Es guapísimo y un buen amigo —le digo con una sonrisa traviesa—, lo bueno es que entre él y yo no pasará nada jamás.

—Oh, venga. Si está bueno deberías salir con él, aunque antes de seguir animándote... ¿quién es?

—Es mi jefe —le digo y veo cómo sus ojos se agrandan por la sorpresa. Es uno de los solteros de oro del país, pero hay un detalle que nadie excepto muy pocos de sus amigos íntimos saben de él —, solo es un buen amigo fuera del trabajo, pero no se lo digas a nadie. No me importaría que

pensaran que es mi pareja aunque antes tengo que pedirle el favor y no sé si tendrá planes.

—Estás loca —dice aunque con cierto tono de orgullo en su voz.

—Puede ser —divertida, le guiño un ojo.

Tras confirmar que ya está invitado a la fiesta, me quedo satisfecha sabiendo que no le importa ir como mi acompañante y que incluso le parece bien para que no le acosen las mujeres que estarán presentes.

La perspectiva de ver a John en poco tiempo me revuelve el estómago, estoy tan inquieta que no consigo mantener una conversación normal, no puedo leer, ni prestar atención a la televisión. Soy totalmente incapaz de pensar en nada más y al acercarse el momento, la sensación va empeorando.

Creo que estoy volviendo loca a Carmen, pero como mi estado de ánimo y mis pensamientos van en una única dirección, me resulta difícil saberlo.

El sábado llega y con él mi nerviosismo está llegando a límites que ni siquiera sabía que existieran. Estoy casi dedesquiciada y pienso que como siga así, no voy a poner mantenerme serena cuando le vea. “*Seguro que en cuanto le vea me da algo*” pienso desesperada.

Christopher, mi jefe, nos recoge a las nueve en su flamante Porsche todoterreno y nos vamos directos a la casa de Ellen. Es una mansión maravillosa e inmensa que está a solo diez minutos en coche de mi casa.

Como Carmen nunca ha estado aquí, veo cómo abre la boca por la sorpresa y le cuesta mantenerse serena mientras avanzamos entre coches de lujo hasta la entrada de la casa. Dos tipos trajeados están a la entrada registrando los nombres de todos los que entramos y recogiendo los teléfonos móviles. Después de entregarlos, pasamos a la lujosa y espaciosa casa y vemos que ya hay unas sesenta personas. Estoy segura de que aún no han llegado todos.

La anfitriona enseguida está con nosotros y yo respiro algo más tranquila desde que salí de casa. Me siento tan descolocada por las emociones que me recorren, que estoy casi segura de que me desplomaré en cualquier momento.

Andy aparece de la nada y abraza a Carmen. Enseguida se ponen de lo más cariñosos y a mí me dan ganas de decirles que se vayan a una de las habitaciones de invitados para que no den el espectáculo delante de todos los presentes. Al ver la creciente curiosidad que despertamos me pregunto con inquietud dónde debe de estar John. De momento no veo ni rastro de él, y lo que es peor, tampoco de Adele.

Todos mis temores se confirman cuando les veo aparecer de la mano y charlando tranquilamente. Sin darme cuenta doy un paso atrás pero Christopher pasa un brazo por mi espalda y me sujeta contra él, me dirige una mirada de ánimo y me susurra: —Tranquila, respira. Todo irá bien.

Intento hacerle caso pero mientras se acercan, noto que mi corazón late desbocado al ver a John.

Me mira y por un instante parece sorprendido al verme allí. Entonces soy consciente de que él seguramente no me esperaba a pesar de que con un mensaje le dije que vendría.

Cuando estamos uno enfrente del otro noto que mira de reojo a Chris y éste sin soltarme, extiende su mano derecha para saludarle y felicitarle por su cumpleaños. Sé que se conocen desde hace tiempo, aunque no íntimamente, pero claro, imagino que cuando le invitó no se imaginaría que se presentaría conmigo.

Atónita me doy cuenta de que John mira a mi jefe molesto y cuando repara en su mano izquierda rozándome el brazo, su expresión se torna malhumorada. Estoy segura de que no se percata de que lo que él intenta es tranquilizarme y que desde luego, no hay nada entre nosotros.

La tensión entre los cuatro es tan palpable que mucha gente a nuestro alrededor se nos queda mirando como si de un espectáculo se tratara. John rápidamente da un paso hacia mí y le pregunta a Chris sin mirarle, con sus ojos clavados en los míos: —No te importa que hable un momento a solas con Tess, ¿verdad?

—Claro que no —le dice. Luego se dirige a mí con voz tranquilizadora—. Estaré por aquí si me necesitas.

—De acuerdo —mi voz apenas es un susurro.

No puedo quitarle los ojos de encima a John. Se despide de Adele de forma brusca, estupefacta me doy cuenta de que ella me mira con una sonrisa y me guiña un ojo. Pienso que estoy imaginando cosas, porque no me puedo creer que la prometida de John esté de acuerdo en que me quede a solas con él, a menos que no sepa que nosotros hemos tenido algo. No me sorprendería que lo hubiera mantenido en secreto, porque si va a casarse con ella, no se le ocurriría mencionar que durante sus vacaciones ha tenido una breve relación conmigo.

En este momento soy consciente de algo que me pone enferma, y es que es posible que haya estado con Adele todo este tiempo, y la haya engañado conmigo. Pudo haberme mentido con respecto a que nunca había salido de verdad con ella.

“Es sencillamente repugnante”.

Prefiero no pensarlo demasiado ya que esa posibilidad me pone de los nervios.

No deja de empujarme hasta que llegamos a una habitación un poco separada de del resto y tras cerrar la puerta me mira intensamente. Mi piel empieza a hormiguear y un intenso deseo se apodera de mí, ya veo que la conexión de mi cuerpo y mi mente debe de estar averiada, porque de lo contrario mi enfado me impediría sentir nada por el atractivo hombre que tengo delante.

Después de unos minutos de silencio que me parecen horas enteras se aproxima un poco a mí. Yo retrocedo, no deseo que esté tan cerca porque de lo contrario no sé cómo reaccionaré.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas en todo el verano? —suelta en voz baja aunque con un tono que parece ligeramente amenazante.

—¿Qué? ¿Eso es todo lo que me tienes que decir? —espeto subiendo un poco el tono.

—Creí que no querías saber nada de mí —su voz suena desesperada.

—Vaya, pues no te has dado prisa en buscarte a otra —le digo con ironía. Mi réplica se me antoja estúpida, pero me cuesta pensar teniéndolo tan cerca.

—Venga ya —dice molesto—, ¿acaso no me escuchaste cuando te dije que mi relación con Adele solo es un montaje?

—¿Sí? ¿Ahora también lo es? Porque en las fotos que salen en las revistas parecéis muy compenetrados —le digo con un tono burlón y cruzo mis brazos.

—Somos actores, necesitábamos hacer un buen papel para que la gente y la prensa lo creyera —dice. Suspira y se frota los ojos con cansancio—. Mientras hemos estado en Nueva York, Adele se ha prometido con su novio. Nadie sabe que tienen una relación y el montaje, además de ser bueno para la serie, le da la oportunidad de encontrarse con él a menudo sin que nadie se entere. Me pidió este favor para que cuando se casen y vayan de luna de miel puedan estar tranquilos. Entre los tres ideamos un plan para despistar a la prensa —se detiene y hace un gesto nervioso, mira su reloj, aunque rápidamente se da cuenta de que no lo lleva. Se lo rompí por accidente en el movidito vuelo de vuelta a California—. Creo que no tardará en llegar y si quieres puedes hablar con él para que te confirme lo que te acabo de decir.

—¡Dios mío! Realmente hablas en serio, ¿no? —mi pregunta en realidad no necesita respuesta. Su explicación, aunque me desconcierta, resuelve algunas dudas—. ¿Ellen lo sabe ya?

—Sí, esta mañana vino Adele a hablar con ella, son amigas desde hace tiempo y sabe cómo funciona esto, no se ha sorprendido demasiado —dice haciendo un mohín de disgusto.

—¿Qué pasa?

—Pues que en realidad a mí no me gusta hacer este tipo de cosas, pero tenías que haber visto la cara de Adele y su novio cuando hablaron conmigo, parecían dos cachorritos pidiendo ayuda —me dice con cara de disgusto. Noto que intenta esconder una sonrisa—. Se han comportado como fugitivos todo el verano, que pesados. No me han dejado ni un instante de descanso entre ellos y el trabajo.

—Ya veo. Yo siento mucho lo de las llamadas, en realidad lo que pasó es que ese número solo lo utilizo cuando voy a España, es mi viejo móvil. Ellen te lo dio porque estábamos allí, no es el que suelo utilizar habitualmente.

—Ah —dice al comprenderlo—. Bueno... veo que has venido con tu jefe... —dice cambiando de tema. Creo que no sabe cómo preguntarme lo que en realidad desea saber— ¿Él es...

—No —interrumpo con voz contundente—. Es mi jefe y un buen amigo, nada más, te lo aseguro.

—¿De verdad? Porque es un tío, ya sabes...

—¿Qué? —pregunto divertida arqueando una ceja.

—Ya sabes... es atractivo —suelta. Tiene una expresión muy graciosa, parece que le cuesta decir algo agradable de alguien de quien sospecha que sale conmigo.

—Lo es, pero nunca ha habido ni habrá nada entre nosotros, te lo aseguro —le digo con un tono tajante aunque veo que él lo interpreta de algún modo extraño, me mira serio y un poco preocupado.

—¿Qué es lo que le pasa? ¿Te está acosando o algo?

—¡No! —grito horrorizada.

John da varios pasos atrás y veo que tiene una expresión amenazante. Abre la puerta, sale de la habitación a grandes zancadas y le oigo gritar. Salgo corriendo al escuchar a Chris hablando también y me temo lo peor. “¿En qué lío me he metido ahora?”

—Estás equivocado —dice Chris sin sentirse intimidado en absoluto.

—Ella ha dicho... —su voz se apaga al verme llegar.

—¿Se puede saber qué haces? —le interrumpo.

—Intento aclarar algo —me dice como si no entendiera lo que es obvio—. Has dicho que no has tenido nada con él ni lo tendrás nunca, pero me ha parecido que había algo más y quiero saber qué es.

—¿Estás bien? —me pregunta Chris ignorando deliberadamente a John y su más que evidente furia—. Te he oído decir no y me he asustado.

—Tranquilo, yo estoy bien —digo malhumorada mirando en dirección a John que se queda desorientado un instante.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta una voz femenina.

Todos nos giramos y vemos aparecer a Adele y aun hombre más o menos de mi edad, con unos bonitos ojos azules y un gran atractivo. Nunca lo había visto antes, y me doy cuenta de que posiblemente debe ser el prometido de la actriz.

Entonces me percató del lío que estamos montando. La reunión es cada vez mayor ahora que Carmen y Andy también se acercan a nosotros. Yo resoplo y pongo los ojos en blanco, de esta forma no podremos tener una conversación en condiciones. Los hago entrar a todos de nuevo en la habitación de invitados donde habíamos estado hablando, solo que antes ni siquiera me había dado cuenta de que realmente era un dormitorio, y creo que estaba tan nerviosa que solo le veía a él. No como ahora, que aunque tenemos un público numeroso, al ser algunos de mis amigos, me encuentro un poco más relajada que cuando llegué y puedo respirar más o menos de forma normal, aunque mi corazón sigue acelerado.

John, algo incómodo por el revuelo, me presenta rápidamente a Adele y a su prometido que me saludan afectuosamente.

—Me alegro de conocerte al fin, John me está calentando la cabeza todos los días contigo —dice ella bromeando.

—Bueno, igualmente, a mí me calientan la cabeza los que no paran de hablar de ti y de John. —Tras decir esto me quedo avergonzada y paralizada. “*Mira que soy bocazas*”.

La actriz y su prometido, lejos de sentirse insultados, se sonríen con complicidad. Me relajo un poco al ver que no se han tomado a mal mi comentario, porque la verdad es que no lo había soltado con esa intención, pero mi boca a menudo me traiciona en los peores momentos, quedó más que claro cuando le dije a John que le quería estando ebria.

John que aún no ha satisfecho su curiosidad con respecto a la relación que tengo con mi jefe despide sin delicadeza a Adele, a su prometido y a los demás. Nos quedamos los tres solos y Chris evidentemente aburrido de la situación.

—Mira, vamos a zanjar el asunto de una vez —dice mi jefe muy seriamente—, Tess y yo jamás tendremos nada. Es un hecho y no tienes que buscarle un significado oculto porque es de lo más simple. Soy gay —un breve silencio precede a ese anuncio—, así que puedes estar seguro de que nunca me sentiré atraído por ella, pero algo sí te diré, es una persona maravillosa y una buena empleada y amiga —mira a John con una expresión dura—, como le hagas daño te las verás conmigo. Soy implacable cuando quiero serlo, ¿entendido?

Después de escucharle me entran ganas de llorar por saber que le importo tanto.

Entre ellos hay una comunicación no verbal. Se miran un instante y parece que todo queda resuelto, aunque no se hayan dirigido la palabra tras ese comentario por parte de mi jefe.

Nos deja a solas y como estoy algo descolocada me dejo caer sobre la cama, parece que toda la tensión que he sufrido estos días, me dejara exhausta. Un momento después noto que se sienta a mi lado aunque no dice nada.

—Menudo lío hemos montado entre los dos, ¿no te parece? —le miro sin poder ocultar mi sonrisa—. Aunque creo tú te has pasado más que yo.

Me devuelve la sonrisa y me mira a los ojos pero sin hablar. Al cabo de un minuto empiezo a sentirme algo incómoda, no sé qué decirle.

—Te he echado de menos —suelta sin más. Mi corazón se acelera en un segundo—. Lo que ha dicho Adele es cierto, no podía dejar de hablar de ti y al ver que no respondías, no se... creí que todo se había terminado y lo he pasado fatal.

—Lo siento —le digo con suavidad.

—Bueno, deberías disculparte con mis productores, con el director y con todos mis compañeros del reparto, que son los que han estado sufriendo mi mal humor durante meses —me dice con una media sonrisa.

—Ya, quizás lo haga —le digo en voz baja.

—Oye, creo que deberíamos hablar seriamente —su tono no deja lugar a dudas sobre el tema que quiere tocar y no sé si estoy preparada para tener una conversación de ese calibre tan pronto. Le pongo mala cara y sin amilanarse continúa—. Mira, no sé si aquello lo dijiste en serio o no y ya no importa. En este tiempo casi me vuelvo loco pensando en ti, y vuelvo locos a todos los que me rodean. Eso me hizo darme cuenta de que siento por ti algo mucho más fuerte de lo que habría imaginado. Todo esto es bastante nuevo para mí, pero tengo clara una cosa, me encantaría salir contigo en serio y conocerte mucho mejor.

—¿Estás seguro? Ya sabes lo importante que es para mí el anonimato, prefiero llevar una vida tranquila lejos de los focos, ya sé que nunca he estado realmente en tu posición y no puedo imaginar lo que supone, pero viendo la que se ha montado con tu boda ficticia, me hago una ligera idea —le digo con sorna, aunque realmente preocupada.

—Te entiendo, pero creo que al menos podríamos intentarlo —me dirige una mirada tierna y me sonrío haciendo que me derrita entera—. ¿Sabes? Quizás deberíamos comprar una de esas islas privadas donde pasar unas vacaciones cada vez que queramos huir de todo eso, ¿qué me dices? —me pregunta sonriendo.

Me preocupa que pueda hablar en serio y le replico con rapidez: —Creo que estás loco.

—Mmm... es posible —se ríe. Se acerca hasta casi tocarme y me mira con deseo—. Pero loco por ti. Y creo que estoy... —carraspea algo nervioso—. No, no lo creo.

“Oh, Dios mío, ¿me va a decir que está enamorado de mí o se ha arrepentido? ¿Qué quiere decir esa mirada tan seria? ¿No quiere decírmelo o en realidad no lo siente y por eso se calla?”

Mi fuero interno echa fuego al pensar en las posibilidades. Cada vez estoy más nerviosa y preocupada veo como cierra los ojos y niega con la cabeza.

—No lo creo, estoy seguro —me mira y acerca su mano hasta acariciarme con ternura las mejillas—. Ahora sé que te quiero, estoy enamorado de ti —dice con seguridad—. No me importa si no dijiste en serio que me querías, pero podríamos intentarlo y ya veremos a dónde nos lleva...

Me acerco y le beso con suavidad para que deje de hablar. Al separar mis labios de los suyos noto un delicioso hormigueo. Hago un esfuerzo por mantener su intensa mirada y confesarle lo que tenía que haber aclarado en su momento, pero fui tan cobarde que no pude: —Yo también te quiero.

—¿Lo dices de verdad? No habrás bebido más de la cuenta otra vez, ¿no? —pregunta divertido.

—No —le digo cansinamente ocultando mi diversión—. Te juro que nunca más volveré a beber. Se me suelta demasiado la lengua.

—Eso me gusta —dice con tono seductor.

—¿Sí? —le pregunto con un tono provocativo—. Bueno, creo que podríamos pensar en el mejor

modo de que se me suelte la lengua, ¿no crees?

—Estoy convencido —se acerca y me echa sobre la cama—. ¿Entonces saldrás conmigo?

—Sí —suelto un escandaloso jadeo cuando me besa en el cuello.

De repente alguien llama a la puerta.

—Vaya, no hemos cerrado bien, ¿verdad?

Me mira y se ríe avergonzado. Niega con la cabeza y después de recomponernos abrimos la puerta y nos encontramos con Ellen. Tiene una expresión de cabreo monumental. Estoy segura de que no le ha hecho gracia que hayamos estado a punto de hacer el amor en una de sus camas de invitados mientras la casa está llena de gente.

—A ver, lo primero... tened cuidado, ninguna de mis habitaciones de esta planta tiene cierre —nos dice con una cara muy seria, casi da miedo—. Y segundo —su expresión cambia y una deslumbrante sonrisa inunda su cara—, me alegro muchísimo que os hayáis arreglado, creo que hacéis una pareja maravillosa. Se acerca y nos damos un abrazo de grupo.

John y yo nos miramos y nos sonreímos embobados, no cabe duda de que tanto nuestra amiga como los demás pronto se darán cuenta de lo que hay entre nosotros, aunque sorprendentemente, veo que a ninguno nos importa ahora. Estaremos juntos a pesar de todo lo que tengamos que afrontar para conseguirlo.

—Venga —nos apremia Ellen poniendo cara de madre que regaña a sus hijos—, están a punto de servir la cena en el patio trasero, ¡vamos!

Se aleja a paso rápido y nos quedamos solos un instante. John me toma de la mano y me mira con cariño.

—¿Estás segura de querer estar conmigo con todo lo que supone? —pregunta, por una fracción de segundo puedo vislumbrar un atisbo de inquietud.

La verdad es que no estoy segura de poder soportar estar bajo los focos y toda la atención que recaerá sobre nosotros cuando se sepa que somos pareja, pero lo que sí estoy dispuesta es a intentarlo todo por el hombre que me tiene enamorada prácticamente desde que nos conocimos, aunque si debo ser sincera conmigo misma, hace años que estoy loca por él, solo que ahora que he podido conocer al hombre que es en realidad y me he enamorado aún más.

—Sí —le digo sinceramente.

Me besa y me doy cuenta de que no es un simple beso, es algo más; es una promesa, un comienzo de algo importante. Y estoy decidida a luchar como hasta ahora, por aquello que me importa.

Por su mirada, estoy segura de que él siente lo mismo y eso me hace inmensamente feliz.

SOBRE LA AUTORA

Nació y se crió en Alhama de Granada, España. Estudió en esta provincia varios cursos de Administración y Finanzas, y desde los diecinueve años ha vivido en Almería, Madrid y Cádiz. Actualmente sigue en su tierra natal: Andalucía.

Le encantan las novelas románticas de época y contemporáneas, escribir, la cocina, ir al cine y viajar.

Desde el 2012 está escribiendo sin parar y ya cuenta con varios títulos publicados en los que se encuentran: Su primera novela: “Nunca olvides” (la primera entrega de la serie “El destino”), Dos relatos cortos: “Amor entre el tiempo y la distancia” y “Un encuentro mágico”

Y participa también en una Antología: “Cápsulas de amor” con el relato “El amor sin ti”.

En su blog literario podrás encontrar sus novedades y próximos proyectos:
misescritoscarortigosa.blogspot.com.es